

The Project Gutenberg EBook of Amistad funesta, by
José Martí

This eBook is for the use of anyone anywhere at no
cost and with
almost no restrictions whatsoever. You may copy it
, give it away or
re-use it under the terms of the Project Gutenberg
License included
with this eBook or online at www.gutenberg.org

Title: Amistad funesta
Novela

Author: José Martí

Release Date: April 14, 2006 [EBook #18166]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

*** START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK AMISTAD F
UNESTA ***

Produced by Chuck Greif and La Biblioteca Virtual M
iguel de Cervantes

Amistad funesta

Novela

José Martí

Introducción, por Gonzalo de Quesada

Sea su novela Amistad funesta el décimo volumen de las obras del Maestro.

Es milagro que ella, como casi todo lo que escribió, no se haya perdido.

Se publicó en 1885, en varias entregas, en El Latino Americano,

periódico bimensual, de vida efímera--órgano de la Compañía Hecktograph, de New York--que no se encuentra hoy en biblioteca pública alguna.

Además, no apareció con el nombre de su autor sino con el seudónimo de

«Adelaida Ral», y esto hubiera hecho aun más difícil su hallazgo.

Afortunadamente, un día en que arreglábamos papeles en su modesta

oficina de trabajo, en 120 Front Street--convertida, en aquel entonces,

en centro del Partido Revolucionario Cubano y redacción y administración

de Patria--di con unas páginas sueltas de El Latino Americano,

aquí y allá corregidas por Martí, y exclamé al revisarlas: «¿Qué es esto

Maestro?» «Nada--contestome cariñosamente--recuerdos de épocas de luchas y

tristezas; pero guárdelas para otra ocasión. En este momento debemos

solo pensar en la obra magna, la única digna; la de hacer la

independencia».

En efecto; esta novela vio la luz a raíz de fracasados intentos para levantar en armas, de nuevo, a nuestra tierra, intentos que no apoyó Martí estimando que el plan no era suficiente ni el momento oportuno; brotó de su pluma cuando--en desacuerdo con los caudillos prestigiosos, únicos capaces, con sus espadas heroicas y legendarias, de despertar el alma guerrera cubana--parecía oscurecido, para siempre, en la política; fue engendrada en horas de la mayor penuria, en las que, no obstante, rechazando las tentaciones de la riqueza y sin otra guía que su conciencia ni otro consuelo que su inquebrantable fe en la Libertad, sus principios no capitularon.

A una miseria por palabra se pagó este trabajo, elevado de pensamiento, galano de estilo, con enseñanzas--como todo lo suyo--para sus compatriotas; con algo de su propia existencia.

No sé que el Maestro, en otras ocasiones, cultivase este ramo literario; pero su traducción de Called back, de Hugh Conway--por la cual una casa editora le concedió, como gran generosidad, cien pesos--, luego con brillante vestidura y el nombre de Misterio vendida por millares, y la versión suya, que talmente parece un original, amorosa y admirable, de Ramona de Hellen Hunt Jackson--buscada en vano en las librerías--, son prueba evidente de que a haber dispuesto de oportunidad y sosiego para ello, hubiera, también, triunfado en la Novela. No

le faltaban elementos
por su conocimiento de la realidad del mundo y sus
pasiones, anhelos y
torturas; le sobraba fantasía para hacerla resaltar
; espléndido lenguaje
con que exponerla.

Ni sus versos, ni parte de su correspondencia, ni s
us artículos de
doctrina y de propaganda, ni sus pensamientos ni su
biografía he
olvidado; pero cumpliendo con lo principal que él n
os enseñó--el servicio
de Cuba--poco se ha podido terminar y solamente ha
habido tiempo para
este volumen--y reunir los homenajes a su memoria q
ue van en el mismo
prenda de que aquí, en los lejanos montes de Turing
ia, donde aun vibran
entre pinos seculares las liras de Goethe, Schiller
y Wieland, ¡pienso
en él y en la patria!

Oberhof, 4 de julio de 1911.

Gonzalo de Quesad

a

José Martí, por Miguel Tedín

La Nación, Buenos Aires, dici
embre 1.º de 1909

A principios del año 1888 llegué a Nueva York en cu
mplimiento de una
misión profesional, y una de mis primeras diligenci
as fue [ir] a buscar
a Martí cuyas correspondencias a _La Nación_ me hab

ían impresionado
vivamente, revelándome un talento superior y un alma
eminente
americana. Encontrele en su despacho del consulado
oriental en Front
Street, una de las antiguas calles de la gran metró
poli y apenas llamé a
la puerta se adelantó a recibirme diciéndome: ¿Es u
sted el señor Tedín?
(un amigo común le había anticipado la visita), a l
a vez que me extendía
ambas manos con tal efusión de franqueza y sincerid
ad, que ese apretón
selló entre ambos una amistad que solo la muerte de
l gran ciudadano ha
podido cortar.

Era Martí de mediana estatura, cabellera negra y ab
undante que rodeaba
una frente amplia y bombeada, ojos negros de mirada
dulce y penetrante,
tez blanca pálida, como son generalmente los cubano
s, bigote negro y
crespo y un óvalo perfecto redondeaba su fisonomía
armoniosa y vivaz. En
su cuerpo delgado predominaba el temperamento nervi
oso, que hacía
rápidos todos sus movimientos y sus manos finas y a
largadas revelaban al
hombre culto consagrado a las tareas intelectuales.
Llevaba como único
adorno en uno de sus dedos un anillo de plata en el
cual estaba grabada
la palabra «Cuba».

Cubrían los muros de su despacho estanterías de pin
o blanco, algunas de
las cuales él mismo construyó, y en los pocos espac
ios libres que ellas
dejaban colgaban retratos de los héroes de la revol
ución cubana que
terminó con la paz del Zanjón, y entre los de vario

s literatos ocupaba
lugar preferente el de Víctor Hugo.

Constituían su biblioteca, en primer término, las publicaciones que se hacían en la América latina, cuyo progreso intelectual seguía con avidez, habiendo escrito juicios sobre muchas de ellas; pero tampoco faltaban los de la literatura norteamericana, cuya lengua conocía profundamente, aunque no fuera inclinado a hablarla. Su mesa de trabajo, sumamente sencilla, estaba siempre repleta de papeles que formaban sus numerosos trabajos de correspondencia para los periódicos de Cuba, Méjico, Guatemala, Argentina, y las revistas que bajo su dirección se publicaban en Nueva York, aparte de los documentos oficiales de su consulado. El único ornamento de ella era un tosco anillo de hierro que tuvo de grillete durante su prisión en la isla de Cuba, cuando aun era un niño, por causa de sus ideas liberales y que le fue regalado por su señora madre después de su deportación a España, para que le sirviera de amuleto en su peregrinación por la libertad de su patria.

En aquel modesto despacho mantuvo por muchos años el fuego sagrado de la independencia cubana, sin que por un momento les hicieran desfallecer ni las disidencias entre sus propios amigos, muchos de los cuales creían utópica la revolución, ni el espectáculo de las fortunas que se acumulaban a su alrededor por todos los que consagraban su inteligencia

y su autoridad a los negocios comerciales.

Allí llegaban y eran cordialmente recibidos no solo los sudamericanos que deseaban un consejero honrado para orientarse en los caminos de la vida americana, sino todos los cubanos interesados en la política de su país. Allí conoció a Estrada Palma, que a la sazón ganaba su vida manteniendo un pensionado de enseñanza en el estado de Nueva Jersey, y a muchos otros después actuaron en la revolución. A todos recibía con los brazos y el corazón abiertos y para todos tenía no solo las hermosas palabras, sino la ayuda de su experiencia y aun de sus modestos recursos.

Su fisonomía moral se caracterizaba por la más absoluta honestidad en todos los actos de su vida y por el mayor desprendimiento de sus propios intereses en favor del ideal a que había consagrado su existencia, la libertad de Cuba. Su espíritu eminentemente altruista, se asociaba a todos los dolores ajenos y a ellos llevaba el consuelo de su palabra inspirada; lo mismo compartía las alegrías de sus amigos. Su alma sensible y delicada sufría con las asperezas del alma yanqui, y nunca pudo fundirse en los moldes de ambición en que esta está vaciada. Recibió ofertas halagadoras para que pusiera su talento de escritor al servicio de intereses comerciales; pero jamás quiso desnaturalizar su pluma que solo debía servir para unir a la familia latinoamericana y

para luchar por la libertad. Prefirió ser pobre con decoro (palabra que se encuentra en casi todos sus escritos) antes que sacrificar sus convicciones ni su tiempo a tareas menos nobles que aquella en que se había empeñado.

Poseía un raro talento de asimilación y de generalización que le permitía abordar con brillo y con criterio sólido todos los problemas que en el orden político o sociológico entrañan el desenvolvimiento de las naciones y su memoria privilegiada le permitía recordar todo cuanto había pasado por el crisol de su inteligencia. Era raro hablarle de un libro recientemente publicado que él no lo conociera y sobre el cual pudiera expresar su propio juicio; así como conocía a todos los hombres que habían desempeñado un papel prominente en la vida de las naciones latinoamericanas.

Su palabra era suave, fluida, límpida como su pensamiento, sin afectación ni rebuscamiento, y producía el encanto de una fuente cristalina que desciende en su curso halagando los sentidos. Cuántas veces en los días festivos, solíamos atravesar el río Hudson e internarnos en las hermosas arboledas de las Palisades o recorriamos las avenidas del Parque Central, y allí transcurrían insensiblemente las horas, bajo la influencia de su palabra sana y amena que hacía olvidar el bullicio de la metrópoli. Su oratoria sólida y rica en imágenes

brillantes se derramaba como raudales de perlas y de flores, y su auditorio quedaba siempre cautivado por el encanto de ella. Recuerdo que en una conferencia que dio sobre Guatemala, con el propósito de reunir y vincular a los latinos residentes en Nueva York, tomó como tema las flores y los pájaros que adornaban el sombrero de una señorita allí presente, y sobre él hizo la pintura más hermosa que jamás haya leído de la naturaleza y de la sociedad centroamericana.

La impresión que a todos nos produjo fue la de hacer olvidar que nos hallábamos bajo un cielo gris y helado, creyéndonos transportados a los trópicos, y solo volví a la realidad de nuestra existencia cuando sentí un «_hurry up_», pronunciado con áspero acento sajón por dos jóvenes que pasaban a mi lado.

Era un trabajador infatigable y desde el alba que empezaba su labor con la lectura de los diarios hasta altas horas de la noche y a veces hasta la nueva aurora que solía sorprenderlo cuando, como él decía, se hallaba engolosinado por algún estudio en que ponía toda su alma para transmitirla a los lectores que él obligaba por las visitas de sus amigos a quienes recibía con solícito cariño.

Y no eran solo los trabajos literarios que ocupaban sus horas. Las dividía entre estos y las conferencias que daba a los cubanos pobres, en las que se esforzaba para vincular al elemento de color, con los de las

clases superiores, porque unos y otros debían servir para preparar la revolución cubana que era el objeto de su permanencia en Estados Unidos.

A pesar de los largos años que allí vivió, nunca pudo identificarse con la vida americana, porque su espíritu generoso y desinteresado era refractario a los procedimientos egoístas que constituyen el fondo del carácter de ese pueblo. Desconfiaba con las tendencias imperialistas de esa nación y creía que abrigaba propósitos absorbentes, contra los cuales las repúblicas latinas debieran estar prevenidas. Méjico, decía, solo ha podido evitar nuevas desmembraciones merced a una política hábil, en que sin resistir directamente, ha evitado la invasión de intereses americanos. Consideraba la conferencia monetaria internacional, iniciada por Blaine y a la que él fue delegado por el Uruguay, y yo lo fui por la Argentina, más como el medio de favorecer los intereses de los Estados Unidos platistas, que el de estrechar los vínculos de todas las naciones de América. Carece, pues, completamente de fundamento la versión de un escritor franco-argentino, de que Martí fuera partidario de la anexión de Cuba a los Estados Unidos, cuando, por el contrario, veía en ellos un peligro para la independencia. Creo, sin embargo, que sus temores eran infundados a este respecto, como lo ha demostrado la conducta de aquella nación, para terminar la guerra y establecer el gobierno propio de la isla y estoy co

nvencido de que no
tienen ambiciones de predominio sobre la América la
tina. Mr. Elihu Root
me dijo durante su visita a esta capital, que los E
stados Unidos nunca
anexionarían a Cuba y tengo la más absoluta confian
za en la sinceridad
de este gran estadista americano.

Los últimos años de la vida de Martí en Nueva York
me son poco
conocidos. Su última carta me revelaba un estado mo
ral deprimido por el
exceso del trabajo, que había creado en su organism
o una excitación
nerviosa. «Tengo horror a la tinta, me decía, y des
earía huir a los
bosques, aunque me crecieran las barbas verdes, par
a no ver papeles ni
sentir las fealdades de las gentes». Pasaron alguno
s años, durante los
cuales solo tuve noticias de él por intermedio de u
n amigo, cuando un
día recibí un telegrama en que me decía: «deberes i
neludibles me llaman
a mi patria y necesito su ayuda, mándeme por cable
quinientos dólares». Mi situación en aquel momento era difícil y me fue
imposible ayudarlo. Tengo, pues, el remordimiento de no haber contribui
do con esa suma a la
independencia de Cuba, puesto que en esos días salí
a Martí de Nueva York
para reunirse con el general Máximo Gómez e invadir
la isla, iniciando
la nueva insurrección que dio por resultado la term
inación del dominio
español.

La noticia de su muerte en los primeros combates li
brados entre cubanos
y españoles me produjo hondo pesar. Consideraba a M

artí uno de los
hombres de más talento que me había sido dado trata
r y su muerte
representaba no solo una pérdida irreparable para C
uba, de la que habría
sido uno de sus preclaros presidentes, sino para la
América latina toda,
pues desaparecía el escritor genial en quien el fue
go de la solidaridad
americana brillaba con resplandores que iluminaban
ambos continentes.

José Martí, por Román Vélez

Notas de Arte (Colombi
a), agosto 15 de 1910

Le conocí y traté en New York el año de 1891.

Me consagró su amistad. La amistad es la única rosa
que no tiene
espinas. La única fuente arrulladora que no tiene l
odo.

Fui su amigo--en el trajín social--de pocos meses.

Soy su amigo perdurable por el recuerdo y la memori
a.

Su recuerdo es para mí un ariete, relámpago que cru
za las soledades de
mi cerebro, viento agitado en mi calma abrumadora,
águila que
despierta--en horas de abatimiento--a picotazos mi
alma.

Fui, con varios condiscípulos, expresamente a conoc
erle. Habitaba casa

humilde y vivía modestamente.

Enamorado yo de sus escritos, deslumbrada mi juventud por aquel vuelo de cóndores de su prosa soberana, entré a aquel Areópago con el pensamiento en las nubes y el corazón en los labios.

Eran días tétricos para los colombianos residentes en New York, días en que un desdichado compatriota, al frente de un puesto distinguido, había llevado a sus gavetas joyas que no eran suyas.

Fue ese el tópico obligado, y Martí me decía: «los suramericanos enviamos trozos humanos putrefactos para que estos países los escarben y examinen, mandamos el rostro ensangrentado de la Patria para que estos países lo abofeteen».

Sobre Cuba exclamaba:

«Estoy desorientado y triste, pero con la mirada siempre fija en la cumbre inaccesible.

»En mi tierra no hay más que dos hombres: Gómez y Maceo, y una bandera: yo.

»A ellos los tienen como visionarios y a mí me consideran loco. Nos han dejado solos.

»Aquí, en los momentos de angustia, en esos días lóbregos en que en vano lucho y brego con los hombres y las cosas, al trasladar al papel mis pobres pensamientos, no me explico, no comprendo cómo no se transforma

en Vesubio mi cabeza ni se convierte mi pluma en bayoneta.

»Ustedes, los colombianos, tienen aun esperanzas de redención: allí hay vida, hay savia, hay esplendor.

Nosotros no tenemos nada.

»Cuba es una tumba muy grande que guarda un cadáver más grande que ella: la raza india muerta.

»Esa raza me alienta, y la máxima de Bolívar me conforta:
'¡Venceremos!'».

Calló, inclinó la cabeza meditabundo, me pareció escuchar el ruido estruendoso de las armas en la manigua, y comprendí que aquel hombre era algo más que tribuno, algo más que genio: ¡era la Libertad!

La América latina ha sido escasa en mentes colosales. El genio, como el célebre arbusto parlante de Sumatra, no se ha dado en América sino muy de tarde en tarde.

Ha habido ilustraciones altas y macizas, pensadores vastos y profundos, prosistas, oradores y poetas de palabra de oro y alas luminosas; pero el genio auténtico, la cabeza batida por aquilones y coronada de rayos, la lengua de fuego que realza y purifica cuanto toca, la pluma gigante que vierte a raudales la ternura, la ciencia y la filosofía... esos, han sido muy raros en América.

Genio Montalvo; genio José Martí.

El primero con una sombra: el arcaísmo; el segundo,
sin sombras y sin
manchas.

La estulticia de las muchedumbres, el espíritu fácil al aplauso de
nuestra raza, la lisonja desmesurada de los gacetaleros, el coro vacuo
y frívolo de las mediocridades, han hecho aparecer en ocasiones como
lumbreras a seres que apenas han tocado los primeros peldaños de la
gloria.

Entes grandes y pomposos--como la encina de Lebes--
, pero huecos.

Árboles corpulentos de espléndido ramaje, pero torcidos e inclinados a
la tierra.

Hoy la serie de pensadores es como una serie de montañas, pero sin
cumbres que sobresalgan, sin picos que se despidan de las otras.

La constante difusión de las luces, el espíritu incansable e
investigador del siglo, la rapidez y la facilidad en las comunicaciones,
la escuela, el libro, la prensa y la tribuna, han eliminado esas
eminencias, cúspides de la humanidad.

Con la abundancia de las colinas han desaparecido los Himalayas.

Con la dilatación ha resultado el aplanamiento, con el ensanche se ha
perdido la altitud.

El peñón abrupto es arena rutilante.

El nido es colmena.

La altura es extensión.

La cima ha sido cubierta por la arboleda en marcha:
no se ven más que
árboles.

La roca altísima ha sido invadida por el mar: no se
ven más que olas.

Hoy es plaza lo que ayer fue torre, lago lo que fue
atalaya, cielo
inconmensurable lo que fue astro esplendoroso.

«Las cumbres se han deshecho en llanuras, las llanu
ras son cumbres.

»Son muchos los poetas secundarios, escasos los poe
tas eminentes
solitarios.

»El genio va pasando de individual a colectivo.

»El hombre pierde en beneficio de los hombres.

»Se diluyen, se expanden las cualidades de los priv
ilegiados a la masa».

Las golondrinas se han elevado y los cometas han de
scendido.

Las legiones han subido y Júpiter ha bajado.

El mérito de Martí consistió precisamente en eso: h
aber dado sombra a
tantas grandezas.

En época, en que la ciencia es ambiente y el talent

o multitud, él fue
Argos impoluto, gigante, solo, y ¡único!

Todo tiene en la naturaleza su punto culminante, su
nota dominadora, su
faz grave y severa: la selva, el roble centenario;
el océano, la ola
inmensa de cresta arrebolada; el desierto, el león
hirsuto y arrogante;
y la sociedad, el genio.

¡Y genio fue José Martí!

Murió a los 42 años y es asombrosa su labor polític
a y literaria.

A la edad en que otros comienzan a ascender, ya él
traía guirnaldas del
Olimpo.

En un mismo día, y en ocasiones en una misma hora,
escribía un discurso,
redactaba una carta, pergeñaba una revista, otorgab
a una clase, leía un
libro, hojeaba un folleto, traducía una fábula, hab
laba de cosas fútiles
con su familia y de cosas lisonjeras con sus amigos
.

Tenía el don de contorcerse y dividirse, la cualida
d de la
centuplicación.

Un caso de polizoísmo.

Trabajaba en una casa de comercio, colaboraba en va
rias sociedades y
magazines, sostenía incansable correspondencia co
n sus adictos,
enseñaba a los desgraciados, meditaba, discutía, ex
altaba a los
pusilánimes, asaeteaba a los cobardes, confortaba a

los sufridos, se
erguía ante los poderosos, lloraba con los indigent
es; tenía un báculo
para cada caída, una esperanza para cada lacería, u
n bálsamo para cada
dolor, una rosa para cada beldad, un pensamiento du
lce para cada
párvulo, y aun le quedaba tiempo para ser rendido y
galante con la
esposa y cariñoso y afable con los hijos.

Séneca, Aristóteles, Corneille, Bacon, Montaigne, J
oubert, Massillón,
San Agustín, Rousseau, Voltaire, Shakespeare, Juven
al, toda una legión,
se agitaba, bullía, vibraba en aquel cerebro podero
so, hecho para los
torneos y las epopeyas, para las recias batallas y
las hondas
lucubraciones.

En sus manos eran a diario: el _Tratado de la Natur
aleza_ de
Malebranche, _Los Pensamientos_ de Marco Aurelio, l
a _Historia de
España_ de Mariana, los _Epigramas_ de Marcial, las
endechas de
Massinger, el _Capital_ de Marx, las elegías de Pro
percio, los _Ensayos_
de Macaulay, las _Observaciones_ de Llorente, el _C
atecismo_ de Lutero,
todo le era familiar, conocido, íntimo, y considera
ba los periódicos
como soldados y los libros como hermanos.

Para él todas las mujeres eran santas, todos los ho
mbres buenos, todos
los guerreros dignos, todos los oficios nobles, tod
as las cosas bellas.

El reptil, a sus ojos, se convertía en ave; el barr
o en oro; el erizo en

flor; el espectro en ángel.

Su voluntad era granito; su espíritu, llama.

Unía, a la calma de Massena, el arrojo de Murat.

Aunaba, al candor de Carlos Dickens, la precisión de Víctor Hugo.

Odiaba el estilo misoneico y la poesía macróstica.

Admiraba más a Martos que a Castelar.

Para sus compañeros y admiradores era inofensivo como la malva; para sus enemigos, venenoso como el quedec.

Polígloto, enciclopédico, polílogo.

En aquellos, atardeceres mincosos de la gran Metrópoli, en que Martí solía pasearse por las alamedas de Green Wood, ¿quién iba a imaginarse que de aquella mano tan sencilla pendía un mundo, que tras aquella cabeza silenciosa iba una bandada de águilas libertadoras!

Su erudición, pasma. Si todos van contra él, él va contra todos. Tiene del ala y del hacha. De la roca y del torrente. De la hoja y del rayo. Ensalza, y va hasta lo infinito; derriba, y llega hasta el abismo. Cuando alaba encumbra; cuando analiza, despedaza. Su palabra, ora corre mansa, ora retumba; sus verbos, ora se deslizan, ora estallan. Algo como un trueno avanza por entre sus frases calológicas. Se siente calor de nube y rodar de cañones. Esculpe de una plumada; retrata de un brochazo.

Tiene arranques sublimes en que parece que la tierra se levanta o el cielo se desploma. Tiene voces que gimen, términos que gritan, giros que rimbomban. Se escucha vuelo de pájaros y fuego de fusilería. Su dibujo es línea recta; su corte, el del diamante. Es paleta y es cincel. Es terso y es hondo. Palpita y regolfa. Su ritmo es una nave que se aleja; su dialéctica, escuadra que combate. Por entre la malla de su prosa hay pueblos que se hunden, ejércitos que se destrozan, mares que se revuelcan, bosques que caminan. Es raso y es acero. Es guzla y es clarín. Es halago y es centella. Escribe versos que enamoran, filípicas que entusiasman, libros que glorifican. Es diminuto y es excelso. Sencillo y complicado. Es león y paloma. Oruga y colibrí. A veces se detiene, como ante un precipicio; a veces corre veloz, como una locomotora. Mezcla lo alto y lo bajo, lo noble y lo ruin, la mariposa y el estiércol, la mirla y el escarabajo, el dicterio y la canción.

Todo sale embellecido y purificado de aquella péñola incomparable, péñola que hoy bendice todo un pueblo, y es lumbre de la humanidad.

Su vida fue un himno permanente a todos los derechos, eterna protesta a todas las iniquidades.

Fue mentor augusto, patriota insigne.

Fue principio y resumen. Alfa y Omega. Sacerdote y apóstol. Mecenas y

Catón. Sufrió, amó, creó. Conoció lo pasado, vislumbró lo porvenir. Fue artista, gladiador, vidente. Se echó un mundo a la espalda y con él se le vio, radioso y fatigado, camino de la inmortalidad. Ante los obstáculos se duplicaba; ante los imposibles, no cedía. Enérgico, rápido, tenaz. Si nublado, se alzaba; si torrente, se sumergía. Para él era pira la existencia, átomo el universo, minutos las edades. Limpiaba, talaba, esclarecía. Hacía surgir proclamas de los muertos, lanzas de las tumbas, auroras de los antros, escuadrones de las piedras. Brotaba chispas su espada; relámpagos, su pensamiento.

Dominó, coronó, ascendió.

Y al caer, rota la frente, en un charco de sangre, hubo irrupción de llamas en el cielo, aglomeración de palmas en la tierra, condensación de recuerdos y sentimientos en el corazón de los americanos.

Para llorar a Martí no son suficientes las lágrimas de todos los hombres ni el grito clamoroso de todos los siglos.

¡Santa memoria de Martí, bendita seas!

Martí

Discurso pronunciado por el Doctor José Antonio González Lanuza

_En la Cámara de representantes de Cuba

a el 19 de mayo de 1910_

Señor Presidente y señores Representantes:

Cuanto aquí nos congregamos, hacemos memoria, sin duda, de una sesión análoga a esta--igual a esta diría mejor--en el año precedente. El entonces designado para hablar de Martí, fue el señor Miguel Viondi, y los que aquí estamos y estábamos aquella tarde, recordamos cuán gratamente nos entretuvo; dando a su disertación el interés de la relativa novedad, única a que puede aspirarse cuando del Padre de nuestra Patria se trata hoy entre nosotros. Colocado se encontraba el señor Viondi en ventajosas condiciones para ello: amigo íntimo de Martí, lo había tratado durante largo tiempo y de la manera más estrecha y podía referirnos rasgos, de esos que parecen insignificantes, pero que mejor que ninguna otra cosa indican el temperamento y la condición peculiar de un personaje. Refiriéndonos historias de esa clase, podía entretenernos con algo nuevo que no supiéramos los demás, que pudiera servir para rectificar algún juicio de detalle y para confirmar, como no podía, menos de resultar confirmado, el juicio que en conjunto formáramos todos de antemano del hombre insigne cuyo nombre invocamos en estos instantes.

En cambio, el que se ha designado para que lleve la palabra en el día de hoy, y de él os hable, se encuentra en condiciones

más desventajosas,
porque no tuvo la dicha de conocerlo, ni de vista;
y porque de él sabe
lo que sabemos todos; y de él no puede decir otra cosa que lo que está
en la mente y en el corazón de todos. No era posible que en Cuba se
ignorara quién fue Martí, cuál fue su obra y cuál su representación
entre nosotros. Desde los más humildes--desde el punto de vista de la
inteligencia--hasta los que pueden decirse próceres de esa inteligencia,
muchos han hablado entre nosotros de aquel que por antonomasia se ha
llamado el Maestro. Historia de su vida, antecedentes de su carrera
política, antecedentes de la agitación que organizó y todos los
detalles relativos a su participación en el movimiento revolucionario
que definitivamente independizó a Cuba, son, para cuantos aquí estamos,
cosas sabidas; e igualmente son sabidas por todos los cubanos. En tal
concepto, al que no pueda referir algún aspecto de la vida personal de
aquel gran cubano, a un auditorio distinguido como este, se le coloca en
una situación verdaderamente difícil cuando se le hace hablar de Martí.
El tema es atractivo, es simpático, y porque siempre ha sido tema
atractivo y simpático, muchos lo han tratado, muchos lo han
desarrollado. El terreno, de tal modo, está espiado o por completo; y yo
he de recomendarle a la benevolencia de ustedes para que con esa
benevolencia se me perdone todo lo que en mi discurso no puede menos de
ser una repetición.

Pudiéramos dividir en tres partes, no iguales, cierta mente, un discurso como el que debo pronunciar en el día de hoy: en una se puede hablar de la vida de Martí; en otra, de su carácter y de los rasgos prominentes del mismo; en la tercera, de su obra. Digo que no pueden ser iguales, porque acaso algo pueda decirse más extensamente, con un relativo aire de novedad de la segunda y de la tercera; de la primera, imposible. Hacer aquí un resumen de su existencia, de todos conocida, sería hacer perder tiempo a los señores que me escuchan. Su infancia; su juventud, pobre y agitada, mucho más que su infancia; su amor al estudio; las deficiencias de sus medios económicos; la consagración de toda su vida al logro de un ideal; su paso por España, sus pasos en Cuba, su residencia en las repúblicas de la América latina, su residencia en los Estados Unidos; son cosas de todos conocidas. Su participación en el movimiento revolucionario, su agitación en las emigraciones cubanas, su recorrido por todos los países en los cuales creyó que podía encontrar un eco simpático al pensamiento revolucionario y su dedicación absoluta y definitiva a dar cuerpo a ese pensamiento y a su ensueño, ¿qué son sino una cosa que está en la memoria y en el corazón de todos nosotros y que no necesita ser repetida, que no debe ser repetida, porque la repetición no sería ciertamente excusable, sería in cuestionablemente vana y presuntuosa?

No hablemos, por consiguiente, de su vida. De ella, lo que parece destacarse de una manera marcada, es esto sobre lo cual necesariamente habré de volver, porque fue rasgo típico de su temperamento. Fue una vida dirigida, como la aguja magnética, hacia una sola dirección; y todas las vicisitudes y agitaciones de aquella existencia, realmente tormentosa, vinieron al cabo a culminar en un mismo punto y en el sentido de una sola vía, por la que se encaminaron en definitiva sus pasos. Donde quiera que encontró cualquier oficio por el cual trató de librar su subsistencia, la adopción de ese oficio no tuvo más objeto sino el de lograr que fuera posible ir viviendo, para que al par que su vida se prolongara, se realizase la obra que se había impuesto. La tarea que desde sus tiempos de muy joven concibió en su espíritu, despertó en el mismo el propósito de consagrarse a ella, y de hecho, posteriormente, su vida fue, en cuanto a esa tarea, una definitiva consagración. Naturalmente, en un hombre obsesionado por esa misión, que debió creer que providencialmente le estaba impuesta, y luego veremos por qué lo digo, no era posible que se produjera un rumbo normal, tranquilo y constante en la existencia. Dado el hecho de imponerse a sí mismo semejante misión, todo lo que no fuera el cumplimiento de ella, tenía que ser accesorio para él y accidental. Era preciso vivir; no tenía fortuna y era preciso buscar el pan de todos los días. Un hom

bre de inteligencia
suficiente para haber abrazado cualquiera de esas p
rofesiones, que si no
francamente lucrativas, permiten por lo menos vivir
con comodidad, no se
podía ocupar de ninguna de ellas. Teniendo título d
e Abogado, no le fue
dable ejercer la profesión. Para ello hubiera tenid
o que radicar en un
mismo punto, que vivir en Cuba, y en Cuba española,
que someterse a la
mirada recelosa de la policía española, que prescin
dir de todo lo que él
entendía que constituía su destino. Era preciso que
librara la
subsistencia con oficios que le permitieran al prop
io tiempo viajar,
moverse de acá para allá, preparar el movimiento re
volucionario en
definitiva. Y tan es así, que una especie de visión
, de destino
providencial le animaba, que contra el parecer de l
a inmensa mayoría de
sus conciudadanos, contra el parecer casi unánime d
e ellos, entendió que
estaban maduros los tiempos, cuando todo el mundo p
ensaba que su
tentativa habría de abortar como extraña aventura d
e dementes.

A veces sucede esto, y ha sucedido en muchas ocasio
nes en la historia de
la humanidad: no son precisamente los hombres de ma
yor reposo en el
carácter y más serena cultura mental los que han de
cidido a las
multitudes a obrar, los que han lanzado a los puebl
os por el camino de
su destino verdadero. Para eso se ha necesitado cas
i siempre una
obsesión pasional y la impulsión que naturalmente s
e produce en virtud

de ella; comunicar a las multitudes el fuego que a nosotros abrasa y hacerles realizar lo que ellas no pensaron que debían realizar; aun muchas veces contra la voluntad general, adivinando cuál es el estado de la subconciencia, el deseo íntimo y verdadero de una agrupación de hombres, para llevarlos a que ejecuten lo que quisieran ejecutar, pero lo que no se atreven siquiera a pensar en ejecutar. De aquí el que fiel a su destino, Martí viviera como corresponsal de periódicos, moviéndose de acá para allá, remitiendo correspondencias a un diario denominado El Partido Liberal y después a La Nación de Buenos Aires, ganándose su subsistencia modestísimamente de este modo, a fin de girar por el mundo, aunando voluntades aquí como allí, reuniendo fondos, procurando contar con la colaboración de los que podían ponerse al frente del movimiento, y no desmayando nunca ante ningún desastre, ni ante ningún desengaño. ¿Para qué dar detalles? Esta fue invariablemente su vida. Los accidentes de la misma no harían sino presentar diversas facetas de esto que he indicado como su conjunto general.

Discurrir ahora acerca de su temperamento y de su carácter, de su papel y de su misión en la obra revolucionaria cubana, tiene para mí también un relativo inconveniente. Hace poco más de un año, cuando, en la próxima ciudad de Matanzas se inauguraba, por iniciativa de un hombre a quien vi entonces por última vez, el doctor Ramón Miranda, un artístico

monumento en honor de Martí, el doctor, que a ello me había comprometido de antemano, me llevó a dicha ciudad a hacer uso de la palabra en la ceremonia de inauguración. Entonces, refiriéndome en un breve discurso dicho en la plaza pública, y que por ello no podía ser ni largo, ni reposado, ni serenamente meditado, a aquello que para mí constituía carácter típico y saliente de Martí, señalaba estas dos circunstancias que no diré que sean absolutamente exclusivas de él, pero que en realidad son en él más prominentes que en ningún hombre que haya podido vivir una vida análoga a la suya y que se haya impuesto una misión como la que él se impuso.

En primer lugar, un hombre que movía a los demás a pelear, que encendía en su patria la hoguera de la lucha tremenda, que condenaba a sus hermanos a pasar por la crisis de un terrible martirio, estaba al propio tiempo animado de un amor sin límites a la humanidad y de una benevolencia para todos los humanos, por malignos que fuesen o por errados que estuvieran; entre otros, y tal vez principalmente, para los que consideraba sus enemigos. Y además hubo en él rasgo peculiar de su tarea y de su esfuerzo: de todos los hombres que han podido determinar a una colectividad, grande o pequeña, a realizar una obra común, un propósito general, quizás él sea el que representa en esa obra común una parte más grande por razón de su esfuerzo individual. Martí, en efecto,

fue el determinante principalísimo de la revolución cubana. El pueblo cubano, en aquel tiempo, y cuantos vivimos en aquella época lo sabemos, no quería en su mayoría al menos, la revolución. El Gobierno de España nos había dejado entrever una mejor condición política, sin sacudidas ni agitaciones violentas. Tan cierto es que aquello hubiera podido contener la obra revolucionaria que, como se ha dicho después y repetido muchas veces, la actitud que tomó el Gobierno español por la iniciativa del Ministro Maura contuvo un poco a Martí. Le pareció que su ideal y su tarea corrían peligro si aquellas reformas políticas se implantaban en Cuba de buena fe y eran generalmente aceptadas por el pueblo cubano, en virtud de lo cual él ya no tendría ambiente adecuado para poner por obra sus propósitos. Fue la obcecación de los políticos españoles, de acá y de allá, la que se levantó como una barrera ante el Ministro que acabó de indicar y dejó el terreno aun más preparado que antes lo estaba para que pudiera fructificar la semilla. No obstante, el Gobierno español, volvió, como todos sabemos, a la idea de reformas políticas. El plan del señor Maura se desechó; pero se planteó otro nuevo, que llevó el nombre de Abarzuza; y aun cuando la generalidad entre nosotros creyó que se iba a obtener menos de lo prometido, la mayoría se resignaba a obtener aquello, a cambio de no tener delante de sí el fantasma de ninguna agitación, de ninguna revolución, de ninguna lucha. Yo recuerdo que no

ya entre los elementos españoles, sino aun entre los elementos cubanos, y muy cubanos, y muy probados, pero que no se encontraban en la conspiración que estallaba en aquellos instantes, fue un efecto terrible el que produjeron los primeros movimientos. He tratado a algunos, emigrados de la guerra de los diez años, de aquellos que desde su principio marcharon a los Estados Unidos o a algunas de las Repúblicas Hispanoamericanas, que consideraron un acto de locura el que se iniciaba en aquellos días. Creyeron que todo lo que se había adelantado, en 17 años de predicación pacífica, por el Partido Autonomista, iba a ser irremediablemente perdido; y un amigo particular mío, que se hallaba en Madrid cuando los primeros sucesos estallaron, que salió de España muy poco después y regresó a Cuba, hubo de declararme que en una entrevista que tuvo pocos días antes de embarcarse con el famoso tribuno español don Emilio Castelar, este le significó que en Cuba, se había cometido un acto de demencia irreparable, y que los que lo cometían y los que no lo cometían, en virtud de irremediable consecuencia de la solidaridad, verían perturbado el sistema político de Cuba, ya que aquellos sucesos lo harían volver mucho más atrás de donde se encontraba en el momento en que se iniciaron los primeros esbozos de un plan de reformas. Y esa idea de don Emilio Castelar era la idea que aquí tengan todos los que no estaban, diré mejor, los que no estábamos comprendidos en la

conspiración; porque a pesar del papel que yo posteriormente pude desempeñar, modesto y obscuro, en el movimiento revolucionario, he de declararlo sinceramente, y nunca he pretendido lo contrario, en la conspiración inicial no estuve comprendido ni iniciado; hasta el punto de que, no sospechando que yo podía ser capaz de semejante cosa, el señor Juan Gualberto Gómez, a pesar de haber llevado su defensa ante la Audiencia de la Habana cuando se le procesó por la publicación de un artículo titulado «Por qué somos separatistas», jamás contó conmigo y aun hubo de decirme, ya en Ceuta, donde nos encontramos, que él se hubiera dirigido a mí si hubiese sabido que yo era susceptible de ser inyectado con semejante virus; a lo que le contesté que quizás, en aquellos momentos, no hubiera sido yo susceptible de recibir, con fruto, la inyección.

En tales condiciones se encontraba la población de Cuba cuando Martí empezó la obra revolucionaria. Es verdad que, como él decía, en el suelo no se advertían los brotes primeros de la planta, pero él sintió lo que pasaba en el subsuelo, y en el subsuelo estaba ya preparada la semilla; prueba cómo ella fructifera. Aun los más ajenos al movimiento inicial, se sintieron (y aquí también puedo decir, nos sentimos) inmediatamente arrastrados por él; de tal manera que aun antes de que la invasión de las provincias occidentales diera grave y decisiva importancia al guante

arrojado al Gobierno de España, ya habíamos sentido muchos, que veíamos venir la ola arrolladora, que lo peor que podía suceder a los nacidos en Cuba sería que ese Gobierno de España aplastara militarmente a la revolución; y aun algunos, sin creer que aquella revolución podía tener un éxito, mucho menos cercano; sin pensar que en el período relativamente corto de tres años se triunfara; pensaron que era necesario un movimiento general para prestar auxilios a dicha revolución, procurando al menos colocar el pleito en condiciones de transacción que a España resultara irremediable; primera victoria, que había de ser victoria definitiva, un poco más tarde, de Martí ya muerto, sobre nuestros corazones.

Era, indudablemente, un hombre extraordinario el que llegó a producir en un pueblo, pequeño o grande, eso poco importa, fenómeno como el que acabo de indicar. Decíales a ustedes hace poco que había en realidad en su vida toda algo que indica que él se consideraba providencialmente destinado a semejante misión. Esa impresión, mucho tiempo después de muerto él, la recibí directamente por unos renglones suyos, y en la obra de menos importancia de todas aquellas que ha publicado el señor Gonzalo de Quesada, piadoso recolector de sus escritos; en una que se titula La Edad de Oro y que es un volumen que contiene los trabajos que insertara Martí en cuatro o cinco números, muy pocos, de una revista que publicó,

dedicada a los niños, y de la que él era el director y el redactor casi único. En uno de esos artículos, que se encuentra al principio, el que se denomina «Tres Héroes», Martí habla a los niños, en sencillo lenguaje, de Bolívar, de Hidalgo y de San Martín; y refiriéndose al primero, escribe estas palabras que voy a permitirte leerlos y en las que entiendo que hay incuestionable, inconscientemente, y en síntesis, un poco de autorretrato:

«Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban, y las palabras se le salían de los labios. Parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo. Era su país, su país oprimido, que le pesaba en el corazón, y no le dejaba vivir en paz. La América entera estaba como despertando. Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres, y no pueden consultarse tan pronto. Ese fue el mérito de Bolívar, que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela, cuando parecía que Venezuela se cansaba. Lo habían derrotado los españoles: lo habían echado del país. Él se fue a una isla, a ver a su tierra de cerca, a pensar en su tierra».

Cuando esto leí hace poco más de un año, poco antes de que el señor

Viondi pronunciara aquí el discurso del año anterior, me pareció que en estas palabras Martí se retrataba a sí mismo. No era él de aventajada estatura, era más bien pequeño de cuerpo (acaso fuera de la propia estatura de Bolívar); era nervioso también, como a Bolívar pintara; sus ojos, todos los que lo conocieron lo dicen, relampagueaban; las palabras asimismo se salían de sus labios; y cuando su pueblo se había cansado de pelear, él no se había cansado del propósito de iniciar una nueva lucha; él había decidido la guerra solo, porque solo a sí mismo se consultaba; no necesitaba consultar a su pueblo y le parecía también muy difícil consultar la opinión de muchos. Y tan había decidido la guerra él solo, que a los jefes principales de aquella lucha, a los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, los fue a buscar; y lo que no habían decidido ellos, él hubo de decidirlo y fue él solo, él quien sacó de su inacción a tales hombres y en la aventura los embarcó. Cuando escribía tales palabras de Bolívar, es probable que pensara en sí mismo; es probable que no quisiera establecer una franca comparación, cosa que su propia modestia había de vedarle; pero yo dudo de que nadie que lo haya conocido, de que nadie que, aun sin conocerlo, haya oído hablar de él tanto como lo hemos oído nosotros todos, deje de encontrar su propio espíritu, su propio temperamento, la condensación de su carácter y de su historia, en esas líneas en que él trataba de pintar a los niños al que

fue el Libertador de la América, Central y Meridional.

Aquel otro rasgo del que hablara hace poco ya se señalaba en los momentos mismos en que la lucha tenía comienzo. Parecía a Martí que debía dirigirse, no para conquistarlos en conquista imposible y absurda (no hay un solo renglón en el documento a que voy a referirme en que tal propósito aparezca), hasta a los propios soldados españoles que estaban en Cuba; y en una especie de alocución y manifiesto que de antemano publicara, les decía que era su adversario y enemigo, pero que no sentía por ellos odio de ninguna especie. No los llamaba para convidarlos a la desertión, no; les advertía el noble propósito de la lucha; y antes de comenzarla, él, el más débil, el que solo contaba con su esfuerzo, el que bien se daba cuenta de lo áspera y difícil que iba a resultar, en el momento en que el encono es más natural en el espíritu del hombre, proclamaba un ideal de fraternidad para con el adversario y de antemano quería asegurar para un mañana más o menos incierto, pero en el cual él tenía mucha fe, un programa de perdón, de ausencia total de rencores, de olvido de la lucha misma.

Y en efecto, ese espíritu que dominaba a toda su tentativa revolucionaria, se vio reproducido en el momento de la victoria al final de la guerra de Cuba. Y aun cuando en ello me repito, quiero consignar una cosa que consignara también allá en Matanzas, e

n la oportunidad a
que antes me refería. Colaboradores entrambos enemi-
gos en que tal fuera
el resultado de la revolución y de su triunfo, no s-
olo los cubanos no
tuvimos, salvo alguna que otra manifestación aislad-
a, que nunca pudo
traducirse en hechos, el propósito vindicativo de l-
as ofensas pasadas,
sino que tampoco dieron los españoles muestras de d-
especho o de
inconformidad con los hechos consumados, y dándose
cuenta oportuna de la
situación la aceptaron acaso con reservas mentales,
pero con reservas
que tuvieron la discreción de no exteriorizar jamás
; y así nunca,
manifestaron expresa y públicamente, ni aun durante
el tiempo intermedio
de la Intervención primera, que, contentos con tal
fracaso de la
Revolución vencedora, ellos deseaban que no triunfa-
ran sus ideales
definitivos. De este modo, y con la discreción de u-
n lado y del otro, se
ha podido lograr que la República, ni antes ni desp-
ués de constituida,
se mirara por esos hombres como una condición de co-
sas en la cual la
vida era para ellos imposible, y tanto los unos com-
o los otros, los que
habían triunfado con el auxilio americano, y los qu-
e habían sido
vencidos por las fuerzas unidas de cubanos y americ-
anos; aceptaron como
cosa definitiva el nuevo orden político, cooperando
todos a mantenerlo,
cada cual como ha querido, como ha podido o como ha
debido.

Ese amor de Martí para todo lo humano, hasta el pun-
to de que pudo tomar

como lema de su existencia aquel verso famoso de Terencio, pues que nada que fuera humano, en efecto, le era extraño, se manifiesta muy principalmente hacia los pobres, hacia los humildes, hacia los débiles. Martí se abría muy fácilmente camino en el corazón de ellos. Cuando en compañía del que fue primer Presidente de nuestra República, ya constituida en definitiva y reconocida por todas las naciones, don Tomás Estrada Palma, en los últimos tiempos de la revolución, en la época en que en el puerto de la Habana voló el acorazado americano «Maine», hice yo un viaje a Tampa y Cayo Hueso, esto llamó profundamente mi atención. En las casas más pobres había uno o más retratos de Martí. No se contentaban generalmente con tener uno solo. Si lo tenían pequeño buscaban uno más grande y conservaban el pequeño para trasladarlo a otra habitación. Si lo tenían de busto, querían tenerlo también de cuerpo entero. Si lo tenían a él solo, querían otro en que Martí estuviese fotografiado en compañía de algún amigo. Y en todas las casas, por humildes que fueran, se encontraba su imagen repetida, no una sola vez. Así la veía uno por todos lados; la veía en el exterior de los edificios como en el interior de los mismos; en la sala en donde se recibía al huésped como en las habitaciones privadas; en los talleres de tabaquería, en número bastante considerable, hasta el punto de haber podido yo contar seis retratos en un mismo taller. Y en todas partes le

hablaban a uno de Martí. Y había gentes que se sabían de memoria el primer discurso que dijo en Cayo Hueso; y no había reunión política en que alguien no se encargara de recitarlos, como la obertura obligada de la función de que se trataba; y las palabras de él, lo que había dicho, lo que había indicado en las conversaciones particulares, el consuelo que había prodigado a los infelices, a los desvalidos, a los tristes se repetían diariamente; y no vivía uno en aquel lugar y en aquella época sin ver su imagen por donde quiera, sin oír repetir sus palabras y sus ideas por todas partes; hasta el punto de que era difícil sustraerse a la ilusión de que estaba vivo; ¡ciertamente mucho más vivo entonces que cuando real y efectivamente vivía!

Otro de sus caracteres (cuantos lo conocieron han podido dar de esto un testimonio constante) fue la elevación de su mente, su perenne altura mental. Tengo entendido que, cualquiera que fuese la bondad de su carácter, cualquiera la facilidad con que se le podían acercar, altos o bajos, quienes desearan abordarlo, no fue, sin embargo, un hombre alegre. No podía serlo, puesto que tenía la obsesión de una triste idea, la idea de una misión dura y difícil, no solo para él, sino también para sus compatriotas. Aquel amante de la humanidad iba, en efecto, a ser causa de que se derramara sangre. Su misión no se podía realizar si no a costa de sangre y de lágrimas; y un hombre que tenía en el corazón tan

abundante piedad para todos los hombres, condenado a realizar obra semejante, no podía ser jovial, no podía abundar en él la alegría. Por consiguiente no era dado a tomar en broma familiar las cosas que a veces, a los demás, a los que vivimos reducidos a un nivel normal humano, nos proporcionan esa frívola, pero grata impresión que hace reír. No tenía, no podía tener lo que un amigo mío suele llamar «el sentido cómico de los acontecimientos». Y así a veces, ante cosas verdaderamente cómicas, su espíritu encontraba siempre un aspecto sobre el cual se podía discutir seriamente, abandonando la broma, como algo incompatible con su temperamento, y contemplando tan solo el lado serio y elevado a que la cosa misma pudiera prestarse.

Mi compañero de trabajo y mi íntimo amigo Pablo Desvernine, me ha referido lo siguiente, que presenciara él una tarde, en el bufete del señor Viondi, en donde se encontraba Martí. En aquella época el Liceo de la Habana se hallaba establecido en la Calzada de la Reina. Era antes de la revolución, durante un breve paso de Martí por Cuba; no solo antes de que el movimiento revolucionario estallara, sino también antes de aquella, para muchos aun no claramente conocida, aparición de Antonio Maceo en La Habana. Y resultó ser que llegó al bufete del señor Viondi un empleado suyo, un hombre sencillo y bueno, pero sin gran cultura, y declaró, en medio de la mayor jovialidad, que el doctor José Antonio

Cortina disertaría aquella noche en el susodicho Liceo acerca de «un inglés» que pretendía que el hombre descendía del mono. Martí se indignó en medio de la risa general. Comenzó por advertir a aquel pobre hombre estupefacto que no volviera nunca a expresarse en ese tono de semejante inglés. «Ese hombre de quien usted habla, le dijo, se llama Carlos Darwin, y su frente es la ladera de una montaña»; y continuó disertando en este tono por diez minutos, hasta que sus amigos le interrumpieron para hacerle comprender lo perdido e inútil de aquella disertación.

En ese estado de excitación mental y con su espíritu en ese plano intelectual y moral, se encontraba constantemente. Como hombre que se halla obsesionado por una idea, como acabo de decir, realmente triste, la de lanzar a sus hermanos a la guerra, le era imposible la risa ruidosa y la franca alegría. En efecto, si es cierto que su papel en la iniciativa y en el desarrollo de la revolución fue individualmente tan decisivo como he podido indicar (y creo que de ello no cabe duda); si se estima que todo lo que se hizo posteriormente no fue más que consecuencia de su energía, de su acción individual; cuantos murieron, murieron, entre otras cosas, y principalmente porque él los lanzó a la muerte, porque a ella los mandó; y aun así, cuantas viudas, cuantos huérfanos lloraron, derramaron lágrimas por él; cuantos aquí se arruinaron, y cuantas propiedades se destruyeron, y cuantos escombros se

amontonaron sobre
nuestros campos, y cuanto humo tiñó la pureza de nuestro cielo, fueron
ruina, y destrucción, y escombros, y humo que a él pueden referirse como
a su causa. Todo eso fue realmente obra suya. Y hubiera podido pasarse
un balance de pro y de contra, de cargo y de data, de debe y de haber,
para saber cuál era su saldo, si no hubiera él comprendido la triste
tarea que se impusiera y decretado que ella reclamaba su propio
sacrificio. Y en efecto, tanto como el que más, mucho más que otros
revolucionarios de su índole, no tan solo entendió que debía lanzar a su
pueblo a una lucha desesperada, sino que comenzó por lanzarse con él; y
aun creo que pensó que, inmolándose en holocausto voluntario, debía
morir a las puertas mismas de la revolución.

¿Quién podrá, por consiguiente, tomarle cuenta de la sangre que se
derramó, de las lágrimas que se vertieron, de todo lo que pudo suponer
aquella lucha postrera de la actual generación cubana, cuando él fue la
primera víctima, prestándose a su propia inmolación? De ese modo,
redimió todo lo que pudiera pensarse que hubo de sombrío en su obra,
aceptando para él, espontáneamente, la parte más sombría. Ya antes había
hecho un sacrificio prolongado, que no había sido cruel, pero que
había sido tan duro, por lo menos, como aquel que hiciera en el momento
de morir. Como dije antes, todos los halagos de la existencia fueron
cosas por él renunciadas. La estabilidad de la resi

dencia en un punto
determinado; los lazos establecidos, cada día más firmes, y que hubieran
sido sin duda lazos de fervoroso afecto respecto de
un hombre que tan
fácilmente cautivaba el corazón de los otros; la posibilidad de una
posición económica relativamente holgada, que para ello tenía aptitudes,
condiciones, simpatía, relaciones e inteligencia bastantes, aunque tal
vez no el carácter que se necesita para estas apacibles empresas, un
tanto vulgares; todo esto lo renunció, momento tras momento, un día tras
otro de su vida. No tuvo ni siquiera, por mucho tiempo, los placeres del
propio hogar. Errante siempre, de acá para allá; en la propia España, en
Cuba solo de paso, en los Estados Unidos, en las tierras todas de la
América latina; lo principal de su existencia fue reparar y hacer
estallar la revolución cubana. Todo lo demás que hizo fue perfectamente
secundario en su vida. Esta fue, pues, una vida de constantes
sacrificios. Por eso, con toda razón, en una conferencia que pronunciara
en 1894, sobre él, en New York, en la Sociedad Literaria
Hispanoamericana, de la cual Martí fue Presidente y fundador, terminaba
el señor Enrique José Varona declarando que su carrera podía
sintetizarse «en la palabra gloriosa que pone un nimbo resplandeciente
en torno de unos cuantos grandes nombres, en la que inmortaliza a los
Prometeos, clavados en su roca, y a los Cristos, clavados en su cruz, la
palabra Sacrificio».

En ello, señores, no hizo Martí más que seguir aquella vieja tradición de sus mayores; de nuestros mayores, sería mejor decir; ya que la firme decisión del sacrificio había de ser la única arma de bastante temple para proporcionar a los cubanos la victoria, remota y casi inasequible. Cuando se recuerdan los días preliminares del conflicto, se comprende que todo el que pensara, ya exaltado por la pasión patriótica o sin esa exaltación y contemplando el espectáculo desde fuera, en que Cuba iba a luchar contra España, en que una revolución no bien organizada iba a lanzar el guante a un Estado organizado y con recursos, no podría nunca concebir que los revolucionarios aspiraran a un éxito militar decisivo y rápido. Aquella guerra, para resultar, tenía que prolongarse. Se tenía el ejemplo de los diez años de martirio anterior, y aquellos diez años de combate habían producido el efecto de que la riqueza se escapara al pueblo cubano y pasara a otras manos, de que no que dara más que un residuo de su anterior preponderancia económica. Empeñar una nueva lucha era consumir la ruina completa, porque aquella debilidad frente a aquella fuerza (fuerza y debilidad son siempre relativas) no podía aspirar a ninguna probabilidad de triunfo, sino mediante una perseverancia constante en el sacrificio.

Algunas veces, en medio del combate, la posición respectiva de los adversarios se exageraba por unos y por otros; y de

aquí que la revolución tropezara con algunos inconvenientes propios de la exageración natural de sus cronistas. Recuerdo, por ejemplo, que el general Máximo Gómez penetró un día en la ciudad de Santa Clara, y estuvo durante algunas horas en la ciudad, y se surtió y surtió a sus tropas de calzado y víveres, y ocupó ropas y municiones, y armamentos, y caballos, y medicinas; y al fin tuvo que marcharse, porque no podía sostenerse a pie firme, en tal lugar, contra las tropas españolas. Dado lo que era la guerra de los cubanos contra España, aquella era, para tal guerra, una brillante operación militar; pero si realmente se le anunciaba al mundo, como se le anunció, que el Ejército cubano se había apoderado de Santa Clara, de la capital de la provincia central de la isla y que allí se había hecho fuerte contra las tropas españolas, la noticia tenía el inconveniente de su exagerada importancia; y cuando se supo después lo que había pasado realmente, la cosa pareció pequeña, precisamente en virtud de su exageración; y el resultado fue que los periódicos franceses, más tarde, cuando recibían algunas noticias por nuestro conducto ponían delante de ellas, con letra bastardilla, «_Source Cubaine_», para dar a entender que todo aquello era sospechoso de exageración, si no de mentira.

Por eso, y antes de hoy lo he dicho, nuestra grandeza verdadera ha estado en el tesón del sacrificio. De todos aquello

s que han abrigado
ese empeño del sacrificio para conseguir la realiza-
ción de un ideal,
ninguno lo ha hecho con más firmeza y más altura y
más decisión que
Martí; muchos han sido inferiores, ciertamente, a é-
l en este terreno.
Por eso creo que el señor Varona tenía razón cuando
afirmaba que aquella
palabra era la síntesis más cabal de toda su existe-
ncia: en el tiempo de
su vida, haciéndola penosa, mirándolo todo como sec-
undario, salvo aquel
propósito fundamental y esencial de todos sus días,
uno tras otros; y
después, al iniciarse la lucha, lanzándose frente a
l enemigo, buscando
la muerte y encontrándola al fin; ¡él no fue más qu-
e un sacrificado
consciente y espontáneo, desde el primer momento ha-
sta el último!

Nosotros somos los herederos de esa obra suya, como
de otras obras que
se han unido a la de él en una tarea común; y una h-
erencia como esta, no
es lícito aceptarla a beneficio de inventario: sus
herederos deben
aceptarla sin ninguna especie de restricción, con l-
as ventajas y con los
inconvenientes, con los bienes y con las cargas. Po-
r eso yo, que he
pasado muchas veces como un pesimista, solo porque
he visto acaso de un
modo más claro, y he tenido un tanto más de atrevim-
iento para decirlo en
alta voz, lo que había entre nosotros de inconvenie-
nte y de malo, me he
dado a mí mismo una, si se quiere, inmodesta satisf-
acción, declarándome,
cuando otros me llamaban pesimista, un optimista fu-
ndamental. Hasta tal

punto, que un amigo que me conoce me reprochaba una vez diciéndome que la lectura de los sucesos pasados iba a producir en mi espíritu una peculiar atonía, porque cualesquiera que fueran nuestros males, hojeando un libro de Historia, de cualquier pueblo, de cualquier época, encontraba en sus páginas el relato de una situación infinitamente peor. Y es verdad, señores Representantes. Recuerdo que leyendo una vez en la colección de monografías históricas publicada bajo la dirección del profesor Oncken, de Berlín, una _Historia del Islamismo en Oriente y Occidente_, encontré un pasaje en que el autor habla de los Emiratos independientes que surgieron de la primera invasión mogola, en el Asia Menor y en Armenia. Hubo una serie sucesiva de años en que toda aquella historia tuvo una trágica monotonía desesperante: degüellos de poblaciones enteras, incendios y saqueos de ciudades, exterminio de sus habitantes sin perdón ni aun para niños ni ancianos, lucha incesante de los pueblos entre sí y contra los invasores comunes; tales son las simétricas y feroces alternativas de aquella historia. Esta no tiene más sucesos que referir que esos que he indicado; y el autor del libro declaraba que para no repetir hasta la náusea hechos exactamente iguales y horrorosos, iba a limitarse a decir que aquello duró hasta el año tantos y a dar la lista de los soberanos que reinaron en todo ese tiempo. Y yo, al leerlo, pensaba: «¡Todavía los turcos encuentran

armenios que degollar!»; y recordaba con cuánta razón, aunque el consuelo aparezca, viniendo del diablo, Mefistófeles adoctrinaba a Fausto diciéndole: «En vano un día tras otro amonto no torbellinos, huracanes, incendios, volcanes y lluvias; extirpo al hombre, creo extirparlo, de la superficie de la Tierra; ¡pero no lo logro en definitiva, porque aquella maldecida simiente de Adán, jamás perece y siempre germinal, siempre brota, en ancho río, una sangre vigorosa y nueva!».

Ese debe ser, ciertamente, nuestro consuelo. Ahora, para experimentar en toda su intensidad este consuelo, es preciso hacer un esfuerzo por llegar a una determinada altura moral y mental; por que es preciso darnos cuenta de que ese renacimiento y ese bienestar que mañana nos esperan, tal vez no los gozaremos nosotros; los gozarán tan solo los que vengan detrás de nuestra generación. ¿Qué importa? Nosotros somos en Cuba la generación que consiguió realizar la libertad. ¿No es esto bastante premio para nuestro esfuerzo? ¡Si no nos ha sido posible, si no nos ha de ser posible llegar también a conseguir la felicidad, pensemos que esta será sin duda el premio de una generación posterior: el nuestro lo tenemos ya, lo hemos conseguido!

¿No somos felices en el presente? Hagamos todo lo que ha de hacerse quepa para serlo en el futuro; y si llegamos a perder la esperanza de serlo

nosotros mismos, hagamos todo lo posible porque lo sean nuestros hijos.
¿Qué mejor recompensa para el esfuerzo de nuestros mayores, para el esfuerzo definitivo que nosotros hicimos? Vivamos, por consiguiente, persuadidos de esa idea, vivamos perfectamente comprometidos de que la generación que nos precediera fue mucho más desgraciada, mucho más sacrificada que la nuestra. Luchó más tiempo que nosotros. Los que la componían se arruinaron por completo, siendo ricos; sufrieron lo indecible, habiendo nacido felices; y en medio del vigor de la humana fortaleza, a la mitad del camino de la vida, tristemente se desangraron y murieron; ¡y no tuvieron la compensación que nosotros hemos tenido, la de ver tremolando sobre el suelo de su patria la bandera de sus ilusiones y de sus ensueños!

Si nosotros lo conseguimos, si al fin pudimos lograrlo y convertirlo en una realidad, ¿por qué pedir más? Siempre me he dicho esto a mí mismo, y realmente no he pedido mucho más. Creo, sí, que cuanto haga el hombre por señalar a sus compatriotas las deficiencias del presente en que vive, es bueno y es saludable; pero debe hacerlo serenamente y sin ira, cumpliendo con su deber de heredero de herencia semejante con tesón y energía, pero sin desesperarse nunca; comprendiendo que el mal es humano y que de él no se podrá jamás desligar la humanidad. Porque hay que tener en cuenta que el hombre, considerado como colectividad, progresa

solo muy lentamente y adelanta de una manera análogo a aquella empleada para cumplir su voto por un conde francés que, en la Edad Media, hizo el juramento de marchar a Tierra Santa caminando cuatro pasos hacia adelante y tres hacia atrás; de manera que andando siete pasos tan solo adelantaba uno. No marcha más rápidamente la humanidad. Al contrario, aun me parece que marcha con mayor lentitud; pero adelanta al fin, y eso es lo único que podemos pedir al Destino. Así el mañana será ciertamente mejor que el presente; y nosotros habremos sido dignos herederos de nuestros causantes si vivimos considerando el estado actual de cosas no como algo definitivo, que debe satisfacernos, sino como algo transitorio que tenemos necesidad de mejorar. Si estimamos que las condiciones políticas del presente no son buenas, comprendamos que todo lo que en ellas nos parezca malo ha de ser cosa modificable y mejorable; y cada cual desde su punto de vista, armonizando cuanto quepa su interés personal con el interés colectivo, haga todo lo que pueda para conseguir ese mejoramiento.

En suma, si pasajeros del momento presente, tenemos por lo menos la aspiración ideal de considerarnos ciudadanos definitivos de una ciudad más perfecta, que está aun por fundar, y trabajamos para fundarla, ¿qué nos impedirá ser más felices, como premio de tal esfuerzo en el futuro? Y así pudiera terminar estas reflexiones con que he entretenido la

atención vuestra, repitiendo, aunque para alterarle
un tanto su sentido,
una frase que se contiene en la epístola de San Pablo a los hebreos: «No
tenemos aquí por cierto una residencia duradera, permanente; es una
residencia futura, una ciudad futura, la que debemos buscar». «_Non
habemus hic manentem civitatem_ 2, _sed futuram inquirimus_!».».

Martí, por Federico Uhrbach

El Fígaro,

noviembre 30 de 1910

Martí

Ante su mármol

Para Manuel Sanguily, grande de corazón y pensamiento.

Alma, escuda con la malla milagrosa de
la rima el dolor y el desaliento que florecen en
tu sima cuando evoca la tristeza la visión de la
contienda,
y fecundo rompa el brote vigoroso del ensueño
con la gloria fulgurante del audaz y heroico empeño
5 y el fugaz deslumbramiento de la trágica
leyenda.

Sí en la niebla del recuerdo melancólica perdura

desolada la memoria que en un vuelo de am
argura
reconstruye la sangrienta florescencia de
tu duelo,
no perturbe de tu llanto la corriente ina
gotable 10
la salmodia del tributo que se eleva inme
nsurable
de la patria, en la piadosa gracia cándid
a de un vuelo.

Si inextinto el sedimento doloroso de
la brega
engañosos espejismos simulando dulce entr
ega
fingen, alma, a tu miseria formular conso
laciones, 15
rinde el plácido reclamo de sagrada tregu
a, el triste
cavilar en la tragedia de tus lágrimas, y
asiste
con tu lauro al homenaje de exaltar consa
graciones.

¡Cuán radiante en la lejana perspectiv
a del pasado,
como lampo que emergiera de las ondas de
un nublado 20
se destaca luminosa de la pálida penumbra
,
la apostólica figura del vidente mensajer
o
del amor y la justicia, con su rostro de
lucero
y el hechizo de su genio que encadena y q
ue deslumbra!

De la gloria a los destellos la románt
ica silueta 25
del creyente que adunaba sus lirismos de
poeta
con la viva llamarada de sus trágicos lir

ismos,
lumina
rina,
bismos. 30
resplandece como un astro que las almas i
con el fuego milagroso de su bíblica doct
como un rayo de la aurora diafaniza los a

ñadores Soñador de rara estirpe de sublimes so
s dolores, que persiguen la anhelada redención de lo
lices, heredad fosca y estéril de los seres infe
nzas, fue su vida inmaculada de fecundas enseña
speranzas 35
y en las bregas afanosas restañar las cic
atrices.

Prisionero que en la sombra perdió el
alba de la vida,
onocida desterrado que en la playa de región desc
es, inició su apostolado domeñando adversidad
mbriagueces 40
lobregueces prendió el sol que disipara las profundas
que opusieran a su empeño las humanas tem
pestades.

Los poemas Las estancias cadenciosas de sus trému
anatemas guardan bálsamos y mieles, no los fieros
su estrofa, 45
exible forjan lanzas aceradas en la urdimbre de
y en la gama de su verso melancólico y fl

hay, si hiere, un dulce ruego de perdón i
ndefinible,
y un espíritu doliente y amoroso si apost
rofa.

Incansable peregrino de un errante y l
argo viaje,
fue llevando por las rutas de su audaz pe
regrinaje 50
en la alforja de sus sueños su dolor de c
lima en clima,
su dolor que fue acicate, voz nostálgica
de aliento,
al lanzar, transfigurado, su profético la
mento
en la breña de la pampa y en la nieve de
la cima.

Con su influjo persuasivo de amoroso m
isionero, 55
anunció la buena nueva prodigando en el s
endero
de su gracia luminosa floraciones tempran
eras,
y simula en la grandeza de su inmenso sim
bolismo
un radiante Nazareno de exaltado iluminis
mo
de un Jordán pródigo y nuevo predicando e
n las riberas. 60

De su voz al suave encanto de sutiles
inflexiones
la piedad acariciaba los heridos corazone
s
como un trémolo de liras, como un trémolo
de auroras,
y el fulgor ultraterrestre que irradió en
clarividencias,
fulguró como la estrella que orientaba la
s conciencias 65
a las márgenes lustrales de las iras rede

ntoras.

Paladín de una cruzada de gloriosos ca
balleros
que oficiaron por la patria con la cruz d
e sus aceros,
ofreciose en holocausto como símbolo y pr
oclama,
y cayó como una torre que alevoso el rayo
asedia, 70
reflejando en la pupila la visión de la t
ragedia
y prendiendo un meteoro del zodiaco de la
fama.

«Martí: su vida y su obra»

por Néstor Carbonell

_Oración pronunciada el día 23 de febrero de 1911,
en el Ateneo de La
Habana_

Señoras y señores: o mis buenos amigos y buenos com
pañeros, Jesús
Castellanos y Max Henríquez Ureña, entusiastas orga
nizadores de estas
hermosas lides del pensamiento, me hicieron el hono
r de invitarme para
que consumiera un turno en ellas, consulté la mente
, y no hallé tema que
me subyugara: consulté luego el corazón, y hallé, J
osé Martí. Con este
amado nombre por bandera y por escudo, escalo esta
tribuna. Pero yo no
vengo aquí como juez a juzgar su personalidad, ni c
omo crítico a
analizar su obra letra luego difundir por los aires

el juicio que lo
rebaje o enaltezca. No es ese mi propósito: quede t
area tan difícil como
ingrata, para quien tenga más ambición que la mía y
menos temor de su
saber y su persona. Yo vengo aquí, sin más autorida
d que la del limpio
corazón enamorado de lo sublime, a rememorar, siqui
era sea brevemente,
la vida meritísima y gloriosa, la vida llena de inf
initas ternuras y
cruentos martirios de ese enorme soñador melancólic
o, caballero de todas
las justicias, que sufrió por la patria al través d
e los años de su
existencia, cuanto hombre puede sufrir, y cayó desp
lomado de su corcel
de guerra, para no levantarse jamás, como un Aquile
s de poema, en la
trágica hermosura del combate, peleando como simple
soldado por la
libertad, en un luminoso mediodía de mayo.... Yo ve
ngo aquí a recordar
sus doctrinas, su bello y magnífico ideal: la Repúb
lica con todos y para
el bien de todos, la República de «ojos abiertos» y
sin secretos, la
República equitativa y trabajadora, ancha y generos
a, altar de sus hijos
y no pedestal de ellos, la República cuya primera L
ey fuera el amor y el
respeto mutuo de todos los derechos del hombre, la
República culta, con
los libros de aprender al lado de la mesa de ganar
el pan, la República
con su templo orlado de héroes, la República sin ca
marillas, sin
misterios y sin calumnias, ¡la República! y no la m
ayordomía espantada o
la hacienda lúgubre de privilegios y monopolios irr
itantes; la República
justa y real en donde fuera un hecho el reconocimie

nto y la práctica de
las libertades verdaderas. Yo vengo aquí, hoy que c
rece en nuestro suelo
el manzanillo enfermo del pesimismo, y en que diría
se que se está
pudriendo y desmigajando por momentos el alma nacio
nal, a evocar su
memoria sagrada, y al evocarla, a pedir a vosotros
todos--y en vosotros a
todos mis conciudadanos--, menos política aleve, me
nos intriga sutil,
menos ambiciones, menos complicidades, menos embosc
adas tenebrosas: y
más piedad para los yerros y ofensas, y más respeto
para todos los
preceptos constitucionales, y más rectitud para rec
hazar a los que sean
capaces de invitar al deshonor y al crimen, y más p
ureza para defender
los principios patrios, y más voluntad para no code
arse con los viles, y
más valor para sacarlos por el cuello y ponerlos ad
onde el sol los queme
y los destruya.... Yo vengo aquí, a rendir el tribu
to infeliz de mis
palabras, al literato insigne, al poeta sincero, al
orador maravilloso,
al hombre tierno y sonoro, grande y bueno, que desp
ertó en mi alma, ya
con las armonías incomparables de su joyante prosa,
ya con los trinos
melodiosos de sus versos, ya con el himno triunfal
de su voz
pitonisaria, el amor inextinguible por la Libertad
y la Belleza; al
hombre cuya cabeza ya está hueca, cuyos labios ya e
stán mudos, cuya mano
está ya deshecha, al apóstol y al mártir que reposa
para siempre en la
almohada eterna y en el inmortal silencio.... Vengo
aquí, en fin,
trémulo y reverente, como hijo agradecido y amoroso

, a ofrendarle mis
pobres flores, mis flores descoloridas y sin perfum
e, mis pobres flores
que acaso manos traidoras arrebatan y despedacen, a
tendiendo al dolor
que en algunos vivos proporciona la glorificación d
e aquellos muertos
cuyas virtudes no saben; o no quieren imitar.... Sí
, porque es triste
cosa, pero es lo cierto; todo aquel que posee una c
ualidad
extraordinaria, lástima, sin más que eso, al que no
tiene ninguna: no
hay bien de uno que no traiga la tristeza de otro;
no se rinde homenaje
a un muerto que no vaya acompañado por malignas lág
rimas o malignas
sonrisas. El mundo rebosa de gentes que sufren con
todo triunfo ajeno y
quisieran ir por él con una pica derribando cuanto
les sobresale: y de
gentes parasitarias que se ríen de todo lo que no c
omprenden. Pero...
desprecio para ellos los envidiosos y desdeñosos de
oficio, ¡lástima de
sus humanas envolturas tan vilmente rebajadas! Aunq
ue, quién sabe si por
ello son más grandes los grandes de la tierra, los
que han pasado sin
doblar las rodillas por el mundo. Ellos son la espu
ma que salpica la
barca y también la ola que la lleva a seguro puerto
; la nube que oculta
la estrella y también la sombra que la hace resalta
r; el puñal que hiere
y que envenena y la mano que venda y que restaura;
el chiste raquíptico
que rebaja y la oda resonante que eleva y dignifica
; la multitud que
recrimina y aplasta y el pueblo que corona y premia
; los gusanos que
destruyen el cadáver y las flores que crecen sobre

las sepulturas. Ellos
son la consagración: no hay gloria completa sin el
beso de una hermosa y
sin la mordedura de un malvado; nadie puede llamars
e francamente
triunfador si no ha sentido posarse sobre su frente
tiernas miradas de
mujeres y crueles y sarcásticas miradas de hombres.
.. ¡Ah! quién diera a
mis palabras la pujanza de águilas bravías o potros
cerriles, para
pregonar con ellas a despecho de afilados dientes y
rastreros silbidos,
y no ya por la isla infeliz, sino bajo todos los te
chos del mundo, el
genio y la bondad del divino maestro. Pero mis pala
bras, débiles
mariposas, apenas si podrán en su vuelo llegar hast
a vosotros, y apenas
si podrán expresar el sobrenatural trastorno que de
mí se ha apoderado,
desde que sé, porque lo he prometido, que es deber
mío rememorar su vida
llena de sacrificios y perdones, recordar sus doctr
inas bañadas de fe y
amor, decir algo que sea de su literatura y poesía
originales, rendir mi
homenaje de admiración y de cariño entrañable al ho
mbre sin tacha, a
pesar de fealdades e impurezas de la tierra, al hom
bre dulce y amable,
que es hoy, al cabo de quince larguísimos años de d
esaparecido, luz
serena y deleitosa en mi cerebro, ternura y bondad
y alas en mi
corazón... ¡Su vida! ¿Y podrá el pensamiento desbor
dado seguirla en su
carrera de gloria y de dolor? ¿Podrá la palabra hum
ana, humo y cáscara,
y vestidura tantas veces de las más bajas pasiones,
relatar tanta
grandeza como encierra su vida? Nació José Martí en

cuna humilde, en La Habana, el 28 de enero de 1853, en la casa marcada con el n.º 102 de la calle de Paula. Nació en plena corrupción colonial, cuando era Cuba mártir, el vertedero de todo lo podrido, el refugio de todos los estorbos, de todos los hambrientos y desocupados de España, cuando era nuestra tierra, el criadero de una milicia viciosa y enfermiza, robada a la Agricultura y a la Industria de su país; cuando era esta ciudad, jardín de América hoy, corral blando y holgado de Capitanes Generales infecundos, logreros e imperiosos; cuando la bandera roja y gualda flotaba sobre nuestra casa y a su sombra los cubanos estaban condenados a perpetua cobardía y los españoles autorizados para enriquecerse y engordar sus vicios insolentes; cuando el criollo moría en la miseria y el peninsular paseaba satisfecho en el carruaje comprado con el oro que manaba del crimen; cuando había más cárceles que escuelas, y el látigo infamante chasqueaba sobre las espaldas de los hombres de una raza tan necesitada de justicia como la nuestra; cuando el cubano que no se sometía a servir de celestino al pisaverde madrileño o que lo solicitara, iba a purgar su osadía en el presidio; cuando el talento de los nativos dormía echado bajo la bota del déspota ceñudo, y la capa torera sobre los hombros y la cinta de hule en el sombrero, eran los únicos pasaportes de honor y las únicas cédulas de vida, verdaderas. Entonces nació Martí. Fue su padre don Mariano, español, y S

argento cumplido del
Ejército; y su madre, doña Leonor Pérez, hija de Ca
narias. El sábado 12
de febrero del mismo año en que naciera, fue bautiz
ado en la iglesia del
Santo Ángel Custodio por el presbítero don Tomás Sa
la y Figuerola. Al
nacer Martí su padre desempeñaba el cargo de Celado
r de Policía, o lo
que es lo mismo, tenía título sobrado para matar o
encarcelar a los que
no creyera fieles a la _madre patria_. Pero don Mar
iano era un hombre
honrado aunque de escasa inteligencia y maneras rud
as y despóticas.
Cuando Martí tenía un año de nacido, lo llevaron a
España a donde fueron
sus padres a visitar unos parientes. Cerca de diez
meses estuvieron por
Valencia, al cabo de los cuales regresaron a La Hab
ana, continuando don
Mariano en el desempeño de su antiguo destino. Los
padres, pues, de
Martí, españoles, lo educaban en el amor a España y
en la sumisión más
absoluta a su Gobierno. Y la aspiración más ardient
e de ellos era el ver
algún día a su «Pepe»--así lo llamaban--empleado en
la misma faena
policiaca que el viejo. Pero aunque el hombre no vi
ene al mundo hecho,
sino que se hace y se moldea al calor de los aconte
cimientos, Martí,
rebelde desde niño a freno y reclusiones, fue como
esos robles vigorosos
que levantan su copa robusta a pesar de la enredade
ra que los envuelva y
de los gusanos que lo roan. Verdad que Martí fue un
genio, y los genios
como los volcanes traen sus entrañas hechas: ellos
mismos se tejen el
amor y se acrisolan la capacidad. Se nace rey como

se nace esclavo, pero
quien lo nace no se da cuenta de ello hasta que no
manda y es obedecido,
o hasta que no lo mandan y obedece. Martí, dijérase
que trajo al nacer
la infinita comprensión del porvenir. En él se real
izó el milagro: de un
huevo de paloma nació un águila; en el áspero huert
o creció el lirio
perfumador....

En una escuela de barrio, de la que contaba él que
no podía olvidarse,
porque a su maestro le debía que sus orejas estuvie
ran más separadas de
la cara que lo regular, aprendió las primeras letra
s. De allí salió a
los nueve años para el colegio «San Anacleto», que
en aquel entonces
dirigía en esta capital el culto educador Rafael Si
xto Casado. Y fue en
este colegio donde comenzó a sobresalir, siendo el
primero en las clases
y el ganador de todos los premios; donde comenzó a
mostrar que no era
aire lo que traía en la cabeza sino pensamiento y a
cción. De esa niñez
suya, estudiosa, contaba Fermín Valdés Domínguez y
cuenta todavía el
doctor Eduardo F. Plá, sus condiscípulos dichosos e
n las aulas felices,
rasgos asombrosos de inteligencia y de carácter. Y
fue de ese colegio de
donde su padre, creyéndolo ya bastante ilustrado lo
sacó para emplearlo
de Escribiente en la Celaduría. Y acaso si se hubie
ra sepultado allí y
se hubiera malogrado el grande hombre, si Francisco
Arazoza, un buen
amigo de don Mariano, a espaldas de este, no le hub
iera dado dinero para
matricularse en el Instituto de Segunda Enseñanza,

y lo hubiera alentado
para que siguiera en sus estudios. Estos los tuvo q
ue abandonar, empero,
meses después, hostigado por el autor de sus días q
ue no estimaba
necesario para desempeñar su empleo, ni para aspira
r al de Celador,
saber más de lo que él ya sabía. Sin embargo, el an
sia de ilustrarse lo
llevó más tarde, cuando solo contaba catorce primav
eras, al plantel de
educación, «San Pablo», colegio de Segunda Enseñanz
a que fundó y dirigió
en aquel tiempo, el culto y valiente poeta Rafael M
aría de Mendive. En
él se ganó el cariño y la estimación de su Director
y estrechó la
amistad con Fermín Valdés Domínguez, quien le abrió
su casa acomodada,
le prestó sus libros y le colmó de sincero afecto.
De los más dulces
tiempos de su vida fueron esos: y del solaz de ello
s, del gozo de ellos,
vino a sacarlo, sacudiéndole las más recónditas fib
ras del corazón, el
grito de independencia lanzado en Yara, en la madru
gada heroica del 10
de octubre de 1868, por el varón ilustre, por el ca
udillo insigne, por
Carlos Manuel de Céspedes. Días después redujeron a
prisión, en el
Castillo del Príncipe, a Rafael María de Mendive, m
ás tarde deportado a
Santander: y cuentan que Martí, ansioso de ver a su
amado maestro, se
fue al Gobierno, y sin más recomendación que su per
sona, consiguió un
pase para poderlo visitar: y allí iba él diariament
e, al calabozo del
cubano prisionero, a llevarle el consuelo de su agr
adecimiento y su
ternura. El toque de clarín de Yara, primero, hacie

ndo vibrar su joven
alma de patriota, la prisión de su viejo amigo, los
sucesos de
Villanueva, y otros desmanes y abusos cometidos por
el Gobierno de
España en Cuba, fueron seguramente los que fijaron
en su mente la divina
idea de libertad y la necesidad de conquistarla. Fu
e entonces como su
despertar glorioso. Fue entonces acaso que se juró
en secreto a ella y
celebró sus bodas con la patria: fue entonces que r
ecibió esa
consagración del dolor que sublima el alma y señala
cumbres desconocidas
al pensamiento....

Cuando Mendive salió para España a cumplir condena,
Martí, a quien la
existencia se le quedó por esa causa como sin luz y
sin guía y sin
amparo, empleose, con el fin de ayudar a su padre,
siempre gruñón y
descontento de él, en el escritorio de don Cristóba
l Madan, antiguo
amigo del bardo desterrado. A su vez, Martí seguía
sus estudios en el
Instituto de Segunda Enseñanza. Y cuentan que en la
s horas que mediaban
de clase a clase, se reunía un grupo de estudiantes
para hablar de
política: y que era siempre Martí, el que más habla
ba y con más
entusiasmo, de los problemas de la patria, y que da
ba gusto oír de sus
labios infantiles, sentencias y frases hermosas, co
mo de adulto hecho ya
a manejar los tiempos y a crearlos: como de hombre
hecho a clamar, a
desatar batallas y a desplegar victorias.... En esa
misma época, y como
Domingo Dulce, Capitán General de la Isla, decretar

a la libertad de
imprensa, comenzó Martí a publicar en compañía de V
aldés Domínguez un
periódico titulado El Diablo Cojuelo, al mismo ti
empo que dirigía La
Patria Libre, siendo este último el periódico dond
e publicó por vez
primera su poema «Abdala», canto brioso y fulgurant
e de levantado
espíritu patriótico. Para él fue un día de júbilo c
asi celestial, un día
de esos en que el sol parece como que retoza en las
almas, aquel en que
vio publicado sus versos. Mas, poco le duró este co
ntentamiento, pues
cuando llegó a su casa mostrando su producción, los
padres, que no
estaban de acuerdo con esos juegos de la fantasía y
viriles arranques de
cubanismo, lo castigaron severamente. Otros han ten
ido los besos de los
padres como el aplauso primero a sus demostraciones
de hombría, de saber
y de talento: Martí no; Martí no tuvo en el hogar m
ás que áspera voz,
seca riña, cruel amenaza, injusta reprensión de la
mano como única
recompensa a sus precoces anhelos de gloria y honor
es.....

Y llegó el momento aciago en que había de sufrir el
primer castigo, en
que había de comenzar a descender la cuesta de la v
ida, por amar a su
patria, ser hombre, y negarse al serrallo. Corría e
l año de 1869. Era el
4 de octubre. Acusados por unos voluntarios, Eusebi
o Valdés Domínguez,
hermano de Fermín, Manuel Sellén y Atanasio Fortier
, del enorme delito
de haberse burlado de ellos al pasar de regreso de
una gran parada, por

la casa de la familia de Valdés Domínguez, vinieron , ya entrada la noche, a prenderlos. Con ese motivo efectuaron un registro en la casa ya citada, ansiosos, seguramente, aquellos forajidos, de hallar algo que sancionara la matanza. En el registro llevado a cabo, encontraron, entre otras cosas, una carta cuyo sobre estaba todavía sin cerrar, y que habían escrito y firmado Martí y Fermín Valdés Domínguez, para mandársela a un condiscípulo de ellos que había cometido la mala acción de apuntarse como oficial de un regimiento, siendo criollo, para ir a combatir a sus hermanos que en esos momentos bregaban y sangraban por conquistar para ellos y para todos, casa libre y justa. La breve carta, escrita por Martí, estaba redactada en estos términos: «Señor Carlos de Castro y de Castro: (así se llamaba el traidor) Compañero: ¿Has soñado tú alguna vez con la gloria de los apóstatas? ¿Sabes tú cómo se castigaba en la antigüedad la apostasía? Esperamos que un discípulo de Rafael María de Mendive, no dejará sin contestación esta carta». Este hecho determinó la prisión de Martí y de Fermín Valdés Domínguez, siendo ambos juzgados en consejo de guerra. Ante el Tribunal fueron llamados los dos. Valdés Domínguez, primero, declaró que él había sido el autor de la carta y de las dos firmas. Pero cuando Martí fue interrogado, jadeante y como si llevara en el pecho una montaña, se acercó a los jueces, y afirmó con enérgica y vibrante voz que él sí era el único y

verdadero autor de la carta citada. Y para corroborar de manera elocuente su aserto, formuló duros ataques contra la dominación española, su tiránica política y sus hombres nulos e infames. Este fue el primer discurso de Martí y la primera demostración pública de su talento y su carácter irreductibles. Hay hombres que vienen al mundo como los huracanes y las avalanchas, purificando y retumbando desde que nacen. Así Martí. Diez y seis años contaba entonces, «el bozo en flor y el pájaro en el alma» y España quiso matarlo. El Fiscal pidió para él la pena última y para Fermín Valdés Domínguez diez años de presidio. Pero el fallo fue: seis años de prisión para Martí y uno para su camarada de infortunios e ideales. Y Martí fue a presidio. Lo que allí sufrió él, lo dijo en páginas que todavía gotean sangre, en su folleto «El presidio político en Cuba» y en el que exclamaba: «Dante no estuvo en presidio. Si hubiera sentido desplomarse sobre su cerebro las bóvedas oscuras de aquel tormento de la vida, hubiera desistido de pintar su infierno. Lo hubiera copiado y lo hubiera pintado mejor. Si existiera el Dios providente, y lo hubiera visto, con una mano se habría cubierto el rostro y con la otra habría hecho rodar al abismo a quella negación de Dios». Y fue luego deportado a Isla de Pinos y más tarde enviado a España en calidad de deportado. Para ella embarcó el 15 de enero de 1871. Momentos antes de salir le escribía a su benefactor señor Menvielle:

«De aquí a dos horas embarco desterrado para España . Mucho he sufrido, pero tengo la convicción de que he sabido sufrir. Y si he tenido fuerzas para tanto, y si me siento con fuerzas para ser verdaderamente un hombre, solo a usted lo debo y de usted y solo de usted es cuanto de bueno y cariñoso tengo. Diga usted a Micaela que si he tenido muchas imprudencias, la bondad con que las disculpa me hace quererla más. Y a Paulina y a Pepe y a Alfredo, y a todos mi afecto. Muchísimos abrazos a Mario: y de usted toda el alma de su hijo y discípulo». Así escribía a su viejo amigo, poco antes de salir para el destierro, poco antes de abandonar su patria y su hogar y sus libros el manco estupendo que había de ser más tarde el Libertador de su pueblo, y el que le arrancara su última presa en América a la hambrienta monarquía española.

A España llegó Martí, apesadumbrado, pobre, comido de pesar el corazón. A causa del grillete que había llevado se le formó un tumor del cual lo operaran dos veces y las dos sin éxito. Primeramente vivió en Madrid del escaso producto de unas clases que daba a los niños de don Leandro Álvarez Torrijo y a los de la Viuda del General Ravenet. Vivía, como es de suponerse, miserablemente. Viviendo así se lo encontró, cuando fue deportado a España por los sucesos del 27 de noviembre de 1871, Fermín Valdés Domínguez, su amigo, o más bien, su hermano. Y como Valdés Domínguez llevaba en la bolsa, oro bastante, se ins

talaron juntos en
amplias habitaciones, bien situadas. Y Martí comenz
ó una nueva
existencia. Mejoró de salud, se le animaron los ojo
s tristes, y de nuevo
emprendió sus estudios. En esa época y no obstante
estudiar sin
descanso, el tiempo no le faltaba para escribir fol
letos, para
pronunciar discursos desde la tribuna de la logia «
Armonía», para hacer
versos, y para hablar con sus paisanos de las enfer
medades de la patria
y de sus curas posibles y necesarias. Una noche en
que para tratar sobre
el asesinato de los Estudiantes de Medicina, se reu
nieron los cubanos
allí residentes, Martí habló: y recuerda uno que es
tuvo en aquella
reunión memorable, que fue su discurso relampaguean
te, encendido,
arrebataador; y recuerda también, que sucedió esa no
che una cosa
sobrenatural. Colgando de la pared, sobre la tribun
a, había una mapa de
Cuba, y cuando Martí, lleno del más tierno lirismo
hacía una invocación
a su patria llorosa y rodeada de cadenas, cuando la
concurrancia,
suspensa de su palabra, temblaba de emoción, el map
a cayó como una
corona sobre su cabeza. ¡Fue como si su tierra toda
entera, respondiera
a su llama miento! Y cuando la proclamación de la R
epública en
España--golondrina fugaz como un suspiro--, Martí p
uso en manos de
Estanislao Figueras, un largo escrito abogando por
la independencia de
Cuba. Y cuando los federales en sesión solemne cele
brada en la Academia
de jurisprudencia, quisieron hacer declarar a los c

urbanos de Madrid que se contentaban con la República federal española, Martí, allí presente, se opuso a ello, y en un debate que lo mantuvo en pie siete horas, echó por el suelo esos propósitos. Martí se opuso también a la creación en Madrid de un Casino Cubano. Por eso y por otros rasgos más, fue a sus pocos años, y en plena Corte de España, como el verbo y el alma de su pueblo atormentado y miserable....

Debido a que Fermín Valdés Domínguez enfermó gravemente y los médicos le recomendaron que cambiara de aires, pasaron Martí y él a Zaragoza en donde apenas llegados, se ganaron el afecto y la estimación de los hijos de aquel noble pedazo de España. Los insurrectos los llamaban en Aragón, pero los llamaban así, sin ira y sin odio. Martí en Zaragoza lo fue todo, el orador en las reuniones, el escritor en los periódicos, el poeta siempre. En una velada organizada para recoger fondos con que aliviar la miseria de las viudas y huérfanos de los bravos que sucumbieron por defender el honor que un rey criminal quiso asesinarles, Martí pronunció una oración bellísima, y el señor Leopoldo Burón recitó unos versos, también suyos, alusivos al acto. En Zaragoza obtuvo Martí, el grado de doctor en Derecho a título de suficiencia, y el de doctor en Filosofía y Letras, a pesar de la marcada oposición del claustro de aquella Universidad carlista. Así, a puro esfuerzo, entre flaquezas e impulsos, entre dentelladas y sonrisas, sin morder

el mérito ajeno,
caminando siempre del lado de los pobres, y sin andar de pedigüeño por
entre bastidores y escaleras, se hizo hombre, ¡gran
de hombre!, el niño
bondadoso del hogar infeliz, el sufrido presidiario
de las canteras de
Medina, el joven enfermizo y desterrado de la península
ibérica, nuestro
José Martí....

Y con sus títulos de Abogado y doctor en Filosofía
y Letras, dejó la
nación hispana, en 1873, y se fue a visitar a París
, Londres y otras
importantes ciudades de Europa, siguiendo luego viaje a México, en donde
le esperaban, ansiosos de abrazarlos, sus padres y
hermanas. En México,
tierra ancha y generosa en la que los cubanos han hallado siempre
alegría y calor de propio hogar, lo recibieron con
marcadas
demostraciones de aprecio. A poco de estar Martí entre los mexicanos,
era altamente conocido y admirado como periodista,
profesor, dramaturgo,
orador y poeta. Durante los cuatro años que en esa
República permaneció,
fue Director de La Revista Universal, la cual se
escribía a veces
desde el fondo hasta las gacetillas; conferencista
en el Liceo Hidalgo
y en otras Sociedades; autor dramático en los principales teatros. Los
trabajadores de Chihuahua lo nombraron Diputado al
Congreso de Obreros y
el Gobierno lo colmó de atenciones a cada instante.
Martí, sin el grande
amor por su patria, hubiera sido en México, como en
cualquier otro país,
conductor de conciencias. Pero la estrella heráldica

a que lo llevó a
morir entre el humo y el fragor de la metralla, le
seguía como un
lamento y como el grito de una madre: de ahí que es
e hombre que pudo ser
monte coronado de flores, viviera por mucho tiempo,
errante y vagabundo,
sin plantar su tienda, fija la mirada en la isla he
rmosa, donde no había
justicia sin soborno, ni honor sin castigo, ni pan
sin mancha.

En México, trémulo de femenil pasión y llena el alm
a como siempre, del
ansia de morir a caballo, peleando por su país, esc
ribió él, aquella
composición suya, titulada «Patria y mujer»; compos
ición que expresa
bien, la grandeza de su alma, arrullada por suspiro
s de amor y agitada
por gritos desesperados de deber. Lleno de ternura
el corazón y poblada
la mente de trágicas visiones, escribió sin duda es
a valiente poesía de
la que yo recuerdo estas estrofas:

suspiro del amor, cual si cupiera,
triste la patria, pensamiento alguno
que al patrio suelo en lágrimas no fuera.
.
.

»Y ¿con qué corazón, mujer sencilla,
esperas tú que mi dolor te quiera?
Podrá encender tu beso mi mejilla,
pero lejos de aquí, mi alma me espera.
.
.

»Miente mi labio si se acerca al tuyo,
mienten mis ojos si de amor te miran;
de mujeril amor mis fuerzas huyo:

en incorpórea agitación se inspiran.

»Amo yo más el árbol que sombrea
la tumba incierta del guerrero hermano,
que ese nido de perlas que hermosea
blonda más débil que tu amor liviano.

.
.

»Sus cuerdas una la robusta lira,
y el corazón sus átomos perdidos:
a un solo amor mi corazón aspira,
para un solo guarda latidos.

.
.

»Este cuerpo gentil rebosa vida,
y cada árbol allá cobija un muerto:
a todo goce esta mujer convida,
a toda soledad aquel desierto.

.
.

»No habla de amor mi corazón que late:
cuando en mi corazón hay un latido,
es que me anuncia que en algún combate
un héroe de la patria ha perecido».

.
.

De la tierra del padre Hidalgo, el cura heroico, pa
só a principios de
1877, a Guatemala, deteniéndose antes en La Habana,
a recoger unas
cartas de presentación para distintas personalidade
s del Gobierno de
aquella República. Allí, apenas sacudido el polvo d
el camino, fue
nombrado Catedrático de Derecho Político, y Directo
r de la _Revista
Guatemalteca_. Allí escribió, a petición del Gobier
no, un drama

histórico en cuatro actos y en versos, y también al
lí, una angelical
alma de niña, sintió por él la más purísima de las
pasiones. Era una
distinguida señorita, hija de un General ilustre de
aquel país, que lo
amó locamente. Y dicen que Martí sufría como de un
crimen, al tener que
mostrarse indiferente ante aquel amor primaveral. P
ero él cuando fue a
Guatemala, ya estaba comprometido en México con Car
men Zayas Bazán, a
quien hizo luego su esposa y es hoy su viuda respet
ada: por eso no amó
Martí aquella criatura tan tierna y talentosa. Mart
í salió a México de
nuevo a contraer matrimonio, y volvió casado a Guat
emala. Y dicen que la
pobre enamorada murió entonces de dolor, del dulce
mal de sentir
demasiado las ingratitudes de la vida. Martí, años
después, pensando sin
duda en esa historia romántica que estremeció su ex
istencia, escribió
estos divinos versos de ternura y melancolía:

«Quiero a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

»Eran de lirio los ramos,
y las orlas de reseda
y de jazmín: la enterramos
en una caja de seda...

»Ella dio al desmemoriado
una almohadilla de olor;
él volvió, volvió casado:
ella se murió de amor.

»Iban cargándola en andas

Obispos y Embajadores:
detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores

»...Ella, por volverlo a ver,
salió a verlo al mirador:
él volvió con su mujer;
ella se murió de amor.

»Como de bronce candente
al beso de despedida
era su frente, ¡la frente
que más he amado en mi vida!

»...Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor;
dicen que murió de frío:
yo sé que murió de amor.

»Allí, en la bóveda helada,
la pusieron en dos bancos:
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.

»Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador:
¡Nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor!».

Otras pasiones inspiró Martí, a otras mujeres, pero
acaso ninguna tan
pura y tan hermosa como esa que inspiró a la niña d
e Guatemala, la de
las manos de lirios y la frente purísima: luz y mús
ica hecha carne.... Y
cuando de orden del señor Ministro de la Guerra se
le quitó la dirección
de la Escuela Normal de aquel país, a su amigo y pa
isano José María
Izaguirre, renunció puestos y honores y vino a Cuba
, ya firmada la paz
del Zanjón, en 1878. La Habana lo recibió afectuosa

mente. Primero se puso a trabajar como abogado, aunque sin jurar su título, en los bufetes de don Nicolás Azcárate y Miguel Viondi, dándose luego a conocer de sus paisanos como orador, en notables discursos y conferencias pronunciadas en el Liceo de Guanabacoa, y en un brindis que hizo en un banquete celebrado en honor del genial periodista Adolfo Márquez Sterling. Cuatro fueron las veces que habló Martí en el Liceo de Guanabacoa. La primera sobre el realismo en el Arte; la segunda sobre su amigo, el poeta Alfredo Torroella, en que arrancó lágrimas; la tercera sobre los dramas de don José Echegaray, y la cuarta, sobre el insigne violinista Díaz Albertini. A esta última asistió el General Blanco, Capitán General de la Isla entonces, y notables personalidades cubanas y peninsulares. Y dice Miguel Viondi que Martí habló de tal manera, de patria y libertad, que el General Blanco se retiró de la fiesta diciendo al señor Azcárate: «quiero no recordar lo que yo he oído y que no concebí nunca se dijera delante de mí, representante del Gobierno Español: voy a pensar que Martí es un loco...». Y añadió: «pero un loco peligroso». A pesar del trabajo excesivo y de su dedicación a la literatura, Martí no dejó un día de conspirar desde que llegó a La Habana. Su casa era un centro de conspiración y un templo de arte: allí se reunían tan pronto, hombres de armas y acción, para hablar de guerra, como se reunían hombres de saber y pensamiento para hablar de «suspiros y risas, col

ores y notas». Más tarde, el mismo general Blanco, creyéndolo--como era la verdad--complicado en aquel conato de revolución de 1879, le pidió que hiciera pública protesta de adhesión al Gobierno de España, a lo que él indignado contestó: «Martí no es de la raza de los vendibles». Y fue nuevamente deportado a España, de donde se fugó al poco tiempo, pasando a París y de allí a New York, lugar en que siguió conspirando, conspiración que culminó con aquel desembarco en Cuba de Calixto García, el glorioso General de la frente horadada. Y cuando él vio el fracaso de aquella intentona y palpó la dolorosa realidad, se fue a Caracas, la ciudad de Bolívar, y allí agrupó en torno suyo numerosos admiradores y amigos. En Caracas dio clases de oratoria a una juventud valiosa. Varias veces a la semana y por espacio de dos horas, vibró su voz elo cuente en mitad de sus alumnos que lo escuchaban maravillados. Y consiguió uno de aquellos, que «en una de las sesiones oratorias, le sirvió de tema el pueblo de Israel, y con lenguaje expresivo y sublime enarró las maravillas de aquel pueblo excepcional»: que no era posible decir cosas más hermosas y poéticas, pero «que cuando el orador se consideró en la cumbre del monte Nebo y presentó al pueblo israelita y a Moisés contemplando la tierra prometida, su elocuencia fue nueva, sorprendente, y lo sublime parecía poco ante aquel espíritu transfigurado por el pudor cuasi divino de las ideas». Fue en Venezuela que dijo, hablando de la i

ndependencia de
América: «El poema de 1810 está incompleto y yo qui
se escribir su última
estrofa». Luego Martí, no pudiendo amoldarse a las
exigencias del
Gobierno de aquella República, del cual era entonce
s Presidente el
general Guzmán Blanco, salió de allí, despidiéndose
en una carta
bellísima de los venezolanos que amó. A esa carta p
ertenece este
párrafo: «Muy hidalgos corazones he sentido latir e
n esta tierra;
vehementemente pago sus cariños; sus goces, me será
n recreo; sus
esperanzas plácemes; sus penas, angustias; cuando s
e tienen los ojos
fijos en lo alto, ni zarzas ni guijarros distraen a
l viajero en su
camino: los ideales enérgicos y las consagraciones
fervientes no se
merman en un ánimo sincero por las contrariedades d
e la vida. De América
soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya r
evelación,
sacudimiento y fundación urgente me consagro, esta
es la cuna; ni hay
para labios dulces copa amarga ni el áspid muerde e
n pechos varoniles;
ni de su cuna reniegan sus hijos fieles. Deme Venez
uela en qué servirla:
ella tiene en mí un hijo». De Venezuela pasó, de nu
evo, llena el alma de
tristezas y emociones viriles, a la Babel moderna d
e los rubios
mocetones y las nevadas inclementes: a New York, a
esa ciudad de las
ansias, de las regatas, de los afanes, de las prisas,
a ese horno
colosal donde se sazona el egoísmo y se pierden ent
re espirales de humo
y ruidos de maquinarias, los besos y las lágrimas..

..

Triste, apesadumbrado, como un náufrago que después de clamar en vano en la noche vacía y negra, arriba a playa desconocida, así llegó Martí nuevamente a New York. Pero tuvo un consuelo, una medicina que de los más graves males cura al hombre: las ternuras y cuidados de su esposa que allí lo esperaba y los besos de su amado chiquitín, el hoy coronel de nuestro Ejército. Sacudió sus lágrimas calladas, escondió sus penas hondas, y comenzó a trabajar en la tierra hostil y ajena. El conocer a los hombres, tanto como los conocía, lo hizo superior a todas las pasiones: de ahí que pudo, entre gentes que miden, que desdeñan, que empujan, que desprecian, que viven con el apetito desmesuradamente abierto, pasear su amable cultura y oceánica bondad, y sacar a puerto y con honra, su divina existencia. Veamos cómo se abrió paso en el pueblo áspero y extraño. No era él de los soberbios que se impacientan porque no le conocen el talento, aprisa, ni de los pobres de espíritu que porque los visite el dolor, languidecen y desmayan o se despedazan el cráneo; sino de los de enérgica voluntad y firme intento: de los que vencen. Las alturas se han hecho para subirlas: en lo más elevado de ellas, crece, casi siempre, el laurel que da sombra a toda la vida. Él lo sabía, y se sentía con la fuerza inquieta y seductora de los que poseen la capacidad de mirar desde lo alto. Martí fue en New York, y en

el período de diez años, dependiente de una casa de comercio en la cual llevaba los libros de contabilidad y contestaba la correspondencia; redactor de El Sun, el gran diario americano; corresponsal de varios periódicos de la América Latina, para los cuales escribía kilométricas epístolas, verdaderos estudios filosóficos y literarios de asuntos y hombres de los Estados Unidos; traductor de la casa editora «Appleton»; redactor de La América, y el Economista Americano, Director de La Edad de Oro, revista exclusivamente para niños, a los que amaba entrañablemente; profesor en «La Liga», la Sociedad de los necesitados de cariño y hambrientos de sabiduría; representante de tres naciones, Uruguay, Paraguay y la Argentina, en la gran plaza norteamericana; y alma en pie siempre, para responder a todo llamamiento cubano, bien fuera para remediar miserias o para mitigar dolores. Jamás pasó una fiesta del patriotismo, de recordación gloriosa, sin que él tomara parte. Año tras año, cada diez de octubre, aniversario glorioso de aquel día sublime, Martí dejaba oír su pintoresco, brillante y enérgico lenguaje, «flores tristes y lanzas enlutadas» que él depositaba a los pies de los héroes muertos. En el sudor y la fatiga del trabajo vivía, pero consagrado a Cuba, a desenterrar su epopeya de luz y a añadirle y hacerla entender, a los que parecían no querer entenderla: y a la América nuestra entera, a su América enferma. En 1883, invitado para

tomar parte en la grandiosa fiesta con que los representantes de las Repúblicas latinoamericanas, en New York, habían de conmemorar el Centenario del nacimiento de Bolívar, Martí asistió a ella, y habló y derramó a raudales, en legiones de primorosas frases, los productos de su genio. Y terminó con estas palabras: «¡Brindo por los pueblos libres y por los pueblos tristes!» ¡Siempre pensando en Cuba! En la «Sociedad Literaria Hispano Americana», de la cual era Presidente, el alma toda, fueron innumerables las veces que hizo Martí resonar su palabra portentosa. Allí Martí habló sobre México, sobre Centro América, sobre Venezuela, sobre Bolívar. Hablando de Bolívar dijo, entre otras muchas cosas grandilocuentes: «¡Oh no! En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella: ¡de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a los pies!». Sobre Espadero habló, el de «El Canto del Esclavo», «el que aprisionó en sus notas, como en red de cristal fino, los espíritus dolientes, que velan y demandan desde el éter fulguroso y trémulo del cielo americano»; sobre Heredia, nuestro gran Heredia: y donde al hablar de ese divino poeta, tuvo un arranque de patriótico ardimiento en que exclamó: «Si entre los cubanos vivos no hay tropa bastante para el honor ¿qué hacen en la playa los caracoles que no llaman a guerra a los indios muertos? ¿Qué hacen las palmas que gimen

estériles en vez de mandar? ¿Qué hacen los montes que no se juntan
faldas contra faldas, y cierran el paso a los que persiguen, a los
héroes?». Y siempre, y en todos los casos, la patria salía por sus
labios a relucir, altiva y llorosa, como una tórtola gemidora que
abrigara un cóndor bravío....

Pero injustos o malvados--que siempre ha de haber injustos o malvados
cerca de todo grande hombre--, lo tacharon una vez de mal cubano, en
1885, cuando él se opuso a los trabajos emprendidos por algunos jefes de
la revolución del 68 para llevar una guerra nueva a Cuba, por creerla
incompleta y parcial, y por estimar que con ella solo se lograría
alarmar y ensangrentar inútilmente el país, en vez de asegurarle su
entusiasmo y confianza para cuando se pudiera llevar a la isla la guerra
pujante, digna y definitiva. De una carta en que hacía referencia a su
oposición a ese movimiento revolucionario y al silencio en que se
mantuvo por un espacio de tiempo, es este párrafo:
«Crear una rebelión de palabras en momentos en que todo silencio sería poco para la acción,
y toda la acción es poca, ni me hubiera parecido digno de mí, ni mi
pueblo sensato lo hubiera soportado. Ya yo me preparaba a emprender
camino ¡quién sabe a qué y hasta dónde!, en servicio activo de una
empresa, y cuando creí que el patriotismo me vedaba emprenderlo, ¡qué
tristeza, qué tristeza moral de la que nunca podré ya reponerme! ¿Cómo

serviré yo mejor a mi tierra? me pregunte: Yo jamás
me pregunto otra
cosa; y me respondí de esta manera: Ahogando todos
tus ímpetus;
sacrifica las esperanzas de toda tu vida; hazte a un
lado en esta hora
posible del triunfo, antes de autorizar lo que crea
s funesto; mantente
atado, en esta hora de obrar, antes de obrar mal, a
ntes de servir mal a
tu tierra so pretexto de servirla bien. Y sin opone
rme a los planes de
nadie, ni levantar yo planes por mí mismo, me he qu
edado en el silencio,
significando con él que no se debe poner mano sobre
la paz y la vida de
un pueblo sino con un espíritu de generosidad, casi
divino, en que los
que se sacrifican por él, garanticen de antemano, c
on actos y palabras,
el explícito intento de poner la tierra que se libe
rta en manos de sus
hijos, en vez de poner como harán los malvados, sus
propias manos, en
ella, so capa de triunfadores. La independencia de
un pueblo consiste en
el respeto que los deberes públicos demuestre a cad
a uno de sus hijos.
En la hora de la victoria solo fructifican las semi
llas que se siembran
en la hora de la guerra. Un pueblo antes de ser lla
mado a guerra tiene
que saber tras de qué va, y adónde va, y qué le ha
de venir después. Tan
ultrajados hemos vivido los cubanos, que en mí es l
ocura el deseo, y
roca la determinación de ver guiadas las cosas de m
i tierra de manera
que se respete como a persona sagrada la persona de
cada cubano, y se
reconozca que en las cosas del país no hay más volu
ntad que la que

exprese el país, ni ha de pensarse en más interés que en el suyo». Una noche de conmemoración gloriosa, en ese tiempo, al ir a ocupar Martí la tribuna, el auditorio pidió con marcadas muestras de hostilidad, que hablara otro antes que él, otro que era patriota.

Y Martí tomó asiento y escuchó tranquilo, de labios pálidos de cólera, a lusiones injustas; y cuando fue a la tribuna él, y el público esperaba que se desatara en denuestos, que vaciara su ira sobre cuantos le eran contrarios, fueron sus palabras como voces de perdón. Sus palabras llevaban el desquite: parecía como si con un manojo de lirios azotara las frentes de los pecadores: sus anatemas eran alfileres con alas....

Esa noche triunfó y ya más nunca dejó de ser el triunfador. En todo demostraba Martí las extraordinarias condiciones que lo sacaron por encima de los demás hombres... ¿No lo dijo él? «Si los hombres nutren con sus manos prácticas lo que tienen de fieras, yo haré con las mías por nutrirles lo que tienen de palomas». Y así era, ministerio purísimo de amor y de ternura, brazos de par en par abiertos para todos los hombres....

Fue en ese tiempo, durante esos años, que Martí mostró con más pujanza la largueza de sus conocimientos y la infinita anchura de su genio. Filósofo, poeta, economista, diplomático, políglota, periodista, orador, legista, estadista, de todo se mostró Martí entonces, en aquel hervidero de pasiones e intereses. Allí se le veía tan pronto

en la tribuna,
predicando, como se le veía en el periódico, en el
informe, en la
revista literaria, en la traducción, en el libro de
versos. Allí publicó
él su *_Ismaelillo_*, un primoroso y pequeño volumen
de composiciones
breves; en las que su alma de padre, salta y brinca
y chispea, entre los
cabellos rubios y los pies ligeros de su hijo. Y ta
mbién *_Versos
sencillos_*, en el que cada estrofa, responde a un e
stado de espíritu, y
en el que como él decía: «a veces ruge el mar, y re
vienta la ola, en la
noche negra, contra la roca del castillo ensangrent
ado; y a veces
susurra la abeja, merodeando entre las flores».

De *_Ismaelillo_* es este primoroso juguete:

Sé de brazos robustos,
blandos, fragantes;
y sé que cuando envuelven
el cuello frágil,
mi cuerpo, como rosa
besada, se abre,
y en su propio perfume
lánguido exhálase.

Ricas en sangre nueva
las sienes laten;
mueven las rojas plumas
internas aves;
sobre la piel, curtida
de humanos aires,
mariposas inquietas
sus alas baten;
¡savia de rosa enciende
las muertas carnes!

Y yo doy los redondos

brazos fragantes,
por dos brazos menudos
que halarme saben,
y a mi pálido cuello
recios colgarse,
y de místicos lirios
collar labrarme.
¡Lejos de mí por siempre
brazos fragantes!

Y este otro:

Por las mañanas
mi pequeñuelo
me despertaba
con un gran beso.

Puesto a horcajadas
sobre mi pecho,
bridas forjaba
con mis cabellos.

Ebrio él de gozo,
de gozo yo ebrio,
me espoleaba
mi caballero:
¡qué suave espuela
sus dos pies frescos!
¡Cómo reía
mi jinetuelo!

¡Y yo besaba
sus pies pequeños,
dos pies que caben
en solo un beso!

Y este, que es como un suspiro hondo:

Qué me das ¿Chipre?
Yo no lo quiero:
ni rey de bolsa
ni posaderos

tienen del vino
que yo deseo;
ni es de cristales
de cristaleros
la dulce copa
en que lo bebo.

Mas está ausente
ni dispensero,
y de otro vino
yo nunca bebo.

Y estas estrofas sueltas cogidas al azar de los _Versos sencillos_:

Yo sé bien que cuando el mundo
cede, lívido, al descanso,
sobre el silencio profundo
murmura el arroyo manso.

Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar:
el arroyo de la sierra
me complace más que el mar.

Busca el Obispo de España
pilares para su altar:
¡en mi templo, en la montaña,
el álamo es el altar!

Si ves un monte de espumas
es mi verso lo que ves:
mi verso es un monte, y es
un abanico de plumas.

Amo la tierra florida,
musulmana o española
donde rompió su corola
la poca flor de mi vida.

¡Arpa soy, salterio soy
donde vibra el Universo;

vengo del sol, y al soy voy;
soy el amor: soy el verso!

No me pongan en lo oscuro
a morir como un traidor:
¡yo soy bueno, y como bueno
moriré de cara al sol!

Hay montes, y hay que subir
los montes altos: ¡después
veremos alma, quién es
quién te me ha puesto a morir!

Cultivo una rosa blanca,
en julio como en enero
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni oruga cultivo:
cultivo la rosa blanca.

Yo quiero cuando me muera,
sin patria, pero sin amo,
tener en mi tumba un ramo
de flores y una bandera.

Y cuando el destino le ofrecía el goce de una existencia bella, sosegada, cómoda; cuando su talento reconocido y su grandeza de espíritu, le daban asiento firme entre los que ya podían echarse a descansar, formó con su vida una flor, y la puso a los pies de la patria. Era el año 1891, y era el mes de octubre. Anunciado que en una velada, patrocinada por el club «Los Independientes» de New York, que había de celebrarse en recordación de los héroes del 10 de octubre de

1868, tomaría parte principal Martí, quien desempeñaba el cargo de Cónsul General de la Argentina, Uruguay y Paraguay en dicha ciudad, el Ministro de España protestó ante los respectivos Gobiernos, y él, con un desprendimiento asombroso, renunció a sus cargos diciendo: «¡Antes que todo cubano!». Hay hombres que suben, como suben las zarzas y las piedras que tienen en su cúspide las montañas: otros son montañas y las coronan flores y las visitan víboras. Martí fue de esos. Hombre montaña desde la cual se puede ver pasar hoy y se verá mejor, a medida que los años vayan limándola, toda el alma compleja y revuelta de esa época de creación y amargura. El hecho de renunciar a todo bienestar por Cuba, hizo resonar su nombre como un trueno, en donde quiera que había cubanos. Martí, si perdió con ese acto, el gusto y el regalo de su vida, ganó en prestigio entre sus compatriotas, para los cuales fue desde entonces, antorcha encendida de patriotismo, brazo infatigable, el _pensamiento a caballo_ como lo llamó un ilustre hombre americano, el altar más hermoso y más puro de las libertades cubanas.

Martí supo conquistar gloria: y cuando la conquistó, no la puso a precio en mercadería, ni se puso a vivir de ella en ocio cobarde, sino que se consagró a sembrar con sus manos, la buena semilla republicana entre sus compatriotas emigrados.... Así, cuando días después de este hermoso hecho, fue invitado por el Presidente del Club «Ign

acio Agramonte» de
Tampa--la ciudad levantada a puro esfuerzo por los
cubanos
proscriptos--para que tomara participación en una f
iesta
político-literaria que dicho Club había de celebrar
, él respondió
aceptando; y vencidas algunas dificultades, el 25 d
e noviembre de 1891,
a la una de la madrugada, bajo una lluvia tenaz, ar
ribó jubiloso a la
estación, henchida de cabezas, de aquel pueblo de h
ombres libres que lo
amaba ya sin conocerlo y que fue, por el sino miste
rioso de las cosas,
cuna de la gloriosa revolución del 95 que sacó a la
vida libre nuestra
nacionalidad. A la siguiente noche, día 26, Martí d
ejó oír su palabra
sedosa y centelleante en aquel Liceo histórico, que
yo añoro ahora
entristecido, y me veo niño, llena el alma de ilusi
ones, escuchando
exaltado al pie de la tribuna, los tiernísimos acen
tos de su voz
incomparable. Lo que allí dijo Martí no hay frases
que lo abarquen. «Por
Cuba y para Cuba» tituló él su discurso, y por ella
y para ella fue
cuanto su palabra, a veces impetuosa, a veces desga
rradora, expresó. Su
discurso fue todo amor, todo esperanza, todo verdad
. Señaló todos los
males que podrían la tierra de sus amores, los esco
llos con que se había
de tropezar y la manera de vencerlos. Habló de los
egoístas y los
miedosos y los críticos que siempre le salen al enc
uentro a toda obra
cuando esta se halla en los sudores de la creación,
y dijo: «¿Pero qué
le hemos de hacer? ¡Sin los gusanos que fabrican la

tierra no podrían
hacerse palacios suntuosos! En la verdad hay que en
trar con la camisa al
codo como entra en la res el carnicero. Todo lo ver
dadero es santo,
aunque no huela a clavellina. Todo tiene la entraña
fea y sangrienta; es
fango en las artesas, el oro puro en que el artista
talla luego sus
joyas maravillosas; de lo fétido de la vida, saca a
lmíbar la fruta y
colores la flor: nace el hombre del dolor y la tini
ebla del seno
maternal, y del alarido y el desgarramiento sublime
; ¡y las fuerzas
magníficas y corrientes de fuego que en el horno de
l sol se precipitan y
confunden, no parecen de lejos, a los ojos humanos
sino manchas!». Hablando de los peligros que podían hacer desfallec
er y cejar al cubano
en su afán de libertad, decía entre otras cosas: «¿
O nos ha de echar
atrás el miedo a las tribulaciones de la guerra, az
uzado por gente
impura que está a paga del Gobierno español, el mie
do a andar descalzo,
que es un modo de andar ya, muy común en Cuba, porq
ue entre los ladrones
y los que los ayudan, ya no tiene en Cuba zapatos m
ás que los cómplices
y los ladrones?». Los pechos todos vibraron de entu
siasmo y de cariño al
escucharlo, y el alma de todos, como una marejada,
lo envolvió y llenó
de una titánica alegría. ¡Él vio sin duda en aquell
a noche radiosa, en
aquella noche memorable, al terminar su oración, a
su pobre patria
llorosa, entre convites y villanías, de barragana y
flor marchita por el
mundo, y vio también, alucinado por el estruendo de

los aplausos y los
vítores, a caballo el ejército de la Libertad, echá
ndose sobre los
palacios podridos donde se cobijaban las almas de c
oleta y sotana,
símbolos de la secular dominación de España....

A la siguiente noche, 27 de noviembre, habló sobre
el asesinato de los
estudiantes del 71, y su discurso fue una joya, una
flor que no se
secará nunca sobre la tumba de los ocho adolescente
s. Y el 28 del mismo
mes, salió de nuevo para New York, en donde a los p
ocos días recibió un
ejemplar del periódico _El Yara_, de Cayo Hueso, qu
e dirigía el
irreductible cubano José Dolores Poyo, y en el que
se expresaba
vivamente el deseo de que les hiciera una visita. C
on este motivo, Martí
le escribió el 25 de diciembre del mismo año, una c
arta a Poyo, en la
que le daba las gracias por haberle adivinado sus d
eseos de visitar a
los cubanos del peñón rebelde. En esa carta le decí
a entre otras cosas:
«¿Pero cómo ir al Cayo de mi propia voluntad como p
edigüño de fama que
va a buscarse amigos, o como solicitante, cuando qu
ien ha de ir en mí,
es un hombre de sencillez y de ternura, que tiembla
de pensar que sus
hermanos pudieran caer en la política engañosa y au
toritaria de las
malas Repúblicas? Es tan dulce obedecer el mandato
de los compatriotas,
como es indecoroso solicitarlo. Es mi sueño que cad
a cubano sea hombre
político enteramente libre, como entiendo que el cu
bano del Cayo es, y
obre en todos sus actos, por su simpatía juiciosa y

su elección independiente, sin que le venga de fuera de sí, el influjo dañino de algún interés disimulado. Pues aunque se muera uno del deseo de entrar en la casa querida, ¿qué derecho tiene a presentarse de huésped íntimo, a donde no lo llaman? Mejor pasar por seco--aunque se esté saliendo de cariño tierno el corazón--, que pasar por lisonjeador, o buscador, o entrometido, que faltar con una visita meramente personal al respeto que debo a la independencia y libre creación de los cubanos. Pero mándenme, y ya verán cuán viejo era mi deseo de apretar esas manos fundadoras». En Cayo Hueso hubo indecisión sobre si debía o no llamarle. Pero por fin, y por acuerdo del Club «Patria y Libertad», se le llamó. Martí salió enseguida para Cayo Hueso, siendo acompañado en su viaje, desde Tampa, por representantes de los Clubs «Ignacio Agramonte», y «La Liga Patriótica». El 25 de diciembre llegó, mal de salud, al Cayo. No obstante, habló varias ocasiones, arrebatando al auditorio, hasta que ya, verdaderamente enfermo, le prohibieron los médicos que saliera de su habitación. En cama estuvo doce días, al cabo de los cuales, un tanto restablecido, se levantó y visitó, uno por uno, todos los talleres, predicando la fe patriótica. Más tarde, en una reunión a que citó y a la que asistieron varios jefes de la guerra del 68, se expuso la idea de organizar bajo una sola, bandera a los cubanos emigrados. Martí recogió esa idea y redactó entonces, ese monumento de amor

y de concordia que se
llama: «Bases del Partido Revolucionario Cubano». D
e regreso de Cayo
Hueso pasó por Tampa, siendo aprobadas en esta ciud
ad las referidas
bases, siguiendo a New York, en donde lo esperaba u
n gran pesar: la
carta denostadora que el General Enrique Collazo, p
or error o ceguedad
del momento, le escribiera desde La Habana, y que f
irmaron con él, otras
distinguidas personalidades de la revolución. A esa
carta contestó Martí
con otra que es como un blando arroyo de aguas pura
s que llevara en su
corriente la hoja de una espada. Refiriéndose a los
ataques personales
que se le hicieron escribió: «Y ahora señor Collazo
, ¿qué le diré de mi
persona? Si mi vida me defiende nada puedo alegar q
ue me ampare más que
ella. Y si mi vida me acusa, nada podré decir que l
a abone. Defiéndame
mi vida. Queme usted la lengua señor Collazo, a qui
en le haya dicho que
serví yo a la madre patria. Queme usted la lengua a
quien le haya dicho
que serví de algún modo, o pedí puesto alguno, al p
artido liberal. Creo
señor Collazo, que ha dado a mi tierra, desde que c
onocí la dulzura de
su amor, cuanto hombre puede dar. Creo que he puest
o a sus pies muchas
veces fortuna y honores. Creo que no me falta el va
lor necesario para
morir en su defensa». Este incidente quedó satisfac
toriamente arreglado
para ambos servidores de la patria, polvo hoy uno y
luz en el recuerdo,
y reliquia viva el otro, escapada al peligro del na
ufragio y de la
muerte....

A la sazón, por todas las emigraciones iban siendo conocidas y aceptadas las «Bases del Partido Revolucionario Cubano»: y el diario de abril de 1892--aniversario de aquel otro 10 de abril de Guáimaro-- , quedó proclamado este y nombrado Martí, por el cómputo de votos de todos los emigrados, Delegado, cargo que llevaba en sí la suprema dirección de los trabajos de esa gigantesca corporación, que fue casa, tribuna y trinchera de las libertades cubanas en el exterior. ...

Desde el momento en que asumió Martí ese cargo, comenzó la labor más extraordinaria que pueda imaginarse la mente humana . De New York, pasó a Costa Rica, a entrevistarse con los generales Antonio y José Maceo, y Flor Crombet, de los cuales tuvo la aprobación más calurosa por los trabajos emprendidos. En Costa Rica habló y fundó Clubs, pasando luego por segunda vez a México en donde despertó el entusiasmo patriótico de los cubanos. El 15 de septiembre de 1892, le dirigió una carta al general Máximo Gómez, invitándolo a que aceptara la investidura de encargado supremo del ramo de la guerra, a que «ayudara a organizar dentro y fuera de la isla, el Ejército Libertador que había de poner a Cuba, y a Puerto Rico con ella, en condiciones de realizar con métodos ejecutivos y espíritu republicano su deseo manifiesto y legítimo de independencia». En dicha carta invitaba al generalísimo, a ese nuevo

sacrificio, en momentos en que no tenía más remuneración que ofrecerle--según sus palabras--«que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres»; invitación a la que el general Gómez contestó aceptando, en noble y generosa carta, y a la que Martí correspondió, yendo a visitarlo en Santo Domingo, la República hermana por la gloria y el martirio. De Santo Domingo emprendió Martí una excursión por todos los pueblos de la Unión Americana y algunos de América Latina, volviendo a New York. Allí su vida era un vértigo. Se escribía Patria, el periódico que fundó, junto con el «Partido Revolucionario», contestaba una numerosa correspondencia, fundaba clubs, escribía artículos de propaganda, en inglés, para periódicos de Filadelfia y New York, y pronunciaba discursos. Relámpagos parecía tener aquel hombre por músculos, tal era la prisa en que vivía. Increíble parece que aquel cuerpo flaco y endeble, encerrara dentro de sí espíritu tan gigantesco y tan fuerte, hecho a golpes de zarpas y a caricias de ala, capaz de abrir surcos y levantar cimientos y capaz, de poemizar el dolor e idealizar el martirio; apto para abrigar una tempestad y para echarse todo entero en el cáliz de un jazmín....

En 1893, la intentona de Purnio y su fracaso le quebrantaron la salud. Pero no por eso se echó como débil mujerzuela a llorar tristezas, sino que después de publicar un manifiesto de levantado espíritu patriótico,

continuó, con más bríos si cabe, la tarea enorme de
hacer patria, tarea
que fue sobre sus hombros una cruz, semejante a la
que llevara, a través
de su calle de Amargura, el Cristo dulce y bueno de
los cristianos.
Igualmente que los sucesos de Purnio, muestra evide
nte de la inquietud
que ya reinaba en la isla mártir, los pronunciamien
tos de Lajas y
Ranchuelo, en 1894, lo magullaron hondamente. Pero,
incansable, a cada
golpe se levantaba más potente. A fines de ese mism
o año fue que,
teniéndolo ya todo dispuesto para la lucha, escribi
ó a Eduardo H. Gato,
el cubano rico del Cayo, una carta, que es un poema
de dolor, pidiéndole
\$5000 y otra a José María Izaguirre, cubano rico de
New Orleans,
pidiéndole cantidad parecida. De la carta a Gato so
n estas frases: «Todo
minuto me es preciso para ajustar la obra de afuera
con la del país. ¿Y
me habré de echar por esas calles, despedazado y co
n náuseas de muerte,
vendiendo con mis súplicas desesperadas nuestra hor
a de secreto, cuando
usted con este gran favor, puede darme el medio de
bastar a todo con
holgura, y de cubrir con mi serenidad los movimient
os?». «Si le escribo
más me parece que le ofendo. Usted es hombre capaz
de grandeza: esta es
su ocasión. ¿Le prestaría a un negociante \$5000 y n
o a su Cuba? Deme una
razón más de tener orgullo de ser cubano». Y de la
carta a Izaguirre
este es el final: «¿Me lastimará usted mi fe? ¿Y en
vano habré salido su
fiador? Porque lo garanticé desde el principio como
si hubiéramos

hablado de esto y tuviera autoridad de usted para su oferta. ¿No me la da su vida y nuestra amistad? Le saluda la casa y quiero que me quiera por haber tenido esta certeza de usted, no en la hora de la gloria, sino en la del sacrificio. Yo voy a morir, si es que en mí queda ya mucho de vivo. Me matarán de bala, o de maldades. Pero me queda el placer de que hombres como usted me hayan amado. No sé decirle adiós. Sírname como si nunca más debiera volverme a ver». Y esos cubanos respondieron mandándole lo que él les pedía. ¡Y cómo no! ¿Se podía negar, se podía decir que no, a quien pedía de ese modo, resplandeciente de limpieza y de angustia? Dispuesto todo para emprender la empresa definitiva, recorrió por última vez las emigraciones, y cuando se detuvo en un puerto de la Florida, en enero de 1895, ya todo lo tenía preparado para caer sobre su tierra a bandera desplegada. Tres barcos, «Amadís», «Lagonda» y «Baracoa», cargados de armas y pertrechos ya estaban para salir de Fernandina, cuando las Autoridades de aquella ciudad, los detuvieron. La traición de un miserable, que estará mientras viva, libre de todo, menos del remordimiento, vendió su poderoso plan. Entonces sí que sufrió Martí lo indecible. Imagínenselo triste, rabioso, colérico--¡colérico él, Dios mío!--viendo acaso en el espanto y horror de sus ojos desmesuradamente abiertos, descender sobre su patria como un sudario de muerte, y sobre su corazón como una mano de hierro....

Perseguido por los Agentes españoles salió de Fernandina y llegó a New York. Allí le volvió la vida: ¡podía salvar parte de las armas apresadas! Y el 29 de enero escribió la orden de levantamiento para los jefes de la revolución en Cuba, y el 31 salió en compañía de los generales María Rodríguez y Collazo para Santo Domingo, con el fin de unirse allí con Máximo Gómez. Se detuvo en Cabo Haitiano, en donde pasó varias semanas de verdadera zozobra, rodeado de malvados e impotentes. Allí fue a moverle con furia, el espíritu, la noticia del levantamiento del 24 de febrero, la noticia de que ya en su tierra se peleaba, cumpliendo órdenes tuyas, por el decoro y la libertad. Esto lo animó y desesperó más. Después de ese momento ni el sueño ni el descanso le hicieron falta: vivía en una constante actividad. Así vio pasar todo el mes de marzo y llegar abril, y sin poder embarcarse para las playas amadas, donde ya se moría como él sabría morir. El 25 de marzo, ya en vísperas de viaje, en el _pórtico_ del _gran deber_, le escribió a su amigo, el dominicano y poeta y escritor, Federico Henríquez Carvajal, una carta que alguien ha llamado su testamento político, y de la cual vienen a mi mente estos conceptos que debía grabar todo cubano en lo más puro y bueno de sus entrañas: «Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ah

ora hay que dar
respeto y sentido humano y amable al sacrificio; ha
y que hacer viable e
inexpugnable la guerra; si ella me manda, conforme
a mi deseo único
quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome
el alma, irme lejos
de los que mueren como yo sabría morir, también ten
dré ese valor. Quien
piensa en sí no ama a la patria; y está el mal de l
os pueblos, por más
que a veces se lo disimulen sutilmente, en los esto
rbos o prisas que el
interés de sus representantes ponen en el curso nat
ural de los sucesos.
De mí espere la deposición absoluta y continua. Yo
alzaré el mundo. Pero
mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco
, al último peleador:
morir callado. Para mí ya es hora. Pero aun puedo s
ervir a este único
corazón de nuestras Repúblicas. Las Antillas libres
salvarán la
independencia de nuestra América y el honor ya dudo
so y lastimado de la
América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el eq
uilibrio del mundo.
Vea lo que hacemos, usted con sus canas juveniles y
yo a rastras con mi
corazón roto. Yo obedezco, y aun diré que acato com
o superior
disposición y como Ley americana, la necesidad feli
z de partir, al
amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad
de Cuba. Hagamos por
sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fo
ndo de la mar hace la
cordillera de fuego andino». En esta carta dejó Mar
tí mucho de su alma
llena del himno glorioso de la naturaleza y de la í
ntima majestad de lo
divino. Pero donde puso todo el corazón rebosante d

e ternura y amor, fue
en la carta última, que le escribió a su anciana madre, entonces aquí,
al lado de los que se sentaban a la mesa del jerez y de la manzanilla a
comer el plato del robo y de la villanía. Oíd esa carta: «Madre mía: Hoy
25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en usted. Yo
sin cesar pienso en usted. Usted se duele en la cólera de su amor del
sacrificio de mi vida: y ¿por qué nací de usted con una vida que ama el
sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es
más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía,
el recuerdo de mi madre. Abrace a mis hermanas y a sus compañeros. Ojalá
pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí. Y
entonces sí que cuidaré yo de usted con mimo y con orgullo. Ahora
bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin
limpieza. La bendición». ¡Yo no sé que se pueda decir más y de manera
más genial en tan pocas palabras! Si Martí no hubiera escrito más que
esta carta, por ella solo tendría asiento perdurable entre los hombres
que saben lo que es un adiós, lo que es desafiar la muerte, ¡y lo que
una madre significa!...

Y llegó por fin el momento feliz, término de todas sus angustias,
satisfacción de todos sus anhelos. Después de publicar el grandioso
manifiesto de «Montecristi» de despachar el barco expedicionario para
Maceo, de vencer cuantas dificultades le salieron a

l camino, se embarcó,
en unión de cinco compañeros, Máximo Gómez, Paquito
Borrero, Ángel
Guerra, César Salas y Marcos del Rosario, en un vap
or alemán que había
llegado de paso a Cabo Haitiano, y que según la pro
mesa de su Capitán a
Martí, los conduciría cerca de las costas de Cuba y
les cedería un bote
para llegar a tierra. Oíd el relato, hecho a tajos,
de esa odisea
milagrosa. Era el 10 de abril, día glorioso dos vec
es en los anales de
la historia cubana, cuando se echaron al mar esos h
ombres magníficos; y
el 11, a pocas millas de la costa, detiene el vapor
que los conducía su
marcha, bajan la escala, echan al agua uno de sus b
otes y en él se
instalan los seis expedicionarios «con gran carga d
e parque y un saco
con queso y galletas». Y a las seis horas de remar,
bajo un cielo negro
y tenebroso, arrullado por olas alborotadas, caen s
igilosos sobre la
costa de Cuba, llenos de una dicha superior al peli
gro que habían
corrido y que habían de correr. Ya en tierra, carga
dos como bestias,
subieron los espinares y pasaron las ciénegas y cru
zaron ríos crecidos y
subieron cumbres, hasta que dieron con la guerrilla
baracoana de Félix
Ruenes «hombre de consejo y moderación» como lo lla
mó Martí, y a quien
la gloria le crece ya sobre la sepultura. Oigamos l
as impresiones
primeras de Martí, en los campos de Cuba libre: «Ha
sta hoy no me he
sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando
la cadena de mi
patria, toda mi vida. La divina claridad del alma a

ligera mi cuerpo.

Este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio». «Es muy grande mi felicidad: sin ilusión alguna de mis sentidos ni pensamiento excesivo en mí propio, ni alegría egoísta y pueril, puedo decir que llegué al fin, a mi plena naturaleza; y que el honor que en mis paisanos vea, en la naturaleza que nuestro valor nos da derecho, me embriaga la dicha con dulce embriaguez.

Solo la luz es comparable a mi felicidad». Cerca, de la costa

permanecieron Martí y sus compañeros hasta el día 16 que salieron con

dirección a la jurisdicción de Guantánamo. Los españoles, sabedores de

la llegada de los expedicionarios y de que rondaban por esos lugares, le

salieron al encuentro en número de cuatrocientos hombres. Y el día 27,

por suerte, estando ya Martí y los suyos con las fuerzas de Garzón y

Mariano Sánchez y José Maceo que asumió el mando de todas, fueron

atacados por el enemigo. De este encuentro contaba Martí: «Me siento

puro y leve, y siento en mí algo como la paz de un niño. ¿Por qué me

vuelvo a acordar ahora de la larga marcha, para mí la primera marcha de

batalla que siguió al combate victorioso con que nos recibió el valiente

y sencillo José Maceo? Porque fue muy bella y quisiéramos que ustedes la

hubieran visto conmigo. ¿O tenía el cielo balcones y los seres que me

son queridos estaban asomados a uno de ellos? A la mañana veníamos, aun

los pocos de la expedición de Baracoa, los seis y 1

os que se nos fueron
uniendo, revueltos por el monte de espinas y con la
mano al arma,
esperando por cada vereda al enemigo. Retumba de re
pente el tiroteo como
a pocos pasos de nosotros, y el fuego es de dos hor
as. Los nuestros han
vencido. Cien cubanos bisoños han apagado treinta h
ombres de la columna
entera de Guantánamo: trescientos teníamos, pero so
lo pelearon cien;
ellos se van pueblo adentro, deshechos, ensangrenta
dos, con los muertos
en brazos, regando las armas. En el camino mismo de
l combate nos
esperaban cubanos triunfadores: se echan de los cab
allos abajo; nos
abrazan y nos vitorean; nos suben a caballo y nos c
alzan las espuelas;
¿cómo no me inspira horror la mancha de sangre que
hay en el camino? ¿ni
la sangre a medio secar de una cabeza que ya está e
nterrada, en la
cartera que le puso de almohada un jinete nuestro?»
. «Ya duerme el
campamento: al pie de un árbol grande iré luego a d
ormir, junto al
machete y el revólver, y de almohada mi capa de hul
e: ahora, abro el
jolongo y saco de él la medicina para los heridos.
¡Qué cariñosas las
estrellas... a las tres de la madrugada! A las cinc
o abiertos los
ojos...». «A cada momento alzo la pluma, o dejo el
taburete y el corte
de palma en que escribo, para adivinarle a un dolie
nte la maluquera,
porque de piedad o casualidad se me han juntado en
el bagaje más
remedios que ropa, y no para mí que no estuve más s
ano nunca. Y ello es
que tengo acierto, y ya me he ganado mi poco de rep

utación, sin más que
saber como está hecho el cuerpo humano, y haber tra
ído conmigo el
milagro del iodo. Y el del cariño, que es otro mila
gro; en el que ando
con tacto, y con rienda severa, no vaya la humanida
d a parecer
vergonzosa adulación, aunque es rara la claridad de
l alma, y como finura
en el sentir que embellece, por entre palabras píca
ras, y disputas y
fritos y guisos, esta vida de campamento». Hasta aq
uí de sus cartas.
Triunfal fue la marcha de Martí por los campos de C
uba libre: por donde
quiera que pasaba iba dejando--como dicen que procl
amaba José Maceo--,
vergüenza y alegría. Más de diez veces les habló
Martí a fuerzas
cubanas en guerra y siempre les dejó la mente en al
to y el alma
contenta. ¡Todavía viven algunos de los que oyeron
a caballo y con la
mano a la cintura su elocuencia arrebatadora: todav
ía viven algunos de
los que le vieron sin cansancio y sin fatiga andand
o con el rifle al
hombro por las montañas agrias, por los pedregales
ásperos, por los ríos
creídos, por las ciénegas espantables.

Y llega el 19 de mayo, el día aciago, el día tremen
do. El sol lucía en
el zenit. Martí y Masó estaban acampados en Vuelta
Grande cuando llegó
el General Gómez y fue como un jubileo el campament
o. Masó y Martí y
Máximo Gómez le hablaron a las fuerzas y fueron vit
oreados y aclamados.
A poco avisan las avanzadas que estaban cerca de Do
s Ríos la proximidad
del enemigo. De Vuelta Grande a Dos Ríos había poco

más de una legua.
Los soldados cubanos, entusiasmados por las arengas
que acababan de oír,
a vuelo de caballo se ponen frente a los contrarios
. En breves momentos
el combate se generaliza; la atmósfera se preña de
humo y olor a
pólvora; el aire es épico. Entonces es que Martí, d
esmadejado el
cabello, los ojos fúlgidos y relampagueantes, el pe
cho henchido de
orgullo, enardecido, arrebatado, impaciente por el
sacrificio e inquieto
por la emulación, invita a la carga a su ayudante Á
ngel la Guardia--aquel
fiero aguilucho caído en Victoria de las Tunas--, a
viva con las espuelas
su noble bruto, y gozoso como un niño que ha crecid
o un palmo, y como si
hubiera alcanzado a ver, reducido a la pequeñez de
un montón de carne
humana, todo el Gobierno de rencores, de insultos,
de envidias, de
mezquindades, de ambiciones, de la oligarquía esqui
lmadora que le vejaba
su tierra, se echa sobre los rifles enemigos y cae
acribillado a
balazos, con la limpieza y majestad de un Dios, del
brazo de la muerte
que es inmortal, y coronado por la fulgente clarida
d del martirio y de
la gloria.... Así terminó, así se obscureció para s
iempre, la lámpara
pura y serena de aquel gran cerebro, «dictador de g
enio»; así dejó de
latir aquel gran corazón, profesor de virtudes; así
, entre chocar de
aceros y estampidos de fusilería, pasó el gran Após
tol a ser huésped
eterno de la suprema luz. Allí, en los campos de Do
s Ríos, campos ya
para siempre memorables, se apagó aquel astro inmen

so que parecía
inmortal; allí cayó peleando por la independencia d
e su patria,
arremetiendo contra los defensores de la tiranía, l
a cabeza imperial
descubierta y nutrida de leyendas y de asombros, co
n el alma en el aire,
el batallador infatigable que fue para los cubanos,
con sus racimos de
palabras y sus manantiales de ternuras, como otra i
sla sonora y
espiritual.... Allí, a aquellos campos, en silencio
, que recogieron su
última mirada y su último suspiro y que supieron ta
mbién del primer
grito de desolación y de angustia que arrancó a los
suyos su caída; allí
debieran ir en legiones los cubanos vivos, a purifi
carse y a lavarse de
sus culpas y pecados. Allí, a aquellos campos donde
entregó su vida el
héroe más puro y grande del poema de hierro de nues
tras guerras de
independencia, debieran ir los que ahora, olvidados
de todo lo que no
sea su personal interés, ponen la patria de cabalga
dura y de látigo la
gloria que conquistaron en su defensa; los _práctic
os_ eternos que no
piensan ni por un momento en la gloria de morir pel
eando por la libertad
y sí en lo cómodo de vivir, aunque sea de rodillas,
a los pies de los
amos del momento; los que no saben que hay algo más
triste que ser
esclavo, y es mostrar que no se es digno de ser lib
re... ¿Y se perderá
entre los cubanos el recuerdo de existencia tan pur
a, tan meritísima y
ejemplar? ¿Será tanta nuestra pequeñez, que ocupado
s en buscar la
comodidad y el gusto y el regalo personal, no mirem

os que se nos puede
caer la casa de todos, la obra santa que él coronó
a costa de su sangre?
¿Será todo chiste, ira, medro? Inspirémonos en él,
y depongamos nuestros
agravios y nuestras inquinas: amémonos los unos a l
os otros, y clavemos
en lo más firme y alto de nuestra tierra la bandera
de nuestra
nacionalidad. Y vigilemos para que de su triángulo
rojo no se salga
jamás la estrella solitaria, ni para hundirse en la
nada, ni para dar su
brillo, entonces más sola que nunca, entre el montó
n de estrellas del
pabellón americano....

Hasta aquí de su vida; de su obra hablaré en otra o
casi3n.

Y ahora, Maestro y Padre, escucha: el niño aquel qu
e en la emigración te
siguió febril, enamorado de tu bondad y tu talento,
el niño aquel que
por serlo, no te acompañó en la hora de tu muerte,
se ha hecho hombre y
te es fiel, y de las semillas de amor que tú le dej
aste caer en el
pecho, esto es el fruto. Tu memoria lo fortalece co
mo una esperanza,
como un faro lo guía, como un ala lo levanta. Y si
es verdad que la vida
humana no es toda la vida, si es verdad que después
de ella hay otra
existencia superior, ordena, que él no quiere para
sí mayor gloria que
la de obedecer a tu mandato. Él no se cansa de pred
icar tus doctrinas ni
de continuar, a la medida de sus fuerzas, tu obra d
e ensanchamiento y de
reparación universal. Tus libros, que ahora mismo G
onzalo de Quesada, tu

buen Gonzalo, publica para reverenciarte, constituy
en su Biblia. Y todas
las noches, al poner la cabeza sobre la almohada li
bre, piensa en ti, y
murmura agitado como por un temblor de héroe: Maest
ro ¡gloria a ti!
Padre, bendito seas....

* * * * *

Amistad funesta

Novela

Capítulo I

Una frondosa magnolia, podada por el jardinero de l
a casa con manos
demasiado académicas, cubría aquel domingo por la m
añana con su sombra a
los familiares de la casa de Lucía Jerez. Las grand
es flores blancas de
la magnolia, plenamente abiertas en sus ramas de ho
jas delgadas y
puntiagudas, no parecían, bajo aquel cielo claro y
en el patio de
aquella casa amable, las flores del árbol, sino las
del día, ¡esas
flores inmensas e inmaculadas, que se imaginan cuan
do se ama mucho! El
alma humana tiene una gran necesidad de blancura. D
esde que lo blanco se
oscurece, la desdicha empieza. La práctica y concie
ncia de todas las
virtudes, la posesión de las mejores cualidades, la

arrogancia de los
más nobles sacrificios, no bastan a consolar el alma
de un solo
extravío.

Eran hermosas de ver, en aquel domingo, en el cielo
fulgente, la luz
azul, y por entre los corredores de columnas de mármol,
la magnolia
elegante, entre las ramas verdes, las grandes flores
blancas y en sus
mecedoras de mimbre, adornadas con lazos de cinta,
aquellas tres amigas,
en sus vestidos de mayo: Adela, delgada y locuaz, con
un ramo de rosas
Jacqueminot al lado izquierdo de su traje de seda
crema; Ana, ya próxima
a morir, prendida sobre el corazón enfermo, en su
vestido de muselina
blanca, una flor azul sujeta con unas hebras de trigo;
y Lucía, robusta
y profunda, que no llevaba flores en su vestido de
seda carmesí, «porque
no se conocía aun en los jardines la flor que a ella
le gustaba: ¡la
flor negra!».

Las amigas cambiaban vivazmente sus impresiones de
domingo. Venían de
misas; de sonreír en el atrio de la catedral a sus
parientes y conocidos;
de pasear por las calles limpias, esmaltadas de sol,
como flores
desatadas sobre una bandeja de plata con dibujos de
oro. Sus amigas,
desde las ventanas de sus casas grandes y antiguas,
las habían saludado
al pasar. No había mancebo elegante en la ciudad que
no estuviese aquel
mediodía por las esquinas de la calle de la Victoria.
La ciudad, en esas
mañanas de domingo, parece una desposada. En las pu

ertas, abiertas de
par en par, como si en ese día no se temiesen enemi-
gos, esperan a los
dueños los criados, vestidos de limpio. Las familia-
s, que apenas se han
visto en la semana, se reúnen a la salida de la igr-
esia para ir a
saludar a la madre ciega, a la hermana enferma, al
padre achacoso. Los
viejos ese día se remozan. Los veteranos andan con
la cabeza más
erguida, muy luciente el chaleco blanco, muy bruñid-
o el puño del bastón.
Los empleados parecen magistrados. A los artesanos,
con su mejor
chaqueta de terciopelo, sus pantalones de dril muy
planchado y su
sombrerín de castor fino, da gozo verlos. Los indio-
s, en verdad,
descalzos y mugrientos, en medio de tanta limpieza
y luz, parecen
llagas. Pero la procesión lujosa de madres fragante-
s y niñas galanas
continúa, sembrando sonrisas por las aceras de la c-
alle animada; y los
pobres indios, que la cruzan a veces, parecen gusan-
os prendidos a
trechos en una guirnalda. En vez de las carretas de
comercio o de las
arrias de mercaderías, llenan las calles, tirados p-
or caballos altivos,
carruajes lucientes. Los carruajes mismos, parece q-
ue van contentos, y
como de victoria. Los pobres mismos, parecen ricos.
Hay una quietud
magna y una alegría casta. En las casas todo es alg-
azara. Los nietos
¡qué ir a la puerta, y aturdir al portero, impacien-
tes por lo que la
abuela tarda! Los maridos ¡qué celos de la misa, qu-
e se les lleva, con
sus mujeres queridas, la luz de la mañana! La abuel

a, ¡cómo viene
cargada de chucherías para los nietos, de los jugue
tes que fue reuniendo
en la semana para traerlos a la gente menor hoy dom
ingo, de los
mazapanes recién hechos que acaba de comprar en la
dulcería francesa, de
los caprichos de comer que su hija prefería cuando
soltera, qué carruaje
el de la abuela, que nunca se vacía! Y en la casa d
e Lucía Jerez no se
sabía si había más flores en la magnolia, o en las
almas.

Sobre un costurero abierto, donde Ana al ver entrar
a sus amigas puso
sus enseres de coser y los ajuares de niño que rega
laba a la Casa de
Expósitos, habían dejado caer Adela y Lucía sus som
breros de paja, con
cintas semejantes a sus trajes, revueltas como cerv
atillos que retozan.
¡Dice mucho, y cosas muy traviesas, un sombrero que
ha estado una hora
en la cabeza de una señorita! Se le puede interroga
r, seguro de que
responde: ¡de algún elegante caballero, y de más de
uno, se sabe que ha
robado a hurtadillas una flor de un sombrero, o ha
besado sus cintas
largamente, con un beso entrañable y religioso! El
sombrero de Adela era
ligero y un tanto extravagante, como de niña que es
capaz de enamorarse
de un tenor de ópera: el de Lucía era un sombrero a
rrogante y
amenazador; se salían por el borde del costurero la
s cintas carmesíes,
enroscadas sobre el sombrero de Adela como una boa
sobre una tórtola:
del fondo de seda negro, por los reflejos de un ray
o de sol que filtraba

oscilando por una rama de la magnolia, parecían salir llamas.

Estaban las tres amigas en aquella pura edad en que los caracteres todavía no se definen: ¡ay, en esos mercados es donde suelen los jóvenes generosos, que van en busca de pájaros azules, atar su vida a lindos vasos de carne que a poco tiempo, a los primeros calores fuertes de la vida, enseñan la zorra astuta, la culebra venenosa, el gato frío e impasible que les mora en el alma!

La mecedora de Ana no se movía, tal como apenas en sus labios pálidos la afable sonrisa: se buscaban con los ojos las violetas en su falda, como si siempre debiera estar llena de ellas. Adela no sin esfuerzo se mantenía en su mecedora, que unas veces estaba cerca de Ana, otras de Lucía, y vacía las más. La mecedora de Lucía, más echada hacia adelante que hacia atrás, cambiaba de súbito de posición, como obediente a un gesto enérgico y contenido de su dueña.

--Juan no viene: ¡te digo que Juan no viene!

--¿Por qué, Lucía, si sabes que si no viene te da pena?

--¿Y no te pareció Pedro Real muy arrogante? Mira, mi Ana, dame el secreto que tú tienes para que te quiera todo el mundo: porque ese caballero, es necesario que me quiera.

En un reloj de bronce labrado, embutido en un ancho plato de porcelana

de ramos azules, dieron las dos.

--Lo ves, Ana, lo ves; ya Juan no viene--y se levantó Lucía; fue a uno de los jarrones de mármol colocados entre cada dos columnas, de las que de un lado y otro adornaban el sombreado patio; arrancó sin piedad de su tallo lustroso una camelia blanca, y volvió silenciosa a su mecedora, royéndole las hojas con los dientes.

--Juan viene siempre, Lucía.

Asomó en este momento por la verja dorada que dividía el zaguán de la antesala que se abría al patio, un hombre joven, vestido de negro, de quien se despedían con respeto y ternura uno de mayor edad, de ojos benignos y poblada barba, y un caballero entrado en largos años, triste, como quien ha vivido mucho, que retenía con visible placer la mano del joven entre las suyas:

--Juan, ¿por qué nació usted en esta tierra?

--Para honrarla si puedo, don Miguel, tanto como usted la ha honrado.

Fue la emoción visible en el rostro del viejo; y aun no había desaparecido del zaguán, de brazo del de la buena barba, cuando Lucía, demudado el rostro y temblándole en las pestañas las lágrimas, estaba en pie, erguida con singular firmeza, junto a la verja dorada, y decía, clavando en Juan sus dos ojos imperiosos y negros:

--Juan, ¿por qué no habías venido?

Adela estaba prendiendo en aquel momento en sus cabellos rubios un jazmín del Cabo.

Ana cosía un lazo azul a una gorrita de recién nacido, para la Casa de Expósitos.

--Fui a rogar--respondió Juan sonriendo dulcemente-- , que no apremiasen por la renta de este mes a la señora del Valle.

--¿A la madre de Sol? ¿de Sol del Valle?

Y pensando en la niña de la pobre viuda, que no había salido aun del colegio, donde la tenía por merced la Directora, se entró Lucía, sin volver ni bajar la cabeza, por las habitaciones interiores, en tanto que Juan, que amaba a quien lo amaba, la seguía con los ojos tristemente.

* * * * *

Juan Jerez era noble criatura. Rico por sus padres, vivía sin el encogimiento egoísta que deslucen tanto a un hombre joven, mas sin aquella angustiosa abundancia, siempre menor que los gastos y apetitos de sus dueños, con que los ricuelos de poco sentido malgastan en empleos estúpidos, a que llaman placeres, la hacienda de sus mayores. De sí propio, y con asiduo trabajo, se había ido creando una numerosa clientela de abogado, en cuya engañosa profesión, entre nosotros perniciosamente esparcida, le hicieron entrar, más que su voluntad, dada

a más activas y generosas labores, los deseos de su padre, que en la defensa de casos limpios de comercio había acrecentado el haber que aportó al matrimonio su esposa. Y así Juan Jerez, a quien la Naturaleza había puesto aquella coraza de luz con que reviste a los amigos de los hombres, vino, por esas preocupaciones legendarias que desfloran y tuercen la vida de las generaciones nuevas en nuestros países, a pasar, entre lances de curia que a veces le hacían sentir ansias y vuelcos, los años más hermosos de una juventud sazónada e impaciente, que veía en las desigualdades de la fortuna, en la miseria de los infelices, en los esfuerzos estériles de una minoría viciada por crear pueblos sanos y fecundos, de soledades tan ricas como desiertas, de poblaciones cuantiosas de indios míseros, objeto más digno que las controversias forenses del esfuerzo y calor de un corazón noble y viril.

Llevaba Juan Jerez en el rostro pálido, la nostalgia de la acción, la luminosa enfermedad de las almas grandes, reducida por los deberes corrientes o las imposiciones del azar a oficios pequeños; y en los ojos llevaba como una desolación, que solo cuando hacía un gran bien, o trabajaba en pro de un gran objeto, se le trocaba, como un rayo de sol que entra en una tumba, en centelleante júbilo. No se le dijera entonces un abogado de estos tiempos, sino uno de aquellos trovadores que sabían tallarse, hartos ya de sus propias canciones, en el

mango de su guzla la
empuñadura de una espada. El fervor de los cruzados
encendía en aquellos
breves instantes de heroica dicha su alma buena; y
su deleite, que le
inundaba de una luz parecida a la de los astros, era
solo comparable a
la vasta amargura con que reconocía, a poco que en
el mundo no
encuentran auxilio, sino cuando convienen a algún i
nterés que las vicia,
las obras de pureza. Era de la raza selecta de los
que no trabajan para
el éxito, sino contra él. Nunca, en esos pequeños p
ueblos nuestros donde
los hombres se encorvan tanto, ni a cambio de prove
chos ni de
vanaglorias cedió Juan un ápice de lo que creía sag
rado en él, que era
su juicio de hombre y su deber de no ponerlo con li
gereza o por paga al
servicio de ideas o personas injustas; sino que veí
a Juan su
inteligencia como una investidura sacerdotal, que s
e ha de tener siempre
de manera que no noten en ella la más pequeña mácul
a los feligreses; y
se sentía Juan, allá en sus determinaciones de nobl
e mozo, como un
sacerdote de todos los hombres, que uno a uno tenía
que ir dándoles
perpetua cuenta, como si fuesen sus dueños, del bue
n uso de su
investidura.

Y cuando veía que, como entre nosotros sucede con f
recuencia, un hombre
joven, de palabra llameante y talento privilegiado,
alquilaba por la
paga o por el puesto aquella insignia divina que Ju
an creía ver en toda
superior inteligencia, volvía los ojos sobre sí com

o llamas que le quemaban, tal como si viera que el ministro de un culto, por pagarse la bebida o el juego, vendiese las imágenes de sus dioses. Estos soldados mercenarios de la inteligencia lo tachaban por eso de hipócrita, lo que aumentaba la palidez de Juan Jerez, sin arrancar de sus labios una queja. Y otros decían, con más razón aparente--aunque no en el caso de él--, que aquella entereza de carácter no era grandemente meritoria en quien, rico desde la cuna, no había tenido que bregar por abrirse camino, como tantos de nuestros jóvenes pobres, en pueblos donde por viejas tradiciones coloniales se da a los hombres una educación literaria, y aun esta descosida e incompleta, que no halla luego natural empleo en nuestros países despoblados y rudimentarios, exuberantes, sin embargo, en fuerzas vivas, hoy desaprovechadas o trabajadas apenas, cuando para hacer prósperas a nuestras tierras y dignos a nuestros hombres no habría más que educarlos de manera que pudiesen sacar provecho del suelo providísimo en que nacen. A manejar la lengua hablada y escrita les enseñan, como único modo de vivir, en pueblos en que las artes delicadas que nacen del cultivo del idioma no tienen el número suficiente, no ya de consumidores, de apreciadores siquiera, que recompensen, con el precio justo de estos trabajos exquisitos, la labor intelectual de nuestros espíritus privilegiados. De modo que, como con el cultivo de la inteligencia vienen los gustos cos

tosos, tan naturales
en los hispanoamericanos como el color sonrosado en
las mejillas de una
niña quinceña; como en las tierras calientes y flor
idas, se despierta
temprano el amor, que quiere casa, y lo mejor que h
aya en la ebanistería
para amueblarla, y la seda más joyante y la pedrerí
a más rica para que a
todos maraville y encele su dueña; como la ciudad,
infecunda en nuestros
países nuevos, retiene en sus redes suntuosas a los
que fuera de ella no
saben ganar el pan, ni en ella tienen cómo ganarlo,
a pesar de sus
talentos, bien así como un pasmoso cincelador de es
padas de taza, que
sabría poblar éstas de castellanas de larga amazona
desmayadas en brazos
de guerreros fuertes, y otras sutiles lindezas en p
lata y en oro, no
halla empleo en un villorrio de gente labriega, que
vive en paz, o al
puñal o a los puños remite el término de sus contie
ndas; como con
nuestras cabezas hispanoamericanas, cargadas de ide
as de Europa y
Norteamérica, somos en nuestros propios países a ma
nera de frutos sin
mercado, cual las excrecencias de la tierra, que le
pesan y estorban, y
no como su natural florecimiento, sucede que los po
seedores de la
inteligencia, estéril entre nosotros por su mala di
rección, y
necesitados para subsistir de hacerla fecunda, la d
edican con exceso
exclusivo a los combates políticos, cuando más nobl
es, produciendo así
un desequilibrio entre el país escaso y su política
sobrada, o,
apremiados por las urgencias de la vida, sirven al

gobernante fuerte que
les paga y corrompe, o trabajan por volcarle cuando
, molestado aquel por
nuevos menesterosos, les retira la paga abundante d
e sus funestos
servicios. De estas pesadumbres públicas venían hab
lando el de la barba
larga, el anciano de rostro triste, y Juan Jerez, c
uando este, ligado
desde niño por amores a su prima Lucía, se entró po
r el zaguán de
baldosas de mármol pulido espaciosas y blancas como
sus pensamientos.

* * * * *

La bondad es la flor de la fuerza. Aquel Juan brios
o, que andaba siempre
escondido en las ocasiones de fama y alarde, pero v
isible apenas se
sabía de una prerrogativa de la patria desconocida
o del decoro y
albedrío de algún hombre hollados; aquel batallador
temible y áspero, a
quien jamás se atrevieron a llegar, avergonzadas de
antemano, las
ofertas y seducciones corruptoras a que otros vocif
erantes de temple
venal habían prestado oídos; aquel que llevaba siem
pre en el rostro
pálido y enjuto como el resplandor de una luz alta
y desconocida, y en
los ojos el centelleo de la hoja de una espada; aqu
el que no veía
desdicha sin que creyese deber suyo remediarla, y s
e miraba como un
delincuente cada vez que no podía poner remedio a u
na desdicha; aquel
amantísimo corazón, que sobre todo desamparo vaciab
a su piedad
inagotable, y sobre toda humildad, energía o hermos
ura prodigaba

apasionadamente su amor, había cedido, en su vida de libros y abstracciones, a la dulce necesidad, tantas veces funesta, de apretar sobre su corazón una manecita blanca. La de esta o la de aquella le importaban poco; y él, en la mujer, veía más el símbolo de las hermosuras ideadas que un ser real.

Lo que en el mundo corre con nombre de buenas fortunas, y no son, por lo común, de una parte o de otra, más que odiosas vilezas, habían salido, una que otra vez, al camino de aquel joven rico a cuyo rostro venía, de los adentros del alma, la irresistible belleza de un noble espíritu. Pero esas buenas fortunas, que en el primer instante llenan el corazón de los efluvios trastornadores de la primavera, y dan al hombre la autoridad confiada de quien posee y conquista; esos amoríos de ocasión, miel en el borde, hiel en el fondo, que se pagan con la moneda más valiosa y más cara, la de la propia limpieza; esos amores irregulares y sobresaltados, elegante disfraz de bajos apetitos, que se aceptan por desocupación o vanidad, y roen luego la vida, como úlceras, solo lograron en el ánimo de Juan Jerez despertar el asombro de que, so pretexto o nombre de cariño, vivan hombres y mujeres, sin caer muertos de odio a sí mismos, en medio de tan torpes liviandades. Y no cedía a ellas, porque la repulsión que le inspiraba, cualesquiera que fuesen sus gracias, una mujer que cerca de la mesa de trabajo de su esposo o junto

a la cuna de su hijo no temblaba de ofrecerlas, era mayor que las penosas satisfacciones que la complicidad con una amante liviana produce a un hombre honrado.

Era la de Juan Jerez una de aquellas almas infelices que solo pueden hacer lo grande y amar lo puro. Poeta genuino, que sacaba de los espectáculos que veía en sí mismo, y de los dolores y sorpresas de su espíritu, unos versos extraños, adoloridos y profundos, que parecían dagas arrancadas de su propio pecho, padecía de esa necesidad de la belleza que como un marchamo ardiente, señala a los escogidos del canto. Aquella razón serena, que los problemas sociales o las pasiones comunes no oscurecían nunca, se le ofuscaba hasta hacerle llegar a la prodigalidad de sí mismo, en virtud de un inmoderado agradecimiento. Había en aquel carácter una extraña y violenta necesidad del martirio, y si por la superioridad de su alma le era difícil hallar compañeros que se la estimaran y animasen, él, necesitado de darse, que en su bien propio para nada se quería, y se veía a sí mismo como una propiedad de los demás que guardaba él en depósito, se daba como un esclavo a cuantos parecían amarle y entender su delicadeza o desear su bien.

* * * * *

Lucía, como una flor que el sol encorva sobre su tallo débil cuando esplende en todo su fuego el mediodía; que como tod

a naturaleza
subyugadora necesitaba ser subyugada; que de un modo confuso e
impaciente, y sin aquel orden y humildad que revelan la fuerza
verdadera, amaba lo extraordinario y poderoso, y gustaba de los caballos
desalados, de los ascensos por la montaña, de las noches de tempestad y
de los troncos abatidos; Lucía, que, niña aun, cuando parecía que la
sobremesa de personas mayores en los gratos almuerzos de domingo debía
fatigarle, olvidaba los juegos de su edad, y el coger las flores del
jardín, y el ver andar en parejas por el agua clara de la fuente los
pececillos de plata y de oro, y el peinar las plumas blandas de su
último sombrero, por escuchar, hundida en su silla, con los ojos
brillantes y abiertos, aquellas aladas palabras, grandes como águilas,
que Juan reprimía siempre delante de gente extraña o común, pero dejaba
salir a caudales de sus labios, como lanzas adornadas de cintas y de
flores, apenas se sentía, cual pájaro perseguido en su nido caliente,
entre almas buenas que le escuchaban con amor; Lucía, en quien un deseo
se clavaba como en los peces se clavan los anzuelos, y de tener que
renunciar a algún deseo, quedaba rota y sangrando, como cuando el
anzuelo se le retira queda la carne del pez; Lucía que, con su
encarnizado pensamiento, había poblado el cielo que miraba, y los
florales cuyas hojas gustaba de quebrar, y las paredes de la casa en que
lo escribía con lápices de colores, y el pavimento

a que con los brazos
caídos sobre los de su mecedora solía quedarse mira
ndo largamente; de
aquel nombre adorado de Juan Jerez, que en todas pa
rtes por donde miraba
le resplandecía, porque ella lo fijaba en todas par
tes con su voluntad y
su mirada como los obreros de la fábrica de Eibar,
en España, embuten
los hilos de plata y de oro sobre la lámina negra d
el hierro esmerilado;
Lucía, que cuando veía entrar a Juan, sentía resona
r en su pecho unas
como arpas que tuviesen alas, y abrirse en el aire,
grandes como soles,
unas rosas azules, ribeteadas de negro, y cada vez
que lo veía salir, le
tendía con desdén la mano fría, colérica de que se
fuese, y no podía
hablarle, porque se le llenaban de lágrimas los ojo
s; Lucía, en quien
las flores de la edad escondían la lava candente qu
e como las vetas de
metales preciosos en las minas le culebreaban en el
pecho; Lucía, que
padecía de amarle, y le amaba irrevocablemente, y e
ra bella a los ojos
de Juan Jerez, puesto que era pura, sintió una noch
e, una noche de su
santo, en que antes de salir para el teatro se aban
donaba a sus
pensamientos con una mano puesta sobre el mármol de
l espejo, que Juan
Jerez, lisonjeado por aquella magnífica tristeza, d
aba un beso, largo y
blando, en su otra mano. Toda la habitación le pare
ció a Lucía llena de
flores; del cristal del espejo creyó ver salir llam
as; cerró los ojos,
como se cierran siempre en todo instante de dicha s
uprema, tal como si
la felicidad tuviese también su pudor, y para que n

o cayese en tierra,
los mismos brazos de Juan tuvieron delicadamente qu
e servir de apoyo a
aquel cuerpo envuelto en tules blancos, de que en a
quella hora de
nacimiento parecía brotar luz. Pero Juan aquella no
che se acostó triste,
y Lucía misma, que amaneció junto a la ventana en s
u vestido de tules,
abrigados los hombros en una aérea nube azul, se se
ntía, aromada como un
vaso de perfumes, pero seria y recelosa....

* * * * *

--Ana mía, Ana mía, aquí está Pedro Real. ¡Míralo q
ué arrogante!

--Arrodíllate, Adela: arrodíllate ahora mismo--le r
espondió dulcemente
Ana, volviendo a ella su hermosa cabeza de ondulant
es cabellos
castaños--; mientras que Juan, que venía de hacer p
aces con Lucía
refugiada en la antesala, salía a la verja del zagu
án a recibir al amigo
de la casa.

Adela se arrodilló, cruzados los brazos sobre las r
odillas de Ana; y Ana
hizo como que le vendaba los labios con una cinta a
zul, y le dijo al
oído, como quien ciñe un escudo o ampara de un golp
e, estas palabras:

--Una niña honesta no deja conocer que le gusta un
calavera, hasta que no
haya recibido de él tantas muestras de respeto, que
nadie pueda dudar
que no la solicita para su juguete.

Adela se levantó riendo, y puestos los ojos, entre

curiosos y burlones,
en el galán caballero, que del brazo de Juan venía
hacia ellas, los
esperó de pie al lado de Ana, que con su serio continente,
nunca duro,
parecía querer atenuar en favor de Adela misma, su
excesiva viveza.
Pedro, aturdido y más amigo de las mariposas que de
las tórtolas, saludó
a Adela primero.

Ana retuvo un instante en su mano delgada la de Pedro,
y con aquellos
derechos de señora casada que da a las jóvenes la cercanía
de la muerte.

--Aquí--le dijo--, Pedro: aquí toda esta tarde a mi
lado--;Quién sabe si,
enfrente de aquella hermosa figura de hombre joven,
no le pesaba a la
pobre Ana, a pesar de su alma de sacerdotisa, dejar
la vida! ;Quién sabe
si quería solo evitar que la movible Adela, revoloteando
en torno de
aquella luz de belleza, se lastimase las alas!

Porque aquella Ana era tal que, por donde ella iba,
resplandecía. Y
aunque brillase el sol, como por encima de la gran
magnolia estaba
brillando aquella tarde, alrededor de Ana se veía una
claridad de
estrella. Corrían arroyos dulces por los corazones
cuando estaba en
presencia de ella. Si cantaba, con una voz que se esparcía
por los
adentros del alma, como la luz de la mañana por los
campos verdes,
dejaba en el espíritu una grata intranquilidad, como de
quien ha
entrevisto, puesto por un momento fuera del mundo,
aquellas musicales

claridades que solo en las horas de hacer bien, o de tratar a quien lo hace, distingue entre sus propias nieblas el alma. Y cuando hablaba aquella dulce Ana, purificaba.

Pedro era bueno, y comenzó a alabarle, no el rostro, iluminado ya por aquella luz de muerte que atrae a las almas superiores y aterra a las almas vulgares, sino el ajuar de niño a que estaba poniendo Ana las últimas cintas. Pero ya no era ella sola la que cosía, y armaba lazos, y los probaba en diferentes lados del gorro de recién nacido: Adela súbitamente se había convertido en una gran trabajadora. Ya no saltaba de un lugar a otro, como cuando juntas conversaban hacía un rato ella, Ana y Lucía, sino que había puesto su silla muy junto a la de Ana. Y ella también, iba a estar sentada al lado de Ana toda la tarde. En sus mejillas pálidas, había dos puntos encendidos que ganaban en viveza a las cintas del gorro, y realzaban la mirada impaciente de sus ojos brillantes y atrevidos. Se le desprendía el cabello inquieto, como si quisiese, libre de redes, soltarse en ondas libres por la espalda. En los movimientos nerviosos de su cabeza, dos o tres hojas de la rosa encarnada que llevaba prendida en el peinado, cayeron al suelo. Pedro las veía caer. Adela, locuaz y voluble, ya andaba en la canastilla, ya revolvía en la falda de Ana los adornos del gorro, ya cogía como útil el que acababa de desechar con un mohín de impaciencia, ya sacudía y erguía

un momento la ligera cabeza, fina y rebelde, como la de un potro indómito. Sobre las losas de mármol blanco se destacaban, como gotas de sangre, las hojas de rosa.

Se hablaba de aquellas cosas banales de que conversan en estas tertulias de domingo, la gente joven de nuestros países. El tenor, ¡oh el tenor! había estado admirable. Ella se moría por las voces del tenor. Es un papel encantador el de Francisco I. Pero la señora de Ramírez, ¡cómo había tenido el valor de ir vestida con los colores del partido que fusiló a su esposo!, es verdad que se casa con un coronel del partido contrario, que firmó como auditor en el proceso del señor Ramírez. Es muy buen mozo el coronel, es muy buen mozo. Pero la señora Ramírez ha gastado mucho, ya no es tan rica como antes; tuvo a siete bordadoras empleadas un mes en bordarle de oro el vestido de terciopelo negro que llevó a Rigoletto, era muy pesado el vestido. ¡Oh! ¿Y Teresa Luz? lindísima, Teresa Luz: bueno, la boca, sí, la boca no es perfecta, los labios son demasiado finos; ¡ah, los ojos! bueno, los ojos son un poco fríos, no calientan, no penetran: pero qué vaguedad tan dulce; hacen pensar en las espumas de la mar. Y, ¡cómo persigue a María Vargas ese caballerete que ha venido de París, con sus versos copiados de François Coppee, y su política de alquiler, que vino, sirviendo a la oposición y ya está poco menos que con el Gobierno! El padre de María Vargas va a

ser Ministro y él quiere ser diputado. Elegante sí es. El peinado es ridículo, con la raya en mitad de la cabeza y la frente escondida bajo las ondas. Ni a las mujeres está bien eso de cubrirse la frente, donde está la luz del rostro. Que el cabello la sombree un poco con sus ondas naturales; pero ¿a qué cubrir la frente, espejo donde los amantes se asoman a ver su propia alma, tabla de mármol blanco donde se firman las promesas puras, nido de las manos lastimadas en los afanes de la vida? Cuando se padece mucho, no se desea un beso en los labios sino en la frente. Y ese mismo poetín lo dijo muy bien el otro día en sus versos «A una niña muerta», era algo así como esto: las rosas del alma suben a las mejillas; las estrellas del alma, a la frente. Hay algo de tenebroso y de inquietante en esas frentes cubiertas. No, Adela, no, a usted le está encantadora esa selva de ricitos: así pintaban en los cuadros de antes a los cupidos revoloteando sobre la frente de las diosas. No, Adela, no le haga caso: esas frentes cubiertas, me dan miedo. Es que ya se piensan unas cosas, que las mujeres se cubren la frente de miedo de que se las vean. Oh, no, Ana: ¿qué han de pensar ustedes más que jazmines y claveles? Pues que no, Pedro: rompa usted las frentes, y verá dentro, en unos tiestitos que parecen bocas abiertas, unas plantas secas, que dan unas florecitas redondas y amarillas. Y Ana iba así ennobleciendo la conversación, porque Dios le había dado el privilegio de las flores: el

de perfumar. Adela, silenciosa hacía un momento, alzó la cabeza y mantuvo algún tiempo los ojos fijos delante de sí, viendo como el perfil céltico de Pedro, con su hermosa barba negra, se destacaba, a la luz sana de la tarde, sobre el zócalo de mármol que revestía una de las anchas columnas del corredor de la casa. Bajó la cabeza, y a este movimiento, se desprendió de ella la rosa encarnada, que cayó deshaciéndose a los pies de Pedro.

* * * * *

Juan y Lucía aparecieron por el corredor, ella como arrepentida y sumisa, él como siempre, sereno y bondadoso. Hermosa era la pareja, tal como se venían lentamente acercando al grupo de sus amigas en el patio. Altos los dos, Lucía, más de lo que sentaba a sus años y sexo, Juan, de aquella elevada estatura, realzada por las proporciones de las formas, que en sí misma lleva algo de espíritu, y parece dispuesta por la naturaleza al heroísmo y al triunfo. Y allá, en la penumbra del corredor, como un rayo de luz diese sobre el rostro de Juan, y de su brazo, aunque un poco a su zaga, venía Lucía, en la frente de él, vasta y blanca, parecía que se abría una rosa de plata: y de la de Lucía se veían solo, en la sombra oscura del rostro, sus dos ojos llameantes, como dos amenazas.

--Está Ana imprudente--dijo Juan con su voz de caricia--: ¿cómo no tiene

miedo a este aire del crepúsculo?

--¡Pero si es ya el mío natural, Juan querido! Vamos, Pedro: deme el brazo.

--Pero pronto, Pedro, que esta es la hora en que los aromas suben de las flores, y si no la haces presa, se nos escapa.

--¡Este Juan bueno! ¿No es verdad, Juan, que Lucía es una loca? Ya Adela y Pedro me están al lado cuchicheando, de apetito. Vamos, pues, que a esta hora la gente dichosa tiene deseo de tomar el chocolate.

El chocolate fragante les esperaba, servido en una mesa de ónix, en la linda antesala. Era aquel un capricho de domingo. Gustan siempre los jóvenes de lo desordenado e imprevisto. En el comedor, con dos caballeros de edad, discutía las cosas públicas el buen tío de Lucía y Ana, caballero de gorro de seda y pantuflas bordadas. La abuelita de la casa, la madre del señor tío, no salía ya de su alcoba, donde recordaba y rezaba.

* * * * *

La antesala era linda y pequeña, como que se tiene que ser pequeño para ser lindo. De unos tulipanes de cristal trenzado, suspendidos en un ramo del techo por un tubo oculto entre hojas de tulipán simuladas en bronce, caía sobre la mesa de ónix la claridad anaranjada y suave de la lámpara de luz eléctrica incandescente. No había más asient

os que pequeñas
mecedoras de Viena, de rejilla menuda y madera negra.
El pavimento de
mosaico de colores tenues que, como el de los atrios
de Pompeya, tenía
la inscripción «Salve» en el umbral, estaba lleno de
banquetas
revueltas, como de habitación en que se vive: porque
las habitaciones se
han de tener lindas, no para enseñarlas, por vanidad,
a las visitas,
sino para vivir en ellas. Mejora y alivia el contacto
constante de lo
bello. Todo en la tierra, en estos tiempos negros,
tiende a rebajar el
alma, todo, libros y cuadros, negocios y afectos, ¡
aun en nuestros
países azules! Conviene tener siempre delante de los
ojos, alrededor,
ornando las paredes, animando los rincones donde se
refugia la sombra,
objetos bellos, que la coloreen y la disipen.

Linda era la antesala, pintado el techo con los
bordes de guirnalda de
flores silvestres, las paredes cubiertas, en sus
marcos de roble liso
dorado, de cuadros de Madrazo y de Nittis, de Fortu
ny y de Pasini,
grabados en Goupil; de dos en dos estaban colgados
los cuadros, y entre
cada dos grupos de ellos, un estantillo de ébano, lleno
de libros, no
más ancho que los cuadros, ni más alto ni bajo que
el grupo. En la mitad
del testero que daba frente a la puerta del corredor,
una esbelta
columna de mármol negro sustentaba un aéreo busto de
la Mignon de
Goethe, en mármol blanco, a cuyos pies, en un gran
vaso de porcelana de
Tokio, de ramazones azules, Ana ponía siempre mazos

de jazmines y de
lirios. Una vez la traviesa Adela había colgado al
cuello de Mignon una
guirnalda de claveles encarnados. En este testero n
o había libros, ni
cuadros que no fuesen grabados de episodios de la v
ida de la triste
niña, y distribuidos como un halo en la pared en de
rredor del busto. Y
en las esquinas de la habitación, en caballetes neg
ros, sin ornamentos
dorados, ostentaban su rica encuadernación cuatro g
randes volúmenes: _El
Cuervo_ de Edgar Poe, el Cuervo desgarrador y fatíd
ico, con láminas de
Gustavo Doré, que se llevan la mente por los espaci
os vagos en alas de
caballos sin freno: el _Rubaiyat_ el poema persa, e
l poema del vino
moderado y las rosas frescas, con los dibujos apodí
cticos del
norteamericano Elihu Vedder; un rico ejemplar manus
crito, empastado en
seda lila, de _Las Noches_, de Alfredo de Musset; y
un _Wilhelm Meister_
el libro de Mignon, cuya pasta original, recargada
de arabescos
insignificantes, había hecho reemplazar Juan, en Pa
rís, por una de
tafilete negro mate embutido con piedras preciosas:
topacios tan claros
como el alma de la niña, turquesas, azules como sus
ojos; no esmeraldas,
porque no hubo en aquella vaporosa vida; ópalos, co
mo sus sueños; y un
rubí grande y saliente, como su corazón hinchado y
roto. En aquel
singular regalo a Lucía, gastó Juan sus ganancias d
e un año. Por los
bajos de la pared, y a manera de sillas, había, en
trípodes de ébano,
pequeños vasos chinos, de colores suaves, con mucho

amarillo y escaso
rojo. Las paredes, pintadas al óleo, con guirnaldas
de flores, eran
blancas. Causaba aquella antesala, en cuyo arreglo
influyó Juan, una
impresión de fe y de luz.

* * * * *

Y allí se sentaron los cinco jóvenes, a gustar en sus
tazas de coco el
rico chocolate de la casa, que en hacerlo fragante
era famosa. No tenía
mucho azúcar, ni era espeso. ¡Para gente mayor, el
chocolate espeso!
Adela, caprichosa, pedía para sí la taza que tuviese
más espuma.

--Esta, Adela--le dijo Juan, poniendo ante ella, antes
de sentarse, una de
las tazas de coco negro, en la que la espuma hervía
tornasolada.

--¡Malvado!--le dijo Adela, mientras que todos reían
--; ¡me has dado la de
la ardilla!

Eran unas tazas, extrañas también, en que Juan, amigo
de cosas, patrias,
había sabido hacer que el artífice combinara la novedad
y el arte. Las
tazas eran de esos coquillos negros de óvalo perfecto,
que los indígenas
realzan con caprichosas labores y leyendas, sumisas
éstas como su
condición, y aquellas pomposas, atrevidas y extrañas,
muy llenas de alas
y de serpientes, recuerdos tenaces de un arte original
y desconocido que
la conquista hundió en la tierra, a botes de lanza.
Y estos coquillos
negros estaban muy pulidos por dentro, y en todo su

exterior trabajados
en relieve sutil como encaje. Cada taza descansaba
en una trípode de
plata, formada por un atributo de algún ave o fiera
de América, y las
dos asas eran dos preciosas miniaturas, en plata ta
mbién, del animal
simbolizado en la trípode. En tres colas de ardilla
se asentaba la taza
de Adela, y a su chocolate se asomaban las dos ardi
llas, como a un mar
de nueces. Dos quetzales altivos, dos quetzales de
cola de tres plumas,
larga la del centro como una flecha verde, se asían
a los bordes de la
taza de Ana: ¡el quetzal noble, que cuando cae caut
ivo o ve rota la
pluma larga de su cola, muere! Las asas de la taza
de Lucía eran dos
pumas elásticos y fieros, en la opuesta colocación
dedos enemigos que se
acechan: descansaba sobre tres garras de puma, el l
eón americano. Dos
águilas eran las asas de la de Juan; y la de Pedro,
la del buen mozo
Pedro, dos monos capuchinos.

* * * * *

Juan quería a Pedro, como los espíritus fuertes qui
eren a los débiles, y
como, a modo de nota de color o de grano de locura,
quiere, cual forma
suavísima del pecado, la gente que no es ligera a l
a que lo es.

Los hombres austeros tienen en la compañía momentán
ea de esos pisaverdes
alocados el mismo género de placer que las damas de
familia que asisten
de tapadillo a un baile de máscaras. Hay cierto esp
íritu de

independencia en el pecado, que lo hace simpático cuando no es excesivo.

Pocas son por el mundo las criaturas que, hallándose con las encías

provistas de dientes, se deciden a no morder, o reconocen que hay un

placer más profundo que el de hincar los dientes, y es no usarlos. Pues,

¿para qué es la dentadura, se dicen los más; sobre todo cuando la tienen

buená, sino para lucirla, y triturar los manjares que se lleguen a la

boca? Y Pedro era de los que lucían la dentadura.

Incapaz, tal vez, de causar mal en conciencia, el día estaba en que él

no sabía cuando causaba mal, o en que, siendo la satisfacción de un

deseo, él no veía en ella mal alguno, sino que toda hermosura, por

serlo, le parecía de él, y en su propia belleza, la belleza funesta de

un hombre perezoso y adocenado, veía como un título natural, título de

león, sobre los bienes de la tierra, y el mayor de ellos, que son sus

bellas criaturas. Pedro tenía en los ojos aquel inquieto centelleo que

subyuga y convida: en actos y palabras, la insolente firmeza que da la

costumbre de la victoria, y en su misma arrogancia tal olvido de que la

tenía, que era la mayor perfección y el más temible encanto de ella.

Viajero afortunado; con el caudal ya corto de su madre, por tierras de

afuera, perdió en ellas, donde son pecadillos las que a nosotros nos

parecen con justicia infamias, aquel delicado concepto de la mujer sin

el que, por grandes esfuerzos que haga luego la men

te, no le es lícito
gozar, puesto que no le es lícito creer en el amor
de la más limpia
criatura. Todos aquellos placeres que no vienen der
echamente y en razón
de los afectos legítimos, aunque sean champaña de l
a vanidad, son acíbar
de la memoria. Eso en los más honrados, que en los
que no lo son, de
tanto andar entre frutas estrujadas, llegan a envic
iarse los ojos de
manera que no tienen más arte ni placer que los de
estrujar frutas. Solo
Ana, de cuantas jóvenes había conocido a su vuelta
de las malas tierras
de afuera, le había inspirado, aun antes de su enfe
rmedad, un respeto
que en sus horas de reposo solía trocarse en un pen
samiento persistente
y blando. Pero Ana se iba al cielo: Ana, que jamás
hubiera puesto a
aquel turbulento mancebo de señor de su alma apacib
le, como un palacio
de nácar; pero que, por esa fatal perversión que at
rae a los espíritus
desemejantes, no había visto sin un doloroso interé
s y una turbación
primaveraral, aquella rica hermosura de hombre, airo
s y firme, puesta por
la naturaleza como vestidura a un alma escasa, tal
como suelen algunos
cantantes transportar a inefables deliquios y etére
as esferas a sus
oyentes, con la expresión en notas querellosas y cr
istalinas, blancas
como las palomas o agudas como puñales, de pasiones
que sus espíritus
burdos son incapaces de entender ni de sentir. ¿Qui
én no ha visto romper
en actos y palabras brutales contra su delicada muj
er a un tenor que
acababa de cantar, con sobrehumano poder, el «Spirt

o Gentil» de la
Favorita? Tal la hermosura sobre las almas escasas.

Y Juan, por aquella seguridad de los caracteres incorruptibles, por aquella benignidad de los espíritus superiores, por aquella afición a lo pintoresco de las imaginaciones poéticas, y por los años de niño, que no se rompen sin gran dolor del corazón, Juan quería a Pedro.

Hablaban de las últimas modas, de que en París se rehabilita el color verde, de que en París, decía Pedro, nada más se vive.

--Pues yo no--decía Ana--. Cuando Lucía sea ya señora formal, adonde vamos los tres es a Italia y a España: ¿verdad, Juan?

--Verdad, Ana. Adonde la Naturaleza es bella y el arte ha sido perfecto. A Granada, donde el hombre logró lo que no ha logrado en pueblo alguno de la tierra: cincelar en las piedras sus sueños; a Nápoles, donde el alma se siente contenta, como si hubiera llegado a su término. ¿Tú no querrás, Lucía?

--Yo no quiero que tú veas nada, Juan. Yo te haré en ese cuarto la Alhambra, y en este patio Nápoles; y tapiaré las puertas, ¡y así viajaremos!

Rieron todos; pero Adela ya había echado camino de París, quién sabe con qué compañero, los deseos alegres. Ella quería saberlo todo, no de

aquella tranquila vida interior y regalada, al calor de la estufa, leyendo libros buenos, después de curiosar discretamente por entre las novedades francesas, y estudiar con empeño tanta riqueza artística como París encierra; sino la vida teatral y nerviosa, la vida de museo que en París generalmente se vive, siempre en pie, siempre cansado, siempre adolorido; la vida de las heroínas de teatro, de las gentes que se enseñan, damas que enloquecen, de los nababs que de slumbran con el pródigo empleo de su fortuna.

Y mientras que Juan, generoso, dando suelta al espíritu impaciente, sacaba ante los ojos de Lucía, para que se le fuese aquietando el carácter, y se preparaba a acompañarle por el viaje de la existencia, las interioridades luminosas de su alma peculiar y excelsa, y decía cosas que, por la nobleza que enseñaban o la felicidad que prometían, hacían asomar lágrimas de ternura y de piedad a los ojos de Ana-Adela y Pedro, en plena Francia, iban y venían, como del brazo, por bosques y bulevares. «La Judic ya no se viste con Worth. La mano de la Judic es la más bonita de París. En las carreras es donde se lucen los mejores vestidos. ¡Qué linda estaría Adela, en el pescante de un coche de carreras, con un vestido de tila muy suave, adornado con pasamanería de plata! ¡Ah, y con un guía como Pedro, que conocía tan bien la ciudad, qué pronto no se estaría al corriente de todo! ¡Allí no se vive con

estas trabas de aquí, donde todo es malo! La mujer es aquí una esclava disfrazada: allí es donde es la reina. Eso es París ahora: el reinado de la mujer. Acá, todo es pecado: si se sale, si se entra, si se da el brazo a un amigo, si se lee un libro ameno. ¡Pero esa es una falta de respeto, eso es ir contra las obras de la naturaleza! ¿Porque una flor nace en un vaso de Sevres, se la ha de privar del aire y de la luz? ¿Porque la mujer nace más hermosa que el hombre, se le ha de oprimir el pensamiento, y so pretexto de un recato gazmoño, obligarla a que viva, escondiendo sus impresiones, como un ladrón esconde su tesoro en una cueva? Es preciso, Adelita, es preciso. Las mujeres más lindas de París son las sudamericanas. ¡Oh, no habría en París otra tan chispeante como ella!».

--Vea, Pedro--interrumpió a este punto Ana, con aquella sonrisa suya que hacía más eficaces sus reproches--, déjeme quieta a Adela. Usted sabe que yo pinto, ¿verdad?

--Pinta unos cuadritos que parecen música; todos llenos de una luz que sube; con muchos ángeles y serafines. ¿Por qué no nos enseñas el último, Ana mía? Es lindísimo, Pedro, y sumamente extraño.

--¡Adela, Adela!

--De veras que es muy extraño. Es como en una esquina de jardín y el ciclo es claro, muy claro y muy lindo. Un joven... muy buen mozo...

vestido con un traje gris muy elegante, se mira las
manos asombrado.

Acaba de romper un lirio, que ha caído a sus pies,
y le han quedado las
manos manchadas de sangre.

--¿Qué le parece, Pedro, de mi cuadro?

--Un éxito seguro. Yo conocí en París a un pintor d
e México, un Manuel
Ocaranza, que hacía cosas como esas.

--Entre los caballeros que rompen o manchan lirios
quisiera yo que
tuviese éxito mi cuadro. ¡Quién pintara de veras, y
no hiciera esos
borrones míos! Pedro: borrón y todo, en cuanto me p
onga mejor, voy a
hacer una copia para usted.

--¡Para mí! Juan, ¿por qué no es este el tiempo en
que no era mal visto
que los caballeros besasen la mano a las damas?

--Para usted, pero a condición de que lo ponga en u
n lugar tan visible
que por todas partes le salte a los ojos. Y ¿por qu
é estamos hablando
ahora de mis obras maestras? ¡Ah! porque usted me l
e hablaba a Adela
mucho de París. ¡Otro cuadro voy a empezar en cuant
o me ponga buena!
Sobre una colina voy a pintar un monstruo sentado.
Pondré la luna en
cenit, para que caiga de lleno sobre el lomo del mo
nstruo, y me permita
simular con líneas de luz en las partes salientes l
os edificios de París
más famosos. Y mientras la luna le acaricia el lomo
, y se ve por el
contraste del perfil luminoso toda la negrura de su
cuerpo, el monstruo,

con cabeza de mujer, estará devorando rosas. Allá p
or un rincón se verán
jóvenes flacas y desmelenadas que huyen, con las tú
nicas rotas,
levantando las manos al cielo.

--Lucía--dijo Juan reprimiendo mal las lágrimas, al
oído de su prima,
siempre absorta--: ¡y que esta pobre Ana se nos mue
ra!

Pedro no hallaba palabras oportunas, sino aquella c
onfusión y malestar
que la gente dada a la frivolidad y el gozo experim
enta en la compañía
íntima de una de esas criaturas que pasan por la ti
erra, a manera de
visión, extinguiéndose plácidamente, con la feliz c
apacidad de adivinar
las cosas puras, sobrehumanas, y la hermosa indigna
ción por la batalla
de apetitos feroces en que se consume, la tierra.

--De fieras, yo conozco dos clases--decía una vez A
na--: una se viste de
pieles, devora animales, y anda sobre garras; otra
se viste de trajes
elegantes, come animales y almas y anda sobre una s
ombrilla o un bastón.
No somos más que fieras reformadas.

Aquella Ana, cuando estaba en la intimidad, solía d
ecir de estas cosas
singulares. ¿Dónde había sufrido tanto la pobre niñ
a salida apenas del
círculo de su casa venturosa, que así había aprendi
do a conocer y
perdonar? ¿Se vive antes de vivir? ¿O las estrellas
, ganosas de hacer un
viaje de recreo por la tierra, suelen por algún tie
mpo alojarse en un
cuerpo humano? ¡Ay! por eso duran tan poco los cuer

pos en que se alojan
las estrellas.

* * * * *

--¿Conque Ana pinta, y _La Revista de Artes_ está buscando cuadros de autores del país que dar a conocer, y este Juan pecador no ha hecho ya publicar esas maravillas en _La Revista_?

--Esta Ana nuestra, Pedro, se nos enoja de que la queramos sacar a luz. Ella no quiere que se vean sus cuadros hasta que no los juzgue bastante acabados para resistir la crítica. Pero la verdad es, Ana, que Pedro Real tiene razón.

--¿Razón, Pedro Real?--dijo Ana con una risa cristalina, de madre generosa--. No, Juan. Es verdad que las cosas de arte que no son absolutamente necesarias, no deben hacerse sino cuando se pueden hacer enteramente bien, y estas cosas que yo hago, que veo vivas y claras en lo hondo de mi mente, y con tal realidad que me parece que las palpo, me quedan luego en la tela tan contrahechas y duras que creo que mis visiones me van a castigar, y me regañan, y toman mis pinceles de la caja, y a mí de una oreja, y me llevan delante del cuadro para que vea cómo borran coléricas la mala pintura que hice de ellas. Y luego, ¿qué he de saber yo, sin más dibujo que el que me enseñó el señor Mazuchellí, ni más colores que estos tan pálidos que saco de mí misma?

Seguía Lucía con ojos inquietos la fisonomía de Juan, profundamente interesado en lo que, en uno de esos momentos de explicación de sí mismos que gustan de tener los que llevan algo en sí y se sienten morir, iba diciendo Ana. ¡Qué Juan aquel, que la tenía al lado, y pensaba en otra cosa! Ana, sí, Ana era muy buena; pero ¿qué de recho tenía Juan a olvidarse tanto de Lucía, y estando a su lado, poner tanta atención en las rarezas de Ana? Cuando ella estaba a su lado, ella debía ser su único pensamiento. Y apretaba sus labios; se le encendían de pronto, como de un vuelco de la sangre las mejillas; enrollaba nerviosamente en el dedo índice de la mano izquierda un finísimo pañuelo de batista y encaje. Y lo enrolló tanto y tanto, y lo desenrollaba con tal violencia, que yendo rápidamente de una mano a la otra, el lindo pañuelo parecía una víbora, una de esas víboras blancas que se ven en la costa yucateca.

--Pero no es por eso por lo que no enseño yo a nadie mis cuadritos--siguió Ana--; sino porque cuando los estoy pintando, me alegro o me entristezco como una loca, sin saber por qué: salto de contento, yo que no puedo saltar ya mucho, cuando creo que con un rasgo de pincel le he dado a unos ojos, o a la tórtola viuda que pinté el mes pasado, la expresión que yo quería; y si pinto una desdicha, me parece que es de veras, y me paso horas enteras mirándola, o me enojo conmigo misma si es de aquellas que yo no puedo remediar, como en esas dos telitas

mías que tú conoces,
Juan, _La madre sin hijo_ y el hombre que se muere
en un sillón, mirando
en la chimenea el fuego apagado: _El hombre sin amo
r_. No se ría, Pedro,
de esta colección de extravagancias. Ni diga que es
tos asuntos son para
personas mayores; las enfermas son como unas viejit
as, y tienen derecho
a esos atrevimientos.

--Pero, ¿cómo--le dijo Pedro subyugado--, no han de
tener sus cuadros todo
el encanto y el color de ópalo de su alma?

--¡Oh! ¡oh! a lisonja llaman: vea que ya no es de b
uen gusto ser
lisonjero. La lisonja en la conversación, Pedro, es
ya como la Arcadia
en la pintura: ¡cosa de principiantes!

--Pero, ¿por qué decías, puso aquí Juan, que no que
rías exhibir tus
cuadros?

--Porque como desde que los imagino hasta que los a
cabo voy poniendo en
ellos tanto de mi alma, al fin ya no llegan a ser t
elas, sino mi alma
misma, y me da vergüenza de que me la vean, y me pa
rece que he pecado
con atreverme a asuntos que están mejor para nube q
ue para colores, y
como solo yo sé cuánta paloma arrulla, y cuánta vio
leta se abre, y
cuánta estrella lucen lo que pinto; como yo sola si
ento cómo me duele el
corazón, o se me llena todo el pecho de lágrimas o
me laten las sienes,
como si me las azotasen alas, cuando estoy pintando
; como nadie más que
yo sabe que esos pedazos de lienzo, por desdichados

que me salgan, son
pedazos de entrañas mías en que he puesto con mi me
jor voluntad lo mejor
que hay en mí, ¡me da como una soberbia de pensar q
ue si los enseño en
público, uno de esos críticos sabios o caballerines
presuntuosos me
diga, por lucir un nombre recién aprendido de pinto
r extranjero, o una
linda frase, que esto que yo hago es de Chaplin o d
e Lefevre, o a mi
cuadrito _Flores vivas_, que he descargado sobre él
una escopeta llena
de colores! ¿Te acuerdas? ¡como si no supiera yo qu
e cada flor de
aquellas es una persona que yo conozco, y no hubier
a yo estudiado tres o
cuatro personas de un mismo carácter, antes de simb
olizar el carácter en
una flor; como si no supiese yo quién es aquella ro
sa roja, altiva, con
sombras negras, que se levanta por sobre todas las
demás en su tallo sin
hojas, y aquella otra flor azul que mira al cielo c
omo si fuese a
hacerse pájaro y a tender a él las alas, y aquel ag
uinaldo lindo que
trepa humildemente, como un niño castigado, por el
tallo de la rosa
roja. ¡Malos! ¡escopeta cargada de colores!

--Ana: yo sí que te recogería a ti, con tu raíz, co
mo una flor, y en
aquel gran vaso indio que hay en mi mesa de escribi
r, te tendría
perpetuamente, para que nunca se me desconsolase el
alma.

--Juan--dijo Lucía, como a la vez conteniéndose y l
evantándose--: ¿quieres
venir a oír el «M'odi tu» que me trajiste el sábado
? ¡No lo has oído

todavía!

--¡Ah! y a propósito, no saben ustedes--dijo Pedro como poniéndose ya en pie para despedirse--, que la cabeza ideal que ha publicado en su último número _La Revista de Artes_....

--¿Qué cabeza?--preguntó Lucía--¿una que parece de una virgen de Rafael, pero con ojos americanos, con un talle que parece el cáliz de un lirio?

--Esa misma, Lucía: pues no es una cabeza ideal, sino la de una niña que va a salir la semana que viene del colegio, y dicen que es un pasmo de hermosura: es la cabeza de Leonor del Valle.

Se puso en pie Lucía con un movimiento que pareció un salto; y Juan alzó del suelo, para devolvérselo, el pañuelo, roto.

* * * * *

Capítulo II

Como veinte años antes de la historia que vamos narrando, llegaron a la ciudad donde sucedió, un caballero de mediana edad y su esposa, nacidos ambos en España, de donde, en fuerza de cierta indómita condición del honrado don Manuel del Valle, que le hizo mal mirado de las gentes del poder como cabecilla y vocero de las ideas liberales, decidió al fin salir el señor don Manuel; no tanto porque no le ba

stase al Sustento su
humilde mesa de abogado de provincia, cuanto porque
siempre tenía, por
moverse o por estarse quedo, al guindilla, como lla
man allá al policía,
encima; y porque, a consecuencia de querer la liber
tad limpia y para
buenos fines, se quedó con tan pocos amigos entre l
os mismos que
parecían defenderla, y lo miraban como a un celador
enojoso, que esto
más le ayudó a determinar, de un golpe de cabeza, v
enir a «las
Repúblicas de América», imaginando, que donde no ha
bía reina liviana, no
habría gente oprimida, ni aquella trabilla de corte
sanos perezosos y
aduladores, que a don Manuel le parecían vergüenza
rematada de su
especie, y, por ser hombre él, como un pecado propi
o.

Era de no acabar de oírle, y tenerle que rogar que
se calmase, cuando
con aquel lenguaje pintoresco y desembarazado recor
daba, no sin su buena
cerrazón de truenos y relámpagos y unas amenazas gr
andes como torres,
los bellacos oficios de tal o de cual marquesa, que
auxiliando ligerezas
ajenas querían hacer, por lo comunes, menos culpabl
es las propias; o tal
historia de un capitán de guardias, que pareció bie
n en la corte con su
ruda belleza de montañés y su cabello abundante y a
lborotado, y apenas
entrevió su buena fortuna tomó prestados unos diner
os, con que
enrizarse, en lo del peluquero la cabellera, y en l
o del sastre vestir
de paño bueno, y en lo del calzador comprarse unos
botitos, con que

estar galán en la hora en que debía ir a palacio, donde al volver el capitán con estas donosuras, pareció tan feo y presumido que en poco estuvo que perdiese algo más que la capitanía. Y de unas jiras, o fiestas de campo, hablaba de tal manera don Manuel, así como de ciertas cenas en la fonda de un francés, que cuando contaba de ellas no podía estar sentado; y daba con el puño sobre la mesa que le andaba cerca, como para acentuar las palabras, y arreciaban los truenos, y abría cuantas ventanas o puertas hallaba a mano. Se desfiguraba el buen caballero español, de santa ira, la cual, como apenas luego de haberle dado riendas en tierra que al fin no era la suya, venía siempre a parar en que don Manuel tocase en la guitarra que se había traído cuando el viaje, con una ternura que solía humedecer los ojos suyos y los ajenos, unas serenatas de su propia música, que más que de la rondalla aragonesa que le servía como de arranque y _ritornello_, tenía de desesperada canción de amores de un trovador muerto de ellos por la dama de un duro castellano, en un castillo, allá tras de los mares, que el trovador no había de ver jamás.

En esos días la linda doña Andrea, cuyas largas trenzas de color castaño eran la envidia de cuantas se las conocían, extremaba unas pocas habilidades de cocina, que se trajo de España, adivinando que complacería con ellas más tarde a su marido. Y cuando en el cuarto de

los libros, que en verdad era la sala de la casa, c
entelleaba don
Manuel, sacudiéndose más que echándose sobre uno y
otro hombro
alternativamente los cabos de la capa que so pretext
to de frío se quitaba
raras veces, era fijo que andaba entrando y saliendo
o por la cocina, con
su cuerpo elegante y modesto, la buena señora doña
Andrea, poniendo mano
en un pisto manchego, o aderezando unas farinetas d
e Salamanca que a
escondidas había pedido a sus parientes en España,
o preparando, con más
voluntad que arte, un arroz con chorizo, de cuyos p
rimores, que acababan
de calmar las iras del republicano, jamás dijo mal
don Manuel del Valle,
aun cuando en sus adentros reconociese que algo se
había quemado allí, o
sufrido accidente mayor: o los chorizos, o el arroz
, o entrambos. ¡Fuera
de la patria, si piedras negras se reciben de ella,
de las piedras
negras parece que sale luz de astro!

Era de acero fino don Manuel, y tan honrado, que nu
nca, por muchos que
fueran sus apuros, puso su inteligencia y saber, ni
excesivos ni
escasos, al servicio de tantos poderosos e intrigan
tes como andan por el
mundo, quienes suelen estar prontos a sacar de agon
ía a las gentes de
talento menesterosas, con tal que éstas se presten
a ayudar con sus
habilidades el éxito de las tramas con que aquellos
promueven y
sustentan su fortuna: de tal modo que, si se va a v
er, está hoy viviendo
la gente con tantas mañas, que es ya hasta de mal g
usto ser honrado.

En este diario y en aquel, no bien puso el pie en el país, escribió el señor Valle con mano ejercitada, aunque un tanto febril y descompuesta, sus azotainas contra las monarquías y vilezas que engendra, y sus himnos, encendidos como cantos de batalla, en loor de la libertad, de que «los campos nuevos y los altos montes y los anchos ríos de esta linda América, parecen natural sustento».

Mas a poco de esto, hacía veinticinco años a la fecha de nuestra historia tales cosas iba viendo nuestro señor don Manuel que volvió a tomar la capa, que por inútil había colgado en el rincón más hondo del armario, y cada día se fue callando más, y escribiendo menos, y arrebujiándose mejor en ella, hasta que guardó las plumas, y muy apegado ya a la clemente temperatura del país y al dulce trato de sus hijos para pensar en abandonarlo, determinó abrir escuela; si bien no introdujo en el arte de enseñar, por no ser aun este muy sabido tampoco en España, novedad alguna que acomodase mejor a la educación de los hispanoamericanos fáciles y ardientes, que los torpes métodos en uso, ello es que con su Iturzaeta y su Aritmética de Krüger y su Dibujo Lineal, y unas encendidas lecciones de Historia, de que salía bufando y escapando Felipe Segundo como comido de llamas, el señor Valle sacó una generación de discípulos, un tanto románticos y dados a lo maravilloso, pero que fueron a su tiempo mancebos de honor y ene

migos tenaces de los
gobiernos tiránicos. Tanto que hubo vez en que, por
cosas como las de
poner en su lugar a Felipe Segundo, estuvo a punto
el señor don Manuel
de ir, con su capa y su cuaderno de Iturzaeta, a da
r en manos de los
guindillas americanos «en estas mismísimas Repúblic
as de América». A la
fecha de nuestra historia, hacía ya unos veinticinco
años de esto.

Tan casero era don Manuel, que apenas pasaba año si
n que los discípulos
tuviesen ocasión de celebrar, cuál con una gallina,
cuál con un par de
pichones, cuál con un pavo, la presencia de un nuev
o ornamento vivo de
la casa.

--Y ¿qué ha sido, don Manuel? ¿Algún Aristogitón qu
e haya de librar a la
patria del tirano?

--¡Calle usted, paisano, calle usted; un malakoff m
ás!--Malakoff, llamaban
entonces, por la torre famosa en la guerra de Crime
a, a lo que en llano
se ha llamado siempre miriñaque o crinolina.

Y don Manuel quería mucho a sus hijos, y se prometí
a vivir cuanto
pudiese para ellos; pero le andaba desde hacía algú
n tiempo por el lado
izquierdo del pecho un carcominillo que le molestab
a de verdad, como una
cestita de llamas que estuviera allí encendida, de
día y de noche, y no
se apagase nunca. Y como cuando la cestita le quema
ba con más fuerza
sentía él un poco paralizado el brazo del corazón,
y todo el cuerpo

vibrante como las cuerdas de un violín, y después de eso le venían de pronto unos apetitos de llorar y una necesidad de tenderse por tierra, que le ponían muy triste, aquel buen don Manuel no veía sin susto cómo le iban naciendo tantos hijos, que en el caso de su muerte habían de ser más un estorbo que una ayuda para «esa pobre Andrea, que es mujer muy señora y bonaza, pero ¡para poco, para poco!».

* * * * *

Cinco hijas llegó a tener don Manuel del Valle, mas antes de ellas le había nacido un hijo, que desde niño empezó a dar señales de ser alma de pro. Tenía gustos raros y bravura desmedida, no tanto para lidiar con sus compañeros, aunque no rehuía la lidia en casos necesarios, como para afrontar situaciones difíciles, que requerían algo más que la fiereza de la sangre o la presteza de los puños. Una vez, con unos cuantos compañeros suyos, publicó en el colegio un periodiquín manuscrito, y por supuesto revolucionario, contra cierto pedante profesor que prohibía a sus alumnos argumentarles sobre los puntos que les enseñaba; y como un colegial aficionado al lápiz pintase de pavo real a este maestrizo, en una lámina repartida con el periodiquín, y don Manuel, en vista de la queja del pavo real, amenazara en sala plena con expulsar del colegio en consejo de disciplina al autor de la descortesía, aunque fuese su propio hijo, el gentil Manuelillo, digno primogénito del egregio varón, quiso

quitar de sus compañeros toda culpa, y echarla entera sobre sí; y levantándose de su asiento, dijo, con gran perplejidad del pobre don Manuel, y murmullos de admiración de la asamblea:

--Pues, señor Director: yo solo he sido.

Y pasaba las noches en claro, luego que se le extinguía la vela escasa que le daban, leyendo a la luz de la luna. O echaba a caminar, con las Empresas de Saavedra Fajardo bajo el brazo, por las calles umbrosas de la Alameda, y creyéndose a veces nueva encarnación de las grandes figuras de la historia, cuyos gérmenes le parecía sentir en sí, y otras desesperando de hacer cosa que pudiera igualarlo a ellas, rompía a llorar, de desesperación y de ternura. O se iba de noche a la orilla de la mar, a que le salpicasen el rostro las gotas frescas que saltaban del agua salada al reventar contra las rocas.

Leía cuanto libro le caía a la mano. Montaba en cuanto caballo veía a su alcance: y mejor si lo hallaba en pelo; y si había que saltar una cerca mejor. En una noche se aprendía los libros que en todo el año escolar no podían a veces dominar sus compañeros; y aunque la Historia Natural y la Universal y cuanto añadiese algo útil a su saber y le estimulase el juicio y la verba, eran sus materias preferidas, a pocas ojeadas penetraba el sentido de la más negra lección de Álgebra, tanto que su maestro, un ingeniero muy mentado y brusco, le ofreció enseñarle, en

premio de su aplicación, la manera de calcular lo infinitésimo.

Escribía Manuelillo, en semejanza de lo que estaba en boga entonces, unas letrillas y artículos de costumbres que ya mostraban a un enamorado de la buena lengua; pero a poco se soltó por natural empuje, con vuelos suyos propios, y empezó a enderezar a los gobernantes que no dirigen honradamente a sus pueblos, unas odas tan a lo pindárico, y recibidas con tal favor entre la gente estudiantescas, que en una revuelta que tramaron contra el Gobierno unos patricios que andaban muy solos, pues llevaban consigo la buena doctrina, fue hecho preso don Manuelillo, quien en verdad tenía en la sangre el microbio sedicioso; y bien que tuvieron que empeñarse los amigos pudientes de don Manuel para que en gracia de su edad saliese libre el Pindarito, a quien en su padre, riñéndole con los labios, en que le temblaban los bigotes, como los árboles cuando va a caer la lluvia, y aprobándole con el corazón, envió a seguir, en lo que cometió grandísimo error, estudios de Derecho en la Universidad de Salamanca, más desfavorecida que otras de España, y no muy gloriosa ahora, pero donde tenía la angustiada doña Andrea los buenos parientes que le enviaban las farinetas.

Se fue el de las odas en un bergantín que había venido cargado de vinos de Cádiz; y sentadito en la popa del barco, fijaba en la costa de su patria los ojos anegados de tan triste manera, que

a pesar del águila
nueva que llevaba en el alma, le parecía que iba to
do muerto y sin
capacidad de resurrección y que era él como un árbo
l prendido a aquella
costa por las raíces, al que el buque llevaba atado
por las ramas
pujando mar afuera, de modo que sin raíces se queda
ba el árbol, si
lograba arrancarlo de la costa la fuerza del buque,
y moría: o como el
tronco no podía resistir aquella tirantez, se quebr
aría al fin, y moría
también; pero lo que don Manuelillo veía claro, era
que moría de todos
modos. Lo cual, ¡ay! fue verdad, cuatro años más ta
rde, cuando de
Salamanca había hallado aquel niño manera de pasar,
como ayo en la casa
de un conde carlista, a estudiar a Madrid. Se murió
de unas fiebres
enemigas, que le empezaron con grandes aturdimiento
s de cabeza, y unas
visiones dolorosas y tenaces que él mismo describía
en su cama revuelta,
de delirante, con palabras fogosas y desencajadas,
que parecían una caja
de joyas rotas; y sobre todo, una visión que tenía
siempre delante de
los ojos, y creía que se le venía encima, y le echa
ba un aire encendido
en la frente, y se iba de mal humor, y se volvía a
él de lejos,
llamándole con muchos brazos: la visión de una palm
a en llamas. En su
tierra, las llanuras que rodeaban la ciudad estaban
cubiertas de palmas.

*

*

*

*

*

No murió don Manuel del pesar de que hubiese muerto
su hijo, aunque bien

pudo ser; sino que dos años antes, y sin que Manuel illo lo supiese, se sentó un día en su sillón, muy envuelto en su capa, y con la guitarra al lado, como si sintiese en el alma unas muy dulces músicas, a la vez que un frescor húmedo y sabroso, que no era el de todos los días, sino mucho más grato. Doña Andrea estaba sentada en una banqueta a sus pies, y, lo miraba con los ojos secos, y crecidos, y le tenía las manos. Dos hijas lloraban abrazadas en un rincón: la mayor, más valiente, le acariciaba con la mano los cabellos, o lo entretenía con frases zalameras, mientras le preparaba una bebida; de pronto, desasiéndose bruscamente de las manos de doña Andrea, abrió don Manuel los brazos y los labios como buscando aire; los cerró violentamente alrededor de la cabeza de doña Andrea, a quien besó en la frente con un beso frenético; se irguió como si quisiera levantarse, con los brazos al cielo; cayó sobre el respaldo del asiento, estremeciéndosele el cuerpo horrendamente, como cuando en tormenta furiosa un barco arrebatado sacude la cadena que lo sujeta al muelle; se le llenó de sangre todo el rostro, como si en lo interior del cuerpo se le hubiese roto el vaso que la guarda y distribuye; y blanco, y sonriendo, con la mano casualmente caída sobre el mango de su guitarra, quedó muerto. Pero nunca se lo quiso decir doña Andrea a Manuelillo, a quien contaban que el padre no escribía porque sufría de reumatismo en las manos, para que no le entrase el miedo por las

angustias de la casa, y quisiese venir a socorrerla
s, interrumpiendo
antes de tiempo sus estudios. Y era también que doña
Andrea conocía que
su pobre hijo había nacido comido de aquellas ansias
de redención y
evangélica quijotería que le habían enfermado el co
razón al padre, y
acelerado su muerte, y como en la tierra en que viv
ían había tanto que
redimir, y tanta cosa cautiva que libertar, y tanto
entuerto que poner
derecho, veía la buena Madre, con espanto, la hora
de que su hijo
volviese a su patria, cuya hora, en su pensar, sería
a la del sacrificio
de Manuelillo.

--¡Ay!--decía doña Andrea--, una vez que un amigo,
de la casa le hablaba
con esperanzas del porvenir del hijo. Él será infel
iz, y nos hará aun
más infelices sin quererlo. Él quiere mucho a los d
emás, y muy poco a sí
mismo. Él no sabe hacer víctimas, sino serlo. Afort
unadamente, aunque de
todos modos, por desdicha de doña Andrea, Manuelill
o había partido de la
tierra antes de volver a ver la suya propia, ¡detrá
s de la palma
encendida!

¿Quién que ve un vaso roto, o un edificio en ruina,
o una palma caída,
no piensa en las viudas? A don Manuel no le habían
bastado las fuerzas,
y en tierra extraña esto había sido mucho, más que
para ir cubriendo
decorosamente con los productos de su trabajo las n
ecesidades
domésticas. Ya el ayudar a Manuelillo a mantenerse
en España le había

puesto en muy grandes apuros.

Estos tiempos nuestros están desquiciados, y con el derrumbe de las antiguas vallas sociales y las finezas de la educación, ha venido a crearse una nueva y vastísima clase de aristócratas de la inteligencia, con todas las necesidades de parecer y gustos ricos que de ella vienen, sin que haya habido tiempo aun, en lo rápido del vuelco, para que el cambio en la organización y repartimiento de las fortunas corresponda a la brusca alteración en las relaciones sociales, producidas por las libertades políticas y la vulgarización de los conocimientos. Una hacienda ordenada es el fondo de la felicidad universal. Y búsquese en los pueblos, en las casas, en el amor mismo más acendrado y seguro, la causa de tantos trastornos y rupturas, que los oscurecen y afean, cuando no son causa del apartamiento, o de la muerte, que es otra forma de él: la hacienda es el estómago de la felicidad. Maridos, amantes, personas que aun tenéis que vivir y anheláis prosperar: ¡organizad bien vuestra hacienda!

De este desequilibrio, casi universal hoy, padecía la casa de don Manuel, obligado con sus medios de hombre pobre a mantenerse, aunque sin ostentación ni despilfarro, como caballero rico. ¿Ni quién se niega, si los quiere bien, a que sus hijos brillantes e inteligentes, aprendan esas cosas de arte, el dibujar, el pintar, el tocar piano, que alegran

tanto la casa, y elevan, si son bien comprendidas y caen en buena tierra, el carácter de quien las posee, esas cosas de arte que apenas hace un siglo eran todavía propiedad casi exclusiva de reinas y princesas? ¿Quién que ve a sus pequeñines finos y delicados, en virtud de esa aristocracia del espíritu que en estos tiempos nuevos han sustituido a la aristocracia degenerada de la sangre, no gusta de vestirlos de linda manera, en acuerdo con el propio buen gusto cultivado, que no se contenta con falsificaciones y bellaquerías, y de modo que el vestir complete y revele la distinción del alma de los queridos niños? Uno, padrazo ya, con el corazón estremecido y la frente arrugada, se contenta con un traje negro bien cepillado y sin manchas, con el cual, y una cara honrada, se está bien y se es bien recibido en todas partes; pero, ¡para la mujer, a quien hemos hecho sufrir tanto! ¡para los hijos, que nos vuelven locos y ambiciosos, y nos ponen en el corazón la embriaguez del vino, y en las manos el arma de los conquistadores! ¡para ellos, oh, para ellos, todo nos parece poco!

De manera que, cuando don Manuel murió, solo había en la casa los objetos de su uso y adorno, en que no dejaba de adivinarse más el buen gusto que la holgura, los libros de don Manuel, que miraba la madre como pensamientos vivos de su esposo, que debían guardarse íntegros a su hijo ausente, y los enseres de la escuela, que un ayudante

te de don Manuel, que
apenas le vio muerto se alzó con la mayor parte de
sus discípulos, halló
manera de comprar a la viuda, abandonada así por el
que en conciencia
debió continuar ayudándola, en una suma corta, la m
ayor, sin embargo,
que después de la muerte de don Manuel se vio nunca
en aquella pobre
casa. Hacen pensar en las viudas las palmas caídas.

Este o aquel amigo, es verdad, querían saber de vez
en cuando qué tal le
iba yendo a la pobre señora. ¡Oh! se interesaban mu
cho por su suerte. Ya
ella sabía: en cuanto le ocurriese algo no tenía má
s que mandar. Para
cualquier cosa, para cualquier cosa estaban a su di
sposición. Y venían
en visita solemne, en día de fiesta, cuando suponía
n que había gente en
la casa; y se iban haciendo muchas cortesías, como
si con la ceremonia
de ellas quisiesen hacer olvidar la mayor intimidad
que podría
obligarlos a prestar un servicio más activo. Da esp
anto ver cuán sola se
queda una casa en que ha entrado la desgracia: da d
eseos de morir.

¿Qué se haría doña Andrea, con tantas hijas, dos de
ellas ya crecidas;
con el hijo en España, aunque ya el noble mozo habí
a prohibido, aun
suponiendo a su padre vivo, que le enviasen dinero?
¿qué se haría con
sus hijas pequeñas, que eran, las tres, por lo mode
stas y unidas, la
gala del colegio; con Leonor, la última flor de sus
entrañas, la que las
gentes detenían en la calle para mirarla a su place

r, asombradas de su
hermosura? ¿qué se haría doña Andrea? Así, cortado
el tronco, se secan
las ramas del árbol, un tiempo verdes, abandonadas
sobre la tierra.
¡Pero los libros de don Manuel no! esos no se tocaban: nada más que a
sacudirlos, en la piececita que les destinó en la casa
pobrísima que
tomó luego, permitía la señora que entrasen una vez
al mes. O cuando,
ciertos domingos, las demás niñas iban a casa de alguna
conocida a pasar
la tarde, doña Andrea se entraba sola en la habitación,
con Leonor de la
mano, y allí a la sombra de aquellos tomos, sentada
en el sillón en que
murió su marido, se abandonaba a conversaciones mentales,
que parecían
hacerle gran bien, porque salía de ellas en un estado
de silenciosa
majestad, y como más clara de rostro y levantada de
estatura; de tal
modo que las hijas cuando volvían de su visita, conocían
siempre, por la
mayor blandura en los ademanes, y expresión de dolorosa
felicidad de su
rostro, si doña Andrea había estado en el cuarto de
los libros. Nunca
Leonor parecía fatigada de acompañar a su madre en
aquellas entrevistas:
sino que, aunque ya para entonces tenía sus diez años,
se sentaba en la
falda de su madre, apretada en su regazo o abrazada
a su cuello, o se
echaba a sus pies, reclinando en sus rodillas la cabeza,
con cuyos
cabellos finos jugaba la viuda, distraída. De vez en
cuando, pocas
veces, la cogía doña Andrea en un brusco movimiento
en sus brazos, y
besando con locura la cabeza de la niña rompía en a

marguísimos sollozos.

Leonor, silenciosamente, humedecía en todo este tiempo la mano de su madre con sus besos.

* * * * *

De España se trajo pocas cosas don Manuel, y doña Andrea menos, que era de familia hidalga y pobre. Y todo, poco a poco, para atender a las necesidades de la casa, fue saliendo de ella: hasta unas perlas margaritas que había llevado de América a Salamanca un tío, abuelo de doña Andrea, y un aguacate de esmeralda de la misma procedencia, que recibió de sus padres como regalo de matrimonio; hasta unas cucharas y vasos de plata que se estrenaron cuando se casó la madre de don Manuel, y este solía enseñar con orgullo a sus amigos americanos, para probar en sus horas de desconfianza de la libertad, cuánto más sólidos eran los tiempos, cosas y artífices de antaño.

Y todas las maravillas de la casa fueron cayendo en manos de inclementes compradores; una escena autógrafa de _El Delincuente Honrado_ de Jovellanos; una colección de monedas romanas y árabes de Zaragoza, de las cuales las árabes estimulaban la fantasía y avivaban las miradas de Manuelillo cada vez que el padre le permitía curiosear en ellas; una carta de doña Juana la Loca, que nunca fue loca, a menos que amar bien no sea locura, y en cuya carta, escrita de manos del secretario Passamonte, se dicen cosas tan dignas y tan tiernas

que dejaban
enamorados de la reina a los que las leían, y dulce
mente conmovidas las
entrañas.

Así se fueron otras dos joyas que don Manuel había
estimado mucho, y
mostraba con la fruición de un goloso que se compla
ce traviesamente en
hacer gustar a sus amigos un plato cuya receta está
decidido a no
dejarles conocer jamás: un estudio en madera de la
cabeza de San
Francisco, de Alonso Cano, y un dibujo de Goya, con
lápiz rojo, dulce
como una cabeza del mismo Rafael.

Con las cucharas de plata se pagó un mes la casa; l
a esmeralda dio para
tres meses; con las monedas fueron ayudándose medio
año. Un
desvergonzado compró la cabeza, en un día de angust
ia, en cinco pesos.
Un tanto se auxiliaban con unos cuantos pesos que,
muy mal cobrados y
muy regañados, ganaban doña Andrea y las hijas mayo
res enseñando a
algunas niñas pequeñas del barrio pobre donde había
n ido a refugiarse en
su penuria. Pero el dibujo de Goya, ese si se vendi
ó bien. Ese, él solo,
produjo tanto como las margaritas y las cucharas de
plata, y el
aguacate. El dibujo de Goya, única prenda que no se
arrepintió doña
Andrea de haber vendido, porque le trajo un amigo,
lo compró Juan Jerez;
Juan Jerez que cuando murió en Madrid Manuelillo, y
la madre extremada
por los gastos en que la puso una enfermedad grave
de su niña Leonor, se
halló un día pensando con espanto en que era necesa

rio venderlos, compró
los libros a doña Andrea, mas no se los llevó consi
go, sino que se los
dejó a ella «porque él no tenía donde ponerlos, y c
uando los necesitase,
ya se los pediría». Muy ruin tiene que ser el mundo
, y doña Andrea sabía
de sobra que suele ser ruin, para que ese día no hu
biese satisfecho su
impulso de besar a Juan la mano.

Pero Juan, joven rico y de padres y amistades que n
o hacían suponer que
buscase esposa en aquella casa desamparada y humild
e, comprendió que no
debía ser visita de ella, donde ya eran alegría de
los ojos y del
corazón, más por lo honestas que por lo lindas, las
dos niñas mayores, y
muy distraído el pensamiento en cosas de la mayor a
lteza, y muy fino y
generoso, y muy sujeto ya por el agradecimiento del
amor que le mostraba
a su prima Lucía, ni visitaba frecuentemente la cas
a de doña Andrea, ni
hacía alarde de no visitarla, como que le llevó su
propio médico cuando
la enfermedad de Leonor, y volvió cuando la venta d
e los libros, y
cuando sabía alguna aflicción de la señora, que con
su influjo, el no
con su dinero que solía escasearle, podía tener rem
edio.

* * * * *

Lo que, como un lirio de noche en una habitación os
cura, tuvo en medio
de todas estas agonías iluminada el alma de doña An
drea, y le aseguró en
su creencia bondadosa en la nobleza de la especie h
umana, fue que, ya

porque en realidad le apenase la suerte de la viuda
, ya porque creyera
que había de parecer mal, siendo como el don Manuel
bien querido, y
maestro como ella, que permitieran la salida de sus
hijas del colegio
por falta de paga, la directora del Instituto de la
Merced, el más
famoso y rico del país, hizo un día, en un hermoso
coche, una visita,
que fue muy sonada, a casa de doña Andrea, y allí l
e dijo
magnánimamente, cosa que enseguida vociferó y celeb
ró mucho la prensa,
que las tres niñas recibirían en su colegio, si ell
a no lo mandaba de
otro modo, toda su educación, como externas, sin ga
sto alguno. Aquella
vez sí que doña Andrea, sin los miramientos que en
el caso de Juan
habían más tarde de impedírselo, cubrió de besos la
mano de la
directora, quien la trató con una hermosa bondad po
ntificia, y como una
mujer inmaculada trata a una culpable, tras de lo c
ual se volvió muy
oronda a su colegio, en su arrogante coche.

Es verdad que las niñas no decían a doña Andrea que
, aunque no las había
en el colegio más aplicadas que ellas, ni que lleva
ran los vestiditos
más blancos y bien cuidados, ni que, en la clase y
recreo mostrasen
mayor compostura, los vales a fin de semana, y los
primeros puestos en
las competencias, y los premios en los exámenes, no
eran nunca para
ellas; los regaños, sí. Cuando la niña del ministro
había derramado un
tintero, de seguro que no había sido la niña del mi
nistro, ¿cómo había

de ser la hija del ministro? había sido una de las tres niñas del Valle. La hija de Mr. Floripond, el poderoso banquero, la fea, la huesuda, la descuidada, la envidiosa Iselda, había escondido, donde no pudiese ser hallado, su caja de lápices de dibujar: por supuesto, la caja no aparecía: «¡Allí todas las niñas tenían dinero para comprar sus cajas! ¡las únicas que no tenían dinero allí eran las tres del Valle!» y las registraban, a las pobrecitas, que se dejaban registrar con la cara llena de lágrimas, y los brazos en cruz, cuando por fortuna la niña de otro banquero, menos rico que Mr. Floripond, dijo que había visto a Iselda poner la caja de lápices en la bolsa de Leonor. Pero tan buenas, y serviciales fueron, tan apretaditas se sentaban siempre las tres, sin jugar, o jugando entre sí, en la hora de recreo; con tal mansedumbre obedecían los mandatos más destemplados e injustos; con tal sumisión, por el amor de su madre, soportaban aquellos rigores, que las ayudantes del colegio, solas y desamparadas ellas mismas, comenzaron a tratarlas con alguna ternura, a encomendarles la copia de las listas de la clase, a darles a afilar sus lápices, a distinguirlos con esos pequeños favores de los maestros que ponen tan orondos a los niños, y que las tres hijas de del Valle recompensaban con una premura en el servirlos y una modestia y gracia tal, que les ganaba las almas más duras. Esta bondadosa disposición de las ayudantes subió de punto cuando la

directora, que no tenía hijos, y era aun una muy bella mujer, dio muestras de aficionarse tan especialmente a Leonor, que algunas tardes la dejaba a comer a su mesa, enviándola luego a doña Andrea con un afectuoso recado; y un domingo la sacó a pasear en su carruaje, complaciéndose visiblemente aquel día en responder con su mejor sonrisa a todos los saludos.

Porque los que poseen una buena condición, si bien la persiguen implacablemente en los demás cuando por causa de la posición o edad de estos, temen que lleguen a ser rivales, se complacen, por el contrario, por una especie de prolongación de egoísmo y por una fuerza de atracción que parece incontrastable y de naturaleza divina, en reconocer y proclamar en otros la condición que ellos mismos poseen, cuando no puede llegar a estorbarles.

Se aman y admiran a sí propios en los que, fuera ya de este peligro de rivalidad, tienen las mismas condiciones de ellos. Los miran como una renovación de sí mismos, como un consuelo de sus facultades que decaen, como si se viesen aun a sí propios tales como son a aquellas criaturas nuevas, y no como ya van siendo ellos. Y las atraen a sí, y las retienen a su lado, como si quisiesen fijar, para que no se les escapase, la condición que ya sienten que los abandona. Hay, además, gran motivo de orgullo en oír celebrar la especie de mérito por que uno se distingue.

Verdad es que no había tampoco mejor manera de llamar la atención sobre sí que llevar cerca a Leonor. ¡Qué mirada, que parecía una plegaria! ¡Qué óvalo el del rostro, más perfecto y puro! ¡Qué cutis, que parecía que daba luz! ¡Qué encanto en toda ella, y qué armonía! De noche doña Andrea, que como a la menor de sus hijas la tuvo siempre en su lecho, no bien la veía dormida, la descubría para verla mejor; le apartaba los cabellos de la frente y se los alzaba por detrás para mirarle el cuello, le tomaba las manos, como podía tomar dos tórtolas, y se las besaba cuidadosamente; le acariciaba los pies, y se los cubría a lentos besos.

Alfombra hubiera querido ser doña Andrea, para que su hija no se lastimase nunca los pies, y para que anduviese sobre ella. Alfombra, cinta para su cuello, agua, aire, todo lo que ella tocase y necesitase para vivir, como si no tuviese otras hijas, quería ser para ella doña Andrea. Solía Leonor despertarse cuando su madre estaba contemplándola de esta manera; y entreabriendo dichosamente los ojos amantes y atrayéndola a sí con sus brazos, se dormía otra vez, con la cabeza de su madre entre ellos; de su madre que apenas dormía.

¡Cómo no padecería la pobre señora cuando la directora del colegio, estando ya Leonor en sus trece años, la vino a ver, como quien hace un gran servicio, y en verdad para el porvenir de Leonor lo era, para que

lo permitiese retener a Leonor en el colegio como alumna interna! En el primer instante, doña Andrea se sintió caer al suelo, y, sin palabras, se quedó mirando a la directora fijamente, como a una enemiga. De pensarlo no más, ya le pareció que le habían sacado el corazón del pecho.

Balbuceó las gracias. La directora entendió que aceptaba.

--Leonor, doña Andrea, está destinada por su hermosura a llamar la atención de una manera extraordinaria. Es niña todavía, y ya ve usted cómo anda por la ciudad la fama de su belleza. Usted comprende que a mí me es más costoso tenerla en el colegio como a interna; pero creo de mi deber, por cariño a usted y al señor don Manuel, acabar mi obra.

Y la madre parecía que quería adelantar una objeción; y la mujer hermosa, que en realidad, en fuerza de la plácida bondad de Leonor, había concebido por ella un tierno afecto, decía precipitadamente estas buenas razones, que la madre veía lucir delante de sí, como puñales encendidos.

--Porque usted ve, doña Andrea, que la posición de Leonor en el mundo, va a ser sumamente delicada. La situación a que están ustedes reducidas las obliga a vivir apartadas de la sociedad, y en una esfera en que, por su misma distinción natural y por la educación que está recibiendo, no

puede encontrar marido proporcionado para ella. Acabando de educarse en mi colegio como interna, se rozará mucho más, en estos tres años, con las niñas más elegantes y ricas de la ciudad, que se harán sus amigas íntimas; yo misma iré cuidando especialmente de favorecer aquellas amistades que le puedan convenir más cuando salga al mundo, y le ayuden a mantenerse en una esfera a que de otro modo, sin más que su belleza, en la posición en que ustedes están, no podría llegar nunca. Hermosa e inteligente como es, y moviéndose en buenos círculos, será mucho más fácil que inspire el respeto de jóvenes que de otro modo la perseguirían sin respetarla, y encuentre acaso entre ellos el marido que la haga venturosa. ¡Me espanta, doña Andrea--dijo la directora que observaba el efecto de sus palabras en la pobre madre--, me espanta pensar en la suerte que correría Leonor, tan hermosa como va a ser, en el desamparo en que tienen ustedes que vivir, sobre todo si llegase usted a faltarle! Piense usted en que necesitamos protegerla de su misma hermosura.

Y la directora, ya apiadada del gran dolor reflejado en las facciones de doña Andrea, que no tenía fuerzas para abrir los labios, ya deseosa de alcanzar con halagos su anhelo, había tomado las manos de doña Andrea, y se las acariciaba bondadosamente.

Entró Leonor en este instante, y en el punto de verla, fue como si los torrentes de llanto apretados por la agonía se sali

esen al fin de sus
ojos; no dijo palabras, sino inolvidables sollozos;
y se lanzó al
encuentro de su hija, y se abrazó con ella estrechí-
simamente.

--Yo no iré, mamá, yo no iré--le decía Leonor al oír-
do--, sin que lo oyese
la directora; aunque ya Leonor le había dicho a est-
a que, si quería doña
Andrea, ella quería ir.

A los pocos momentos doña Andrea, pálida, sentada y
a junto a Leonor, a
quien tenía de la mano, pudo por fin hablar. ¡Porqu-
e era ceder a cuanto
le quedaba de don Manuel, a aquellas noches querida-
s suyas de silencio,
en que su alma, a solas con su amargura y con su ni-
ña, recordaba y
vivía; porque conforme se había ido apartando de to-
do, en sus hijas, y
en Leonor, como un símbolo de todas ellas, se había
refugiado, con la
tenacidad de las almas sencillas que no tienen fuer-
za más que para amor;
porque dar a Leonor era como dar todas las luces y
todas las rosas de la
vida!

Por fin pudo hablar, y con una voz opaca y baja, co-
mo de quien habla de
muy lejos, dijo:

--Bueno, señora, bueno. Y Dios le pagará su buena i-
ntención. Leonor se
quedará en el colegio.

Y ya hemos visto en los comienzos de esta historia
que estaba Leonor a
punto de salir de él.

*

*

*

*

*

Capítulo III

¿De qué ha de estar hablando toda la ciudad, sino de
el Sol del Valle? Era
como la mañana que sigue al día en que se ha revela-
do un orador
poderoso. Era como el amanecer de un drama nuevo. E-
ra esa conmoción
inevitable que, a pesar de su vulgaridad ingénita,
experimentan los
hombres cuando aparece súbitamente ante ellos algun-
a cualidad suprema.
Después se coligan todos, en silencio primero, abie-
rtamente luego, y dan
sobre lo que admiraron. Se irritan de haber sido so-
prendidos. Se
encolerizan sordamente, por ver en otro la condició-
n que no poseen. Y
mientras más inteligencia tengan para comprender su
importancia, más la
abominan, y al infeliz que la alberga. Al principio
, por no parecer
envidiosos, hacen como que la acatan: y, como que e-
s de fuertes no
temer, ponen un empeño desmedido en alabar al mismo
a quien envidian,
pero poco a poco, y sin decirse nada, reunidos por
el encono común, van
agrupándose, cuchicheando, haciéndose revelaciones.
Se ha exagerado.
Bien mirado, no es lo que se decía. Ya se ha visto
eso mismo. Esos ojos
no deben ser suyos. De seguro que se recorta la boc-
a con carmín. La
línea de la espalda no es bastante pura. No, no es
bastante pura. Parece

como que hay una verruga en la espalda. No es verruga, es lobanillo. No es lobanillo, es joroba. Y acaba la gente por tener la joroba en los ojos, de tal modo que llega de veras a verla en la espalda, ¡porque la lleva en sí! Ea; eso es fijo: los hombres no perdonan jamás a aquellos a quienes se han visto obligados a admirar.

Pero allá, en un rincón del pecho, duerme como un portero soñoliento la necesidad de la grandeza. Es fama que, para dar al champaña su fragancia, destilan en cada botella, por un procedimiento desconocido, tres gotas de un licor misterioso. Así la necesidad de la grandeza, como esas tres gotas exquisitas, está en el fondo del alma. Duerme como si nunca hubiese de despertar, ¡oh, suele dormir mucho! ¡oh, hay almas en que el portero no despierta nunca! Tiene el sueño pesado, en cosas de grandeza, y sobre todo en estos tiempos, el alma humana. Mil duendecillos, de figuras repugnantes, manos de araña, vientre hinchado, boca encendida, de doble hilera de dientes, ojos redondos y libidinosos, giran constantemente alrededor de portero dormido, y le echan en los oídos jugo de adormideras, y se lo dan a respirar, y se lo untan en las sienes, y con pinceles muy delicados le humedecen las palmas de las manos, y se les encucillan sobre las piernas, y se sientan sobre el respaldo del sillón, mirando hostilmente a todos lados, para que nadie se acerque a despertar al portero: ¡mucho suele dormir la grandeza en el

alma humana! Pero cuando despierta, y abre los brazos, al primer movimiento pone en fuga a la banda de duendecillos de vientre hinchado. Y el alma entonces se esfuerza en ser noble, avergonzada de tanto tiempo de no haberlo sido. Solo que los duendecillos están escondidos detrás de las puertas, y cuando les vuelve a picar el hambre, porque se han jurado comerse al portero poco a poco, empiezan a dejar escapar otra vez el aroma de las adormideras, que a manera de cendales espesos va turbando los ojos y velando la frente del portero vencido; y no ha pasado mucho tiempo desde que puso a los duendes en fuga, cuando ya vuelven estos en confusión, se descuelgan de las ventanas, se dejan caer por las hojas de las puertas, salen de bajo las losas descompuestas del piso, y abriendo las grandes bocas en una risa que no suena, se le suben agilísimamente por las piernas y brazos, y uno se le para en un hombro, y otro se le sienta en un brazo, y todos agitan en alto, con un ruido de rata que roe, las adormideras. Tal es el sueño del alma humana.

¿De qué ha de estar hablando toda la ciudad, sino de Sol del Valle?

De ella, porque hablan de la fiesta de anoche: de ella, porque la fiesta alcanzó inesperadamente, a influjo de aquella niña ayer desconocida, una elevación y entusiasmo que ni los mismos que contribuyeron a ello volverían a alcanzar jamás. Tal como suelen los astros juntarse en el

cielo, ¡ay! para chocar y deshacerse casi siempre,
así, con no mejor
destino, suelen encontrarse en la tierra, como se e
ncontraron anoche, el
genio, y ese otro genio, la hermosura.

* * * * *

De fama singular había venido precedido a la ciudad
el pianista húngaro
Keleffy. Rico de nacimiento, y enriquecido aun más
por su arte, no
viajaba, como otros, en busca de fortuna. Viajaba p
orque estaba lleno de
águilas, que le comían el cuerpo, y querían espacio
ancho, y se ahogaban
en la prisión de la ciudad. Viajaba porque casó con
una mujer a quien
creyó amar, y la halló luego como una copa sorda, e
n que las armonías de
su alma no encontraban eco, de lo que le vino postr
ación tan grande que
ni fuerzas tenía aquel músico-atleta, para mover la
s manos sobre el
piano: hasta que lo tomó un amigo leal del brazo, y
le dijo «Cúrate», y
lo llevó a un bosque, y lo trajo luego al mar, cuya
s músicas se le
entraron por el alma medio muerta, se quedaron en e
lla, sentadas y con
la cabeza alta, como leones que husmean el desierto
, y salieron al fin
de nuevo al mundo en unas fantasías arrebatadas que
en el barco que lo
llevaba por los mares improvisaba Keleffy, las que
eran tales, que si se
cerraban los ojos cuando se las oía, parecía que se
levantaban por el
aire, agrandándose conforme subían, unas estrellas
muy radiosas, sobre
un cielo de un negro hondo y temible, y otras veces
, como que en las

nubes de colores ligeros iban dibujándose unas como
guirnalda de flores
silvestres, de un azul muy puro, de que colgaban un
os cestos de luz:
¿qué es la música sino la compañera y guía del espí
ritu en su viaje por
los espacios? Los que tienen ojos en el alma, han v
isto eso que hacían
ver las fantasías que en el mar improvisaba Keleffy
: otros hay, que no
ven, por lo que niegan muy orondos que lo que ellos
no han visto, otros
lo vean. Es seguro que un topo no ha podido jamás c
oncebir un águila.

Keleffy viajaba por América, porque le habían dicho
que en nuestro cielo
del Sur lucen los astros como no lucen en ninguna o
tra parte del cielo,
y porque le hablaban de unas flores nuestras, grand
es como cabeza de
mujer y blancas como la leche, que crecen en los pa
íses del Atlántico, y
de unas anchas hojas que se crían en nuestra costa
exuberante, y
arrancan de la madre tierra y se tienden voluptuosa
mente sobre ella,
como los brazos de una divinidad vestida de esmeral
das, que llamasen,
perennemente abiertas, a los que no tienen miedo de
amar los misterios y
las diosas.

Y aquel dolor de vivir sin cariño, y sin derecho pa
ra inspirarlo ni
aceptarlo, puesto que estaba ligado a una mujer a q
uien no amaba; aquel
dolor que no dormía, ni tenía paces, ni le quería s
alir del pecho, y le
tenía la fantasía como apretada por serpientes, lo
que daba a todo su
música un aire de combate y tortura que solía priva

rla del equilibrio y
proporción armoniosa que las obras durables de arte
necesitan; aquel
dolor, en un espíritu hermoso que, en la especie de
peste amatoria que
está enllagando el mundo en los pueblos antiguos, h
abía salvado, como
una paloma herida, un apego ardentísimo a lo casto;
aquel dolor, que a
veces con las manos crispadas se buscaba el triste
músico por sobre el
corazón, como para arrancárselo de raíz, aunque se
tuviera que arrancar
el corazón con él; aquel dolor no le dejaba punto d
e reposo, le hacía
parecer a las veces extravagante y huraño, y aunque
por la suavidad de
su mirada y el ardor de su discurso se atrajese des
de el primer
instante, como un domador de oficio, la voluntad de
los que le veían,
poco a poco sentía él que en aquellos afectos iba e
ntrando la sorda
hostilidad con que los espíritus comunes persiguen
a los hombres de alma
superior, y aquella especie de miedo, si no de terr
or, con que los
hombres, famélicos de goces, huyen, como de un apes
tado, de quien, bajo
la pesadumbre de un infortunio, ni sabe dar alegrías
s, ni tiene el ánimo
dispuesto a compartirlas.

* * * * *

Ya en la ciudad de nuestro cuento, cuya gente acomo
dada había ido toda,
y en más de una ocasión, de viaje por Europa, donde
apenas había casa
sin piano, y, lo que es mejor, sin quien tocase en
él con natural buen
gusto, tenía Keleffy numerosos y ardientes amigos;

tanto entre los músicos sesudos, por el arte exquisito de sus composiciones, como entre la gente joven y sensible, por la melodiosa tristeza de sus romanzas. De modo que cuando se supo que Keleffy venía, y no como un artista que se exhibe sino como un hombre que padece, determinó la sociedad elegante recibirle con una hermosísima fiesta, que quisieron fuese como la más bella que se hubiera visto en la ciudad, ya porque del talento de Keleffy se decían maravillas, ya porque esta buena ciudad de nuestro cuento no quería ser menos que otras de América, donde el pianista había sido ruidosamente agasajado.

En la «casa de mármol» dispusieron que se celebrase la gran fiesta: con un tapiz rojo cubrieron las anchas escaleras; los rincones, ya en las salas, ya en los patios, los llenaron de palmas; en cada descanso de la escalera central había un enorme vaso chino lleno de plantas de camelia en flor; todo un saloncito, el de recibir, fue colgado de seda amarilla; de higares ocultos por cortinas venía un ruido de fuentes. Cuando se entraba en el salón, en aquella noche fresca de la primavera, con todos los balcones abiertos a la noche, con tanta hermosa mujer vestida de telas ligeras de colores suaves, con tanto abanico de plumas, muy de moda entonces, moviéndose pausadamente, y con aquel vago rumor de fiesta que comienza, parecía que se entraba en un enorme cesto de alas. La tapa del piano, levantado para dar mayor sonoridad a las

notas, parecía, como
dominándolas a todas, una gran ala negra.

Keleffy, que discernía la suma de verdadero afecto
mezclada en aquella
fiesta de la curiosidad y sentía desde su llegada a
América como si
constantemente estuviesen encendidos en su alma dos
grandes ojos negros;
Keleffy a quien fue dulce no hallar casa, donde sus
últimos dolores,
vaciados en sus romanzas y nocturnos, no hubiesen e
ncontrado manos
tiernas y amigas, que se las devolvían a sus propio
s oídos como
atenuados y en camino de consuelo, porque «en Europ
a se toca--decía
Keleffy--, pero aquí se acaricia el piano»; Keleffy
, que no notaba
desacuerdo entre el casto modo con que quería él su
magnífico arte, y
aquella fiesta discreta y generosa, en que se sentí
a el concurso como
penetrado de respeto, en la esfera inquieta y delei
tosa de lo
extraordinario; Keleffy, aunque de una manera apesa
rada y melancólica, y
más de quien se aleja que de quien llega, tocó en e
l piano de madera
negra, que bajo sus manos parecía a veces salterio,
flauta a veces, y a
veces órgano, algunas de sus delicadas composicione
s, no aquellas en que
se hubiera dicho que el mar subía en montes y caía
roto en cristales, o
que braceaba un hombre con un toro, y le hendía el
testuz, y le doblaba
las piernas, y lo echaba por tierra, sino aquellas
otras flexibles
fantasías que, a tener color, hubieran sido pálidas
, y a ser cosas
visibles, hubiesen parecido un paisaje de crepúscul

O.

* * * * *

En esto, se oyó en todo el salón un rumor súbito, semejante al que en días de fiestas nacionales se oye en la muchedumbre de las plazas cuando rompe en un ramo de estrellas en el aire un fuego de arteificio. ¡Ya se sabía que en el Instituto de la Merced había una niña muy bella! que era Sol del Valle; ¡pero no se sabía que era tan bella! Y fue al piano; porque ella era la discípula querida del Instituto y ninguna como ella entendía aquella plegaria de Keleffy, «¡Oh, madre mía», y la tocó, trémula al principio, olvidada después en su música y por esto más bella; y cuando se levantó del piano, el rumor fue de asombro ante la hermosura de la niña, no ante el talento de la pianista, no común por otra parte; y Keleffy la miraba, como si con ella se fuese ya una parte de él; y, al verla andar, la concurrencia aplaudía, como si la música no hubiera cesado, o como si se sintiese favorecida por la visita de un ser de esferas superiores, u orgullosa de ser gente humana, cuando había entre los seres humanos tan grande hermosura.

¿Cómo era? ¡Quién lo supo mejor que Keleffy! La miró, la miró con ojos desesperados y avarientos. Era como una copa de nácar, en quien nadie hubiese aun puesto los labios. Tenía esa hermosura de la aurora, que arroba y ennoblece. Una palma de luz era. Keleffy no la hablaba, sino la

veía. La niña, cuando se sentó al lado de la directora, casi rompió en lágrimas. La revelación, la primera sensación del propio poder, lisonjea y asusta. Se tuvo miedo la niña, y aunque muy contenta de sí, halagada por aquel rumor como si le rozasen la frente con muy blandas plumas, se sintió sola y en riesgo, y buscó con los ojos, en una mirada de angustia a doña Andrea, ¡ay! a doña Andrea que, conforme iban pasando los años, se hundía en sí misma, para ver mejor a don Manuel, de tal manera que ya, si sonreía siempre, apenas hablaba. Se conversaba apresuradamente. Todos los ojos estaban sobre ella. ¿Quién es? ¿Quién es? Las mujeres no la celebraban, se erguían en sus asientos para verla; movían rápidamente el abanico, cuchicheaban a su sombra con su compañera; se volvían a mirarla otra vez. Los hombres, sentían en sí como una rienda rota; y algunos, como un ala. Hablaban con desusada animación. Se juntaban en corrillos. La median con los ojos. Ya la veían de su brazo ostentándola en el salón, y le estrechaban el talle en el baile ardiente y atrevido; ya meditaban la frase encomiástica con que habían deseado deslumbrar al ser presentados a ella. «¿Conque esa es Sol del Valle?» . «¿En qué casas visita?». «¿Va a casa de Lucía Jerez?». «Juan Jerez es amigo de la señora». «Allí está Juan Jerez; que nos presente». «Yo soy amigo de la directora: vamos». «¿Quién nos presentará a ella?». ¡Pobre niña! Su alcoba no la vio nunca como la dejaron aquellos curiosos. No es para la

mayor parte de los hombres una obra santa, y una copa de espíritu la hermosura; sino una manzana apetitosa. Si hubiera un lente que permitiese a las mujeres ver, tales como les pasean por el cráneo los pensamientos de los hombres, y lo que les anda en el corazón, los querrían mucho menos.

Pero no era un hombre, no, el que con más insistencia, y un cierto encono mezclado ya de amor, miraba a Sol del Valle, y con dificultad contenía el llanto que se le venía a mares a los ojos, abiertos, en los que se movían los párpados apenas. La conocía en aquel momento, y ya la amaba y la odiaba. La quería como a una hermana; ¡qué misterios de estas naturalezas bravías e iracundas! y la odiaba con un aborrecimiento irresistible y trágico. Y cuando un caballero apuesto y cortés, que saludaba mucha gente a su paso, se acercó, por lo mismo que vivía en esfera social más alta, más que a saludar, a proteger a Sol del Valle, cuando Juan Jerez llegó al fin al lado de la niña, y Lucía Jerez, que era quien de aquella manera la miraba, los vio juntos, cerró los ojos, inclinó la cabeza sobre el hombro como quien se muere; se le puso todo el rostro amarillo; y solo al cabo de algún tiempo, al influjo del aire que agitaban sus compañeras con los abanicos, volvió a abrir los ojos, que parecían turbios, como si hubiera cruzado por su pensamiento un ave negra.

Y Keleffy en aquellos instantes tenía subyugada y m
uda a la
concurrancia. Allí sus esperanzas puras de otros ti
empos; sus agonías de
esposo triste; el desorden de una mente que se esca
pa; el mar sereno
luego; la flora toda americana, ardiente y rica; el
encogimiento sombrío
del alma infeliz ante la naturaleza hermosa; una co
mo invasión de luz
que encendiese la atmósfera, y penetrase por los ri
ncones más negros de
la tierra, y a través de las ondas de la mar, a sus
cuevas de azul y
corales; una como águila herida, con una llaga en e
l pecho que parecía
una rosa, huyendo, a grandes golpes de ala, cielo a
rriba, con gritos
desesperados y estridentes. Así, como un espíritu q
ue se despide, tocó
Keleffy el piano. Jamás pudo tanto, ni nadie le oyó
así segunda vez.
Para Sol era aquella fantasía; para Sol, a quien ni
volvería a ver
nunca, ni dejaría de ver jamás. Solo los que persig
uen en vano la
pureza, saben lo que regocija y exalta el hallarla.
Solo los que mueren
de amor a la hermosura entienden cómo, sin vil pens
amiento, ya a punto
de decir adiós para siempre a la ciudad amiga, tocó
aquella noche en el
piano Keleffy. Pero tocó de tal manera que, aun par
a la gente inculta,
es todavía aquel un momento inolvidable. «Nos lleva
ba como un
triunfador», decía un cronista al día siguiente, «s
ujetos a su carro.
¿Adónde íbamos? nadie lo sabía. Ya era un rayo que
daba sobre un monte,
como el acero de un gigante sobre el castillo donde
supone a su dama

encantada; ya un león con alas, que iba de nube en
nube; ya un sol
virgen que de un bosque temido, como de un nido de
serpientes, se
levanta; ya un recodo de selva nunca vista, donde l
os árboles no tenían
hojas, sino flores; ya un pino colosal que, con est
ruendo de gemidos, se
quebraba; era una grande alma que se abría. Mucho s
e había hecho admirar
el apasionado húngaro en el comienzo de la fiesta;
mas, aquella
arrebatadora fantasía, aquel desborde de notas; ora
plañideras, ora
terribles, que parecían la historia de una vida, aq
uella, que fue su
última pieza de la noche, porque nadie después de e
lla osó pedirle más,
vino tan inmediatamente después de la aparición de
la señorita Sol del
Valle, orgullo desde hoy de la ciudad que todos rec
onocimos en la
improvisación maravillosa del pianista el influjo q
ue en él, como en
cuantos anoche la vieron, con su vestido blanco y s
u aureola de
inocencia, ejerció la pasmosa hermosura de la niña.
Nace bien esta
beldad extraordinaria, con el genio a sus plantas».

* * * * *

Dos amigas están sentadas a la sombra de la magnoli
a, nuestra antigua
conocida. En un sillón está sentada Lucía. Otras si
llas de mimbre
esperan a sus dueñas, que andan preparando dulces p
or los adentros de la
casa, o con Ana, que no está bien hoy. Está muy pál
ida. No se espera
gente de afuera aquella tarde; Juan Jerez no está e

n la ciudad: fue el
viernes a defender en el tribunal de un pueblo veci
no los derechos de
unos indios a sus tierras, y aun no ha vuelto. Lucí
a hubiera estado más
triste, si no hubiera tenido a su amiga a su lado.
Juan no puede venir.
Ferrocarril no hay hoy. A caballo, es muy lejos. A
los pies de Lucía, en
una banqueta, con los brazos cruzados sobre las rod
illas de la niña,
¿quién es la que está sentada, y la mira con largas
miradas, que se
entran por el alma como reinas hermosas que van a b
uscar en ella su
apósito, y a quedarse en ella; y la deja jugar con
su cabeza, cuya
cabellera castaña destrenza y revuelve, y alisa lue
go hacia arriba con
mucho cuidado, de modo que se le vea el noble cuell
o? A los pies de
Lucía está Sol del Valle.

* * * * *

Desde la noche de la fiesta de Keleffy, Lucía y Sol
se han visto muchas
veces. ¿De conocerla, cómo había de librarse, en es
tas ciudades nuestras
en que todo el mundo se conoce? Aquella misma noche
, y no fue Juan por
cierto, Lucía, muy adulada por la directora del Ins
tituto de la Merced,
de donde había salido tres años antes, se vio en br
azos de Sol, que la
miraba llena de esperanza y ternura. Se levantó la
directora y llevó a
Sol de la mano a donde Lucía estaba, taciturna. Las
vio venir, y se echó
atrás.

--¡Vienen a mí, a mí!--se dijo.

--Lucía, aquí te traigo una amiga, para que te la pongas en el corazón, y me la cuides como cosa de tu casa. En tus manos la puedo dejar: tú no eres envidiosa.

Y a Sol se le encendía el rostro, sin saber qué decir, y a Lucía se le desvanecía el color, buscando en balde fuerzas con que mover la mano y abrir los labios en una sonrisa.

--Pero esto no ha de ser así, no.

Y la directora puso el brazo de Sol en el de Lucía, y acompañadas de miradas celosas, se refugió por algunos momentos con ellas en un balcón, cuya baranda de granito estaba oculta bajo una enredadera florecida de rosas salomónicas. El balcón era grande y solemne; la noche, ya muy entrada, y el cielo, cariñoso y locuaz, como se pone en nuestros países cuando el aire está claro, y parece como que platican y se hacen visitas las estrellas.

--Y ante todo, Lucía y Sol, dense un beso.

--Mira, Lucía--dijo la directora juntando en sus manos las de las niñas y hablando como si no estuviese Sol con ellas, quien se sentía las mejillas ardientes, y el pecho apretado con lo que la maestra iba diciendo, tanto, que por un instante vio el cielo todo negro, y como que desde su casita la estaba llamando doña Andrea--. Mira, Lucía, tú sabes cómo entra en la vida Sol del Valle, como lo sabe t

odo el mundo. Su
padre se ha muerto. Su madre está en la mayor pobre
za. Yo, que la quiero
como a una hija, he procurado educarla para que se
salve del peligro de
ser hermosa siendo tan pobre.

Sintió Lucía en aquel instante como si la mano de Sol le temblase en la
suya, y hubiese hecho un movimiento por retirarla y
ponerse en pie.

--Señora....

--No, no, Lucía. La que va a ser mujer de Juan Jerez....

La sombra de una de las cortinas de la enredadera,
que flotaba al
influjo del aire, escondió en este instante el rostro de Sol.

--... merece que yo ponga en sus manos, para que me
la enseñe al mundo a
su lado y me la proteja, la joya de la casa con que
ha sido Juan Jerez
tan bueno.

Aquí la cortina flotante de la enredadera cubrió con su sombra el rostro
de Lucía.

--Juan....

--Juan ha sido muy bueno--dijo como con cierta prisa voluntaria la
directora--. Él apenas conoce a Sol, porque ha ido muy poco a casa de
doña Andrea; pero como es tan generoso, se alegrará de que tú ampares a
esta niña, con el respeto de tu casa, de los que, porque la verán

desvalida....

Más blanco que su vestido pudo verse en este momento, el rostro de Sol.

--... querrán faltarle al respeto. Ya Sol ha acabado su colegio; pero para que mi obra no quede incompleta, voy a dejarla en él como profesora, y así ayudará a su madre a llevar los gastos de la casa, y le hemos tomado ya a doña Andrea una casita mejor, cerca del Instituto. Yo espero--añadió la señora gravemente, y como si las estrellas no estuviesen brillando en el cielo--, que Sol será una buena maestra. Yo, Lucía, no podré llevarla a todas partes, porque ya he dejado de ser joven, y los cuidados del colegio me lo impiden; pero quiero que tú hagas mis veces, y ya lo sabes--dijo con una ligera emoción en la voz dando un beso en la mejilla de Lucía--, cuídamela. Que sientan que el que no pueda llegar hasta ti, no puede llegar hasta ella. Cuando haya una fiesta, llévala. Ella se vestirá siempre linda, porque yo la he enseñado a hacérselo todo y es maestra en coser. Convidala a tu casa, para que nadie tenga reparo en convidarla a la suya: que el que entra en tu casa puede entrar en todas partes. Sol es tan bonita como agradecida.

--Sí, sí, señora--interrumpió Lucía que en sus mejillas propias estaba sintiendo la palidez de las de Sol--. Yo la llevaré conmigo. Yo sí, yo sí, ahora mismo la presentaré a todas mis amigas. Iremos juntas la

Semana Santa. No me digas que no, Sol. Iremos al teatro siempre juntas.

Y el cariño le iba creciendo con las palabras, que decía amontonadamente, como si tuviese prisa por olvidarse de algo, o quisiese vengarse de sí misma.

--Bueno, vamos entonces, que yo veo que la gente cuchichea porque estamos
cuchicheando tanto tiempo. Vamos.

Sol no hablaba. Lucía, como que quería defenderla de la directora, que entraba ya en el salón con su paso pomposo.

--Enseguida, señora, enseguida. Entre usted y detrás vamos nosotras. Voy a coger dos rosas de esta enredadera: esta para Sol --y se la prendió con mucha ternura, mirándola amorosamente en los ojos-- ; esta, que es la menos bonita, para mí.

--¡Oh, usted es tan buena!

--¿Usted? No, Sol, yo soy tu hermana. No hagas caso de lo que dice la directora. Yo te querré siempre como una hermana--y abrió los brazos, y apretó en ellos a Sol, a la que llevaba sin miedo, prestísimamente.

--¡Oh!--dijo Sol de pronto ahogando un grito. Y se llevó la mano al seno, y la sacó con la punta de los dedos roja. Era que al abrazarla Lucía, se le clavó en el seno una espina de la rosa.

Con su propio pañuelo secó Lucía la sangre, y de brazo las dos entraron

en la sala. Lucía también estaba hermosa.

* * * * *

--¿Cómo entenderte, Lucía?--decía Juan a su prima u
nos quince días después
de la noche de la fiesta, con una intención severa
en las palabras que
él con Lucía nunca había usado--. Desde hace unos q
uince días, espera,
creo que me acuerdo, desde la noche de Keleffy, te
encuentro tan
injusta, que a veces, creo que no me quieres.

--¡Juan! ¡Juan!

--Bueno, Lucía: tú sí me quieres. Pero ¿qué te hago
yo que explique esas
durezas tuyas de carácter, para mí que vengo a ti c
omo viene el sediento
a un vaso de ternuras? Más cariño no puedes desear.
Pensar, yo sí pienso
en todo lo más difícil y atrevido; pero querer, Luc
ía, yo no quiero más
que a ti. Yo he vivido poco; pero tengo miedo de vi
vir y sé lo que es,
porque veo a los vivos. Me parece que todos están m
anchados, y en cuanto
alcanzan a ver un hombre puro empiezan a correrle d
etrás para llenarle
la túnica de manchas. La verdad es que yo, que quie
ro mucho a los
hombres, vivo huyendo de ellos. Siento a veces una
melancolía dolorosa.
¿Qué me falta? La fortuna me ha tratado bien. Mis p
adres me viven. Me es
permitido ser bueno. Y además, te tengo--le dijo to
mándola, cariñosamente
de la mano que Lucía le abandonó como apenada y abs
orta.

--Te tengo, y de ti me vienen, y en ti busco, las f

uerzas frescas que
necesito para que el corazón no se me espante y deb
ilite. Cada vez que
me asomo a los hombres, me echo atrás como si viera
un abismo; pero de
cada vez que vengo a verte, saco un brío para batal
lar y un poder de
perdón que hacen que nada me parezca difícil para q
ue yo lo acometa. No
te rías, Lucía; pero es la verdad. ¿Tú has leído un
os versos de
Longfellow que se llaman «Excelsior»? Un joven, en
una tempestad de
nieve, sube por un puerto pobre, montaña arriba, co
n una bandera en la
mano que dice: «Excelsior». No te sonrías: yo sé qu
e sabes tú latín:
«¡Más alto!». Un anciano le dice que no vaya adelan
te, que el torrente
ruge abajo y la tempestad ¡se viene encima: «¡Más a
lto!». Una joven
linda, ¡no tan linda como tú!, le dice: «Descansa l
a cabeza fatigada en
mi seno». Y al joven se le humedecen los ojos azule
s, pero aparta de sí
a la enamorada y le dice: «¡Más alto!».

--¡Ah no! pero tú no me apartarás a mí de ti. Yo te
quito la bandera de
las manos. Tú te quedas conmigo. ¡Yo soy lo más alt
o!

--No, Lucía: los dos juntos llevaremos la bandera.
Yo te tomo para todo
el viaje. Mira que, como soy bueno, no voy a ser fe
liz. ¡No te me
canses!--y le besó la mano.

Lucía le acariciaba con los ojos la cabeza.

--Y el joven al fin siguió adelante: y los monjes l
o hallaron muerto al

día siguiente, medio sepultado en la nieve; pero con la mano asida a la bandera, que decía: «¡Más alto!». Pues bien, Lucía: cuando no te me pones majadera, cuando no me haces lo que ayer, que me miraste de frente como con odio y te burlaste de mí y de mi bondad, y sin saberlo llegaste hasta dudar de mi honradez, cuando no te me vuelves loca como ayer, me parece cuando salgo de aquí, que me brilla en las manos la bandera. Y veo a todo el mundo pequeño, y a mí como un gigante dichoso. Y siento mayor necesidad, una vehemente necesidad de amar y perdonar a todo el mundo. En la mujer, Lucía, como que es la hermosura mayor que se conoce, creemos los poetas hallar como un perfume natural todas las excelencias del espíritu; por eso los poetas se apegan con tal ardor a las mujeres a quienes aman, sobre todo a la primera a quien quier en de veras, que no es casi nunca la primera a quien han creído querer, por eso cuando creen que algún acto pueril o inconsiderado las desfigura, o imaginan ellos alguna frivolidad o impureza, se ponen fuera de sí, y sienten unos dolores mortales, y tratan a su amante con la indignación con que se trata a los ladrones y a los traidores, porque como en su mente las hicieran depositarias de todas las grandezas y claridades que apetecen, cuando creen ver que no las tienen, les parece que han estado usurpándoles y engañándoles con maldad refinada, y creen que se derrumban como un monte roto, por la tierra, y mueren aunque sigan

viviendo, abrazados a las hojas caídas de su rosa blanca. Los poetas de raza mueren. Los poetas segundones, los tenientes y alféreces; de la poesía, los poetas falsificados, siguen su camino por el mundo besando en venganza cuantos labios se les ofrecen, con los suyos, rojos y húmedos en lo que se ve, ¡pero en lo que no se ve tintos de veneno!

Vamos, Lucía, me estás poniendo hoy muy hablador. Tú ves, no lo puedo evitar. Si me oyeran otras gentes, dirían que era un pedante. Tú no lo dices, ¿verdad? Es que en cuanto estoy algún tiempo cerca de ti, de ti que nadie ha manchado, de ti en quien nadie ha puesto los labios impuros, de ti en quien mido yo como la carne de todas mis ideas y como una almohada de estrellas donde reclino, cuando nadie me ve, la cabeza cansada, estas cosas extrañas, Lucía, me vienen a los labios tan naturalmente que lo falso sería no recordarlas. Por fuera me suelen acusar de que soy rebuscado y exagerado, y tú habrás notado que ya yo hablo muy poco. ¿Qué culpa tengo yo de que sea así mi naturaleza, y de que al influjo de tu cariño enseñe todas sus flores?

Y le besó las dos manos, como pudiera un niño haber besado dos tórtolas.

Así, aunque no parezca cierto, suelen hablar y sentir algunos seres «vivos y efectivos», como dicen las lápidas de los nichos en que están enterrados los oficiales militares muertos en el servicio de la corona

española. Así exactamente, y sin quitar ni poner ápice, era como sentía y hablaba Juan Jerez.

* * * * *

--Tú me perdonas, Juan--dijo Lucía antes de que hubieran pasado algunos momentos, bajos los ojos y la voz, como pecador contrito que pide humildemente la absolución de su pecado--. Juan yo no sé que es, ni sé para qué te quiero, aunque si sé que te quiero por lo mismo que vivo, y que si no te quisiera no viviría. Y mira, Juan, te miento; ahora mismo te estoy mintiendo, yo creo que no sé por qué te quiero, pero debo saberlo muy bien, sin notarlo yo, porque sé por qué pueden quererte los demás. Y como si te conocen, han de quererte como yo te quiero, ¡no me regañes Juan! ¡yo no quisiera que tú conocieses a nadie! ¡Yo te querría mudo, yo te querría ciego: así no me verías más que a mí, que le cerraría el paso a todo el mundo, y estaría siempre ahí, y como dentro de ti, a tus pies donde quisiera estar ahora! ¿Tú me perdonas, Juan? Luego, yo no soy soberbia, y no creo que yo solo soy hermosa: ¡tú dices que yo soy hermosa! yo sé que fuera de mí hay muchas cosas y muchas personas bellas y grandes; yo sé que no están en mí todas las hermosuras de la tierra, y como a ti te caben en el alma todas, y eres tan bueno que te he visto recoger las flores pisadas en las calles y ponerlas con mucho cuidado donde nadie las pise, creo, Juan, que yo no te basto, que

cualquier cosa o persona hermosa, te gustaría tanto como yo, y odio un libro si lo lees, y un amigo si lo vas a ver, y una mujer si dicen que es bella y puedes verla tú. Quisiera reunir yo en mí misma todas las bellezas del mundo, y que nadie más que yo tuviera hermosura alguna sobre la tierra. Porque te quiero, Juan, lo odio todo. Y yo no soy mala, Juan; yo me avergüenzo de eso, y luego me entran remordimientos, y besaría los pies de los que un momento antes quería no ver vivos, y de mi sangre les daría para que viviesen si se muriesen; ¡pero hay instantes, Juan, en que odio a todas las cosas, a todos los hombres y a todas las mujeres! ¡Oh, a todas las mujeres! Cuando no estás a mi lado, y pienso en alguien que pueda agradar tus ojos u ocupar tu pensamiento, créemelo, Juan; ¡ni sé lo que veo, ni sé qué es lo que me posee, pero me das horror, Juan y te aborrezco entonces, y odio tus mismas cualidades, y te las echo en cara, como ayer, para ver si llegas tú a odiarlas, y a no ser tan bueno, y si así no te quieren! Eso es, Juan, no es más que eso. A veces, y te lo diré a ti solo, sufro tanto que me tiendo en el suelo en mi cuarto, cuando no me ven, como una muerta. Necesito sentir en las sienes mucho tiempo el frío del mármol. Me levanto, como si estuviera por dentro toda despedazada. Me muero de una envidia enorme por todo lo que tú puedas querer y lo que pueda queerte. Yo no sé si eso es malo, Juan: ¿tú me perdonas?

La magnolia, nuestra antigua conocida oyó, a las últimas luces de la tarde, el final de esta conversación congojosa.

* * * * *

Lindo es el montecito que domina por el Este a la ciudad, donde a brazo partido lucharon antaño, macana contra lanza y carne contra hierro, el jefe de los indios y el jefe de los castellanos, y de barranco en barranco abrazados, matándose y admirándose iban cayendo, hasta que al fin, ya exhausto, e hiriéndose con su propia macana la cabeza, cayó el indio a los pies del español, que se levantó la visera, dejando ver el rostro bañado en sangre, y besó al indio muerto en la mano. Luego, como que era recio de subir, le escogieron para sus penitencias los devotos, y es fama que por su falda pedregosa subían de rodillas en lo más fuerte del sol, los penitentes, contando el rosario.

Vinieron gentes nuevas, y como que el monte es corto y de forma bella, y desde él se ve a la ciudad, con sus casas bajas, de patios de arbolado, como una gran cesta de esmeraldas y ópalos, limpiar on de piedras y yerbajos la tierra que, bien abonada, no resultó ingrata; y de la mejor parte del monte hicieron un jardín que entre los pueblos de América no tiene rival, puesto que no es uno de esos jardinuelos de flores enclenques, y arbustos podados, con trocitos de césped entre enverjados de alambre, que más que cosa alguna dan idea de esclavitud y artificio,

y de los que con desagrado se aparta la gente buena y discreta; sino uno como bosque de nuestras tierras, con nuestras propias y grandes flores y nuestros árboles frutales, dispuestos con tal arte que están allí con gracia y abandono, y en grupos irregulares y como poco cuidados, de tal manera que no parece que aquellos bambúes, plátanos y naranjos han sido llevados allí por las manos de jardinero, ni aquellos lirios de agua, puestos como en montón que bordan el estrecho arroyo cargado de aguas secas, fueron allí trasplantados como en realidad fueron: antes bien, parece que todo aquello floreció allí de suyo y con libre albedrío, de modo que allí el alma se goza y comunica sin temor, y no bien hay en la ciudad una persona feliz, ya necesita ir a decírselo al montecito que nunca se ve solo, ni de día ni de noche.

Por allí, en la tarde en que vamos caminando, halló Pedro Real razón para encontrarse a caballo, el cual dejó en la cumbre, mientras que, golpeándose con el latiguillo los botines, se perdía, sin recordar el cuadro de Ana, por la calle de los lirios. Por allí, y sin saber por cierto que Pedro andaba cerca, acababa Adela, con tres amigas suyas, que estrenaban unos sombreros de paja crema adornados con lilas, de bajar del carruaje, que en la cumbre, con los caballos, esperaba. Por allí, sin que lo supiese Adela tampoco, aunque sí lo sabía a Pedro, andaban lentamente, con las dos niñas menores, Sol y doña Andrea: doña Andrea,

que desde que el colegio le devolvió a su Sol y podía a su sabor recrear los ojos, con cierto pesar de verle el alma un poco blanda y perezosa, en aquella niña suya de «cutis tan trasparente--decía ella--como una nube que vi una vez, en París, en un medio punto de Murillo», andaba siempre hablando consigo en voz baja, como si rezase; y otras regañaba por todo, ella que no regañaba antes jamás, pues lo que quería en realidad, sin atreverse, era regañar a Sol, de quien se encendía en celos y en miedos, cada vez que oía preparativos de fiesta o de paseo, que por cierto no eran muchos, pero sobrados ya para que temiese con justicia doña Andrea por su tesoro. Ni con el mayor bienestar que con el sueldo de Sol en el colegio había entrado en la casa, se contentaba doña Andrea; y a veces se dio la gran injusticia de que aquella hermosura que ella tanto mimaba, y que desde la infancia de la niña cuidaba ella y favorecía, se la echase en cara como un pecado, que le llevó un día a prorrumpir en este curiosísimo despropósito, que a algunas personas pareció tan gracioso como cuerdo: «Si Manuel viviera, tú no serías tan hermosa». Enojábase, doña Andrea, cuando oía, allá por la hora en que Sol volvía con una criada anciana del colegio, la pisada atrevida del caballo de cierto caballero que ella muy especialmente aborrecía; y si Sol hubiese mostrado, que nunca lo mostró, deseos de ver la arrogante cabalgadura, fuera de una vez que se asomó sonriendo y no descontenta, a verla pasar

detrás de sus persianas, es seguro que por allí hubieran encontrado salida las amarguras de doña Andrea, que miraba a aquel gallardísimo galán, a Pedro Real, como a abominable enemigo. Ni a galán alguno hubiera soportado doña Andrea, cuyos pesares aumentaba la certidumbre de que aquel que ella hubiera querido por tenerlo muy en el alma, que poseyese a su Sol, no sería de Sol nunca, por lo alto que estaba, y porque era ya de otra. Mas aquella mansísima señora se estremecía cuando pensaba que, por parecer proporcionados en la gran hermosura externa, pudiesen algún día acercarse en amores aquel catador de labios encendidos y aquella copa de vino nuevo. Sentía fuerzas viriles doña Andrea, y determinación de emplearlas, cada vez que el caballo de Pedro Real piafaba sobre los adoquines de la calle. ¡Como si los cuerpos enseñasen el alma que llevan dentro! Una vez, en una habitación recamada de nácar, se encontró refugiado a un bandido. Da horror asomarse a muchos hombres inteligentes y bellos. Se sale huyendo, como de una madriguera. Y ya se sabía por toda la ciudad, con envidia de muchas locuelas, que tras de Sol del Valle había echado Pedro Real todos sus deseos, sus ojos melodiosos, su varonil figura, sus caballos caracoleadores, sus ímpetus de enamorado de leyenda. Y lo despótico de la afición se le conocía en que, bruscamente, y como si no hubiera estado perturbando con vislumbres de amor sus almas nuevas, cesó de

decir gallardías, a afectar desdenes a aquellas que más de cerca le tuvieron desde su llegada de París, ya porque de público se las señalase como las conquistas más apetecidas, ya porque lo picante de su trato le diese fácil ocasión para aquellas conversaciones salpimentadas que son muy de uso entre aquellos de nuestros caballeros jóvenes que han visto tierras, y suplen con lo atrevido del discurso la escasez de la gracia y el intelecto. La conversación con las damas ha de ser de plata fina, y trabajada en filigrana leve, como la trabajan en Génova y México.

En ser visto donde Sol del Valle había de verlo, ponía Pedro Real el mayor cuidado; en que no se la viera sin que se le viese a él; si al teatro, bajo el palco a que fue Sol, que fue el de la directora, y no más que dos veces, estaba la luneta de Pedro; si en Semana Santa, por donde Sol iba con Lucía y Adela, Pedro, sin piedad por Adela, aparecía. Decirle, nada le había dicho. Ni escribirle. Ni nadie afectaba, al saludarla en público, encogimiento y moderación mayores. Y parecía más arrogante, porque no iba tan pulido. Ni le decía, ni le escribía; pero quería llenarle el aire de él. A la salida del teatro, la segunda noche que fue a él Sol, ofrecía un pequeñuelo de sombrero de pita y pies descalzos un ramo de camelias color de rosa, que eran allí muy apreciadas y caras. Y en el punto en que salió Sol, y con rapidez tal que pareció a todos cosa artística, tomó el ramo Pe

dro Real, lo deshizo de modo que las camelias cayeron al suelo, casi a los pies de Sol, y dijo, como si no quisiera ser oído más que del amigo o que tenía al lado: «Puesto que no es de quien debe ser, que no sea de nadie». Y como la fantasía que la hermosura de Sol arrancó a Keleffy era ya a manera de leyenda en la ciudad, Pedro Real, con tacto y profundidad mayores de los que pudieran suponersele, compró, para que nadie volviese a tocar en él, el piano en que habían tocado aquella noche Sol y Keleffy.

* * * * *

Sonaban por la ciudad alegremente las chirimías, los pifanos y los tambores. Los balcones de la calle de la Victoria eran cestos de rosas, con todas las damas y niñas de la ciudad asomadas a ellos. Por cada bocacalle entraba en la de la Victoria, con su banda de tamborines a la cabeza, una compañía de milicianos. Unos llevaban pantalón blanco de drill, con casaquín de lana perla, cruzado el pecho de anchas correas blancas, con asta plateada. Otros iban de blanco y rojo, blanco el pantalón, la casaca roja. Iban otros más de ciudadanos, y aunque menos brillantes, más viriles: llevaban un pantalón de azul oscuro y uno como gabán corto y justo, cerrado con doble hilera de botones de oro por delante: el sombrero era de fieltro negro de alas anchas, con un delgado cordón de oro, que caía con dos bellotas a la espalda. En las esquinas

iban las compañías tomando puesto. ¡Qué conmovedora
s las banderas rotas!
¡Qué arrogantes, y como sacerdotes, los que las lle
vaban! Parecían altos
aunque no lo fueran. No parecían bien, cerca de aqu
ellos pabellones
desgarrados, los banderines de seda y flores de oro
en que con letras de
realce iban bordados los números de las compañías.
¡Qué correr
desalados, el de los muchachos por las calles! Verd
ad que hasta los
hombres mayores, periódico en mano y bastón al aire
, corrían. A algunos,
se les saltaban las lágrimas. Parecía como que de a
dentro empujaba
alguien a las gentes. Cuando una banda sonaba a dis
tancia, como si
estuviera yéndose, los muchachos, aun los más creci
dos, corrían tras
ella, con la cara angustiada, como si se les fuera
la vida. Y los más
pequeños, cruzando de un lado para otro, mirados de
sde los balcones,
parecían los granos sueltos de un racimo de uvas. L
as nueve serían de la
mañana, y el cielo estaba alegre, como si le pareci
ese bien lo que
sucedió en la tierra. Era el día del año señalado p
ara llevar flores a
las tumbas de los soldados muertos en defensa de la
independencia de la
patria. Entre compañía y compañía, iban carros enor
mes en la procesión,
tirados por caballos blancos, y henchidos de tiesto
s de flores. Allá en
el cementerio había, sobre cada tumba, clavada una
bandera.

¿Qué caballero, de los elegantes de la ciudad, no
estaba aquella
mañana, con un ramo de flores en el ojal, saludando

a las damas y niñas
desde su caballo? Los estudiantes, no, esos no esta
ban por las calles,
aunque en los balcones tenían a sus hermanas y a su
s novias: los
estudiantes estaban en la procesión, vestidos de ne
gro, y entre
admirados y envidiosos de los muertos a quienes iba
n a visitar, porque
estos, al fin, ya habían muerto en defensa de su pa
tria, pero ellos
todavía no: y saludaban a sus hermanas y novias en
los balcones, como si
se despidieran de ellas. Los estudiantes fueron en
masa a honrar a los
muertos. Los estudiantes que son el baluarte de la
Libertad, y su
ejército más firme. Las universidades parecen inúti
les, pero de allí
salen los mártires y los apóstoles. Y en aquella ci
udad ¿quién no sabía
que cuando había una libertad en peligro, un periód
ico en amenaza, una
urna de sufragio en riesgo, los estudiantes se reun
ían, vestidos como
para fiesta, y descubiertas las cabezas y cogidos d
el brazo, se iban por
las calles pidiendo justicia; o daban tinta a las p
rensas en un sótano,
e imprimían lo que no podían decir; se reunían en l
a antigua Alameda,
cuando en las cátedras querían quebrarles los maest
ros el decoro, y de
un tronco hacían silla para el mejor de entre ellos
, que nombraban
catedrático, y al amor de los árboles, por entre cu
yas ramas parecía el
cielo como un sutil bordado, sentado sobre los libr
os decía con gran
entusiasmo sus lecciones; o en silencio, y desafian
do la muerte, pálidos
como ángeles, juntos como hermanos, entraban por la

calle que iba a la
casa pública en que habían de depositar sus votos,
una vez que el
Gobierno no quería que votaran más que sus secuaces
, y fueron cayendo
uno a uno, sin echarse atrás, los unos sobre los ot
ros, atravesados
pechos y cabezas por las balas, que en descargas nu
tridas desataban
sobre ellos los soldados? Aquel día quedó en salvo
por maravilla Juan
Jerez, porque un tío de Pedro Real desvió el fusil
de un soldado que le
apuntaba. Por eso, cuando los estudiantes pasaban e
n la procesión,
vestidos de negro, con una flor amarilla en el ojal
, los pañuelos de
todos los balcones soltábanse al viento, y los homb
res se quitaban los
sombreros en la calle, como cuando pasaban las band
eras; y solían las
niñas desprenderse del pecho, y echar sobre los est
udiantes, sus ramos
de rosas.

En un balcón, con sus dos hermanas mayores y la dir
ectora, estaba Sol
del Valle. En otro, con un vestido que la hacía par
ecer como una imagen
de plata, una linda imagen pagana, estaba Adela. Má
s allá, donde Sol y
Adela podían verlas, ocupaba un ancho balcón, ampar
ado del sol por un
toldo de lona, Lucía con varias personas de la fami
lia de su madre, y
Ana. En una silla de manos habían traído a Ana hast
a la casa. Muy mala
estaba, sin que ella misma lo supiese bien; estaba
muy mala. Pero ella
quería ver, «con su derecho de artista, aquella fie
sta de los colores; a
la tierra le faltaba ahora color, ¿verdad, Juan? Mi

ra, si no, como todo
el mundo se viste de negro. Quiero oír música, Lucía:
quiero oír mucha
música. Quiero ver las banderas al viento». Y allí
estaba en el ancho
balcón, vestida de blanco, muy abrigada, como si hu-
biese mucho frío,
mirando avariciosamente, como si temiera no volver
a ver lo que veía, y
sintiendo como dentro del pecho, porque no se las vi-
iesen, le estaban
cayendo las lágrimas.

Lucía distinguió a Sol, y miró si estaba en el balc-
ón, o dentro, Juan
Jerez. Sol, no bien vio a Lucía, no quitó de ella l-
os ojos, para que
supiese que estaba allí, y cuando le pareció que Lu-
cía la estaba viendo,
la saludó cariñosamente con la mano, a la vez que c-
on la sonrisa y con
los ojos. Prefería ella que Lucía la mirase, a que
la miraran los
jóvenes mejor conocidos en la ciudad, que siempre h-
allaban manera de
detenerse más de lo natural frente a su balcón. A P-
edro Real, pagó con
un movimiento de cabeza, su humilde saludo, cuando
pasó a caballo; y no
lo vio con pena, ni con afecto que debiera afligir
a doña Andrea, todo
lo cual vio Adela desde su balcón, aunque estaba de
espaldas. Pero Lucía
se había entrado por el alma de Sol, desde la noche
en que le pareció
sentir goce cuando se clavó en su seno la espina de
la rosa. Lucía,
ardiente y despótica, sumisa a veces como una enamo-
rada, rígida y
frenética enseguida sin causa aparente, y bella ent-
onces como una rosa
roja, ejercía, por lo mismo que no lo deseaba, un p-

oderoso influjo en el
espíritu de Sol, tímido y nuevo. Era Sol como para
que la llevasen en la
vida de la mano, más preparada por la Naturaleza pa
ra que la quisiesen
que para querer, feliz por ver que lo eran los que
tenía cerca de sí,
pero no por especial generosidad, sino por cierta i
ncapacidad suya de
ser ni muy venturosa ni muy desdichada. Tenía el en
canto de las rosas
blancas. Un dueño le era preciso, y Lucía fue su du
eña.

Lucía había ido a verla; a buscarla en su coche par
a que paseasen
juntas; a que fuese a su casa a que la conociera Ana
; y Ana la quiso
retratar; pero Lucía no quiso «porque ahora Ana est
aba fatigada, y la
retrataría cuando estuviese más fuerte», lo que, pu
esto que Lucía lo
decía, no pareció mal a Sol. Lucía fue a vestirla u
na de las noches que
iba Sol al teatro, y no fue ella: ¿por qué no iría
ella? Juan Jerez
tampoco fue esa noche; y por cierto que esa vez Luc
ía le llevó, para que
lo luciese, un collar de perlas: «A mí no me lo con
ocen, Sol: yo nunca
me pongo perlas»; pero doña Andrea, que ya había co
menzado a dar
muestras de una brusquedad y entereza desusadas, to
mó a Lucía por las
dos manos con que estaba ofreciendo el collar a Sol
, que no veía mucho
pecado en llevarlo, y mirando a la amiga de su hija
en los ojos, y
apretando sus manos con cariño a la vez que con fir
meza, le dijo con
acento que dejaba pocas dudas: «No, mi niña, no», l
o que Lucía entendió

muy bien, y quedó como olvidado el collar de perlas . A la mañana siguiente, a la hora de que Sol fuese a sus clases, fue Lucía a buscarla para que diesen una vuelta en el coche por cerca de l colegio, y le preguntó con ahínco sobresaltado y doloroso, que a quién vio, que quién subió a su palco, que a quién llamó la atención, qu e dónde estaba Pedro Real: «¡Oh! Pedro Real, tan buen mozo; ¿no te gusta Pedro Real? Yo creo que Pedro Real llamaría la atención en todas partes . Has visto cómo desde que te conoce no se ocupa de nadie Pedro Real »; pero pronto acabó de hablar de esto Lucía. Quién estaba en el teatro, no le importaba mucho saberlo: Juan no había estado; pero ¿a la sal ida quién estaba? ¿no recuerdas quién estaba a la salida? ¿Estaba...? y n o acababa de preguntar quién había estado. Ni sabía Sol por quié n le preguntaba. No: Sol no había visto a nadie. Iba muy contenta. La di rectora la había tratado con mucho cariño. Sí, Pedro Real había esta do; pero no a saludarla: nadie había subido a saludarla. La había n mirado mucho. Decían que el cónsul francés había dicho una cosa m uy bonita de ella. Pero al salir, no, no vio a nadie. Sol quería llega r pronto, porque se había quedado triste doña Andrea. Y al llegar en es ta conversación al colegio, Lucía besó a Sol con tanta frialdad, que l a niña se detuvo un momento mirándola con ojos dolorosos, que no apearo n el ceño de su amiga. Y de pronto, por muchos días, cesó Lucía de verla. Sol se había

afligido, y doña Andrea no; aunque la ponía orgullo
sa que le quisiesen a
su hija; pero Lucía no: ella no veía nunca con gust
o a Lucía. Un día
antes de la procesión Lucía había vuelto a la casa
de Sol. Que la
perdonase. Que Ana estaba muy sola. Que Sol estaba
más linda que nunca.
«Mira, mañana te mandaré la camelia más linda que t
enga en casa. Yo no
te digo que vengas a mi balcón, porque.... Yo sé qu
e tú vas al balcón de
la directora. Pero mira, vas a estar lindísima; pon
te la camelia en la
cabeza, a la derecha, para que yo pueda vértela des
de mi balcón». Y le
tomó las manos, y se las besó; y conforme conversab
a con Sol, se pasaba
suavemente la mano de ella por su mejilla; y cuando
le dijo adiós, la
miraba como si supiera que corría algún peligro, y
le avisase de él, y
cuando fue hacia el coche, ya se le iban desbordand
o las lágrimas.

--¡Allí está, allí está!--dijo como involuntariamen
te, y reprimiéndose
enseguida que lo había dicho, una de las hermanas d
e Sol, la mayor, la
que no era bella, la que no tenía más que dos ojos
muy negros y
acariciadores, expresivos y dulces como los de la l
lama, el animal que
muere cuando le hablan con rudeza.

--¿Quién?

--No, no era nadie: Juan Jerez, en el balcón de Luc
ía.

--Sí, ya lo veo. Lucía está mirando para acá--y se
desprendió, y volvió a

prender, para que Lucía lo notase, y supiera que pensaba en ella--.

Hermanita--dijo de pronto Sol en voz baja--; hermanita, ¿no te parece que Juan Jerez es muy bueno? Yo quisiera verlo más. Nunca lo he visto cuando he ido a casa de Lucía. Yo no sé qué tiene, pero me parece mejor que todos los demás. ¿Tú crees que él querrá mucho a Lucía?

Hermanita no quería decir nada, hacía como que no oía.

--Juan Jerez iba antes algunas veces a casa, antes de que yo saliese del colegio; ¿verdad? Cuéntame, tú que lo conoces. Yo sé que él se va a casar con Lucía, aunque ella no me habla de él nunca; pero a mí me gusta hablar de él. A Lucía no me atrevo a preguntarle, como ella no me dice... Él ha sido muy bueno con mamá, ¿no? ¡La directora lo quiere tanto! Mira, allí vuelve a pasar Pedro Real: ¡es buen mozo de veras! pero yo le hallo unos ojos extraños, no son tan dulces como los de Juan. No sé; pero el único que me dijo algo la noche de K eleffy, que no se me ha olvidado, fue Juan Jerez.

Hermanita no decía palabra. Se le habían puesto los ojos muy negros y grandes como para contener algo que se salía a ellos.

Ella, que no miraba hacia el balcón, sentía que Juan Jerez había tenido puesta buen tiempo su mirada larga y bondadosa en Sol. Juan, que acariciaba los mármoles, que seguía por las calles

a los niños descalzos
hasta que sabía donde vivían, que levantaba del sue-
lo las flores
pisadas, si no lo veían, y les peinaba los pétalos,
y las ponía donde no
pudiesen pisarlas más. De la misma manera, y con aque-
l deleite honrado
que produce en un espíritu fino la contemplación de
la hermosura, había
Juan mirado a Sol largamente.

Lucía no estaba allí entonces. ¡Pobre Ana! Cuando y
a iban pasando los
últimos soldados, palideció, se le cubrió el rostro
de sudor, cerró los
ojos, y cayó sobre sus rodillas. La llevaron cargad-
a para adentro, a
volverle el sentido. Parecía una santa, vestida de
blanco, con su cara
amarilla. Lucía no se apartaba de su lado; Ana había
vuelto en sí; Lucía
había mirado ya muchas veces a la puerta, como preg-
untándose dónde
estaría Juan. «¿En el balcón? ¡Que no esté en el ba-
lcón!». Y aun
desmayada Ana, por poco no le abandona la mano.

--¡Vete, vete con Juan!--le dijo Ana, apenas abrió
los ojos, y le notó el
trastorno; y con la mano y la sonrisa la echaba hac-
ia la puerta
suavemente.

--Bueno, bueno, vengo enseguida.

Y fue al balcón derechamente.

--¡Juan!

--¿Y Ana? ¿Cómo está Ana?

El balcón de la directora estaba ya vacío.

--Ya está bien: ya está bien. ¡Yo no sabía dónde tú estabas!

* * * * *

Y volvemos ahora al pie de la magnolia, cuando ya llevaba días de sucedido todo esto, y Sol estaba en una banqueta a los pies de Lucía, sentada en un sillón de hierro. Ana, con sus caprichos de madre, había querido que le llevaran aquel domingo a Sol. «¡Es tan buena, Lucía! Tú no tienes que tenerle miedo: tú también eres hermosa. Mira: yo veo a las personas hermosas como si fueran sagradas. Cuando son malas no: me parecen vasos japoneses llenos de fango; pero mientras son buenas, no te rías, me parece, cuando estoy delante de ellas, que soy un monaguillo y que le estoy alzando la cogulla, como en la misa, a un sacerdote. Vamos, tráeme a Sol; ¿pero es de veras que Juan no viene hoy?».

--¡Es de veras! Sí, sí; ahora mismo voy, y te traigo a Sol.

Sol vino, y otras amigas de Ana, mas no Adela. Vivía ya Ana en un sillón de enfermo, porque andar le era penoso, y reclinarse no podía. Ya, como las tardes cuando se está yendo la luz, tenía el rostro a la vez claro y confuso, y todo él como bañado de una dulce bondad. Ni deseos tenía, porque de la tierra deseó poco mientras estuvo en ella, y lo que Ana le hubiera pedido a la tierra, de seguro que en ella no estaba, y tal vez

estaría fuera de ella. Ni sentía Ana la muerte, por que no le parecía a ella que fuese muerte aquello que dentro de sí sentía crecientemente, y era como una ascensión. Cosas muy lindas debía ver, conforme se iba muriendo, sin saber que las veía, porque se le reflejaban en el rostro. La frente la tenía como de cera, alta y bruñida, y hundidas las paredes de las sienes. Aquellos ojos eran una plegaria. Tenía fina la nariz, como una línea. Los labios violados y secos, eran como una fuente de perdón. No decía sino caridades. Sola, sí, no quería estar ella. Tampoco se quiere estar solo cuando se va a entrar en un viaje: tampoco, cuando se está en las cercanías de la boda. Es lo desconocido, y se le teme. Se busca la compañía de los que nos aman. Y más que con otras se había encariñado Ana, en su enfermedad, con Sol, cuya perfecta hermosura lo era más, si cabe, por aquel inocente abandono que de todo interés y pensamiento de sí tenía la niña. Y Ana estaba mejor cuando tenía a Sol cogida de la mano, en cuyas horas Lucía, sentada cerca de ellas, era buena.

Dormía Ana en aquellos momentos, cuando en el patio hablaban Lucía y Sol. Hablaban del colegio, que había dado su examen en aquella semana, y dejaba a Sol libre durante dos meses: y a Sol no le gustaba mucho enseñar, no, «pero sí me gusta: ¿no ves que así no pasa mamá apuros? ¡Mamá!». Y Sol contaba a Lucía, sin ver que a esta al oírlo se le

arrugaba el ceño, cómo inquietaban a doña Andrea los cuidados de Pedro Real, de que no hablaba la señora, porque la niña no se fijase más en él; pero ella no, ella no pensaba en eso.

--No, ¿por qué no?

--No sé: yo no pienso todavía en eso; me gusta, sí, me gusta verle pasear la calle y cuidarse de mí; pero más me gusta venir acá, o que tú vayas a verme, y estar con Ana y contigo. Luego, Pedro Real me da miedo. Cuando me mira, no me parece que me quiere a mí. Yo no sé explicarlo, pero es como si quisiera en mí otra cosa que no soy yo misma. Porque a mí me parece, ¡anda, Lucía, tú puedes decirme de eso! a mí me parece que cuando un hombre nos quiere, debemos como vernos en sus ojos, así como si estuviéramos en ellos, y dos veces que he visto de cerca a Pedro Real, pues no me ha parecido encontrarme en sus ojos. ¿No es, verdad, Lucía, que cuando a uno lo quieren le sucede a uno eso?

En la mano de Lucía se encogió de pronto el cabello de Sol con que jugaba.

--¡Ay! me haces daño.

--¿Quieres que vayamos a ver cómo está Ana?

Y ya se estaba poniendo en pie para ir a verla, y arreglándose Sol los cabellos, aquellos cabellos suyos finos, de color castaño con reflejos dorados, cuando a un tiempo se oyeron dos diversos

ruidos: uno en el
cuarto de Ana, como de mucha gente que se moviera y
hablara
agitadamente, otro a la puerta de la calle, donde,
con aire
desembarazado, saltaba un hombre opuesto, de una mu
la de camino.

--¡Juan!--murmuró Lucía, poniéndose más blanca que
las camelias.

--¿Juan Jerez?--dijo Sol alegrándosele el rostro, y
acabando
apresuradamente de sujetarse las trenzas.

Lucía, en pie y ceñuda, y con los ojos puestos sobr
e Sol, a quien
turbaba aquel silencio, aguardó apoyada en la silla
de hierro, a Juan
que, reparando apenas en Sol, venía hacía su prima
con las manos
tendidas.

--Señorita Sol, ¿qué me le ha hecho a mi Lucía? ¿Po
r qué no sales a
recibirme? ¿para castigarme porque por verte hoy he
andado veintidós
leguas en mula?

A Lucía se le veían temblar los labios imperceptibl
emente, y como crecer
los ojos. Su mano se sacudía entre las de Juan, que
la miraba con
asombro.

Sol hacía como que sobre una mesita un poco alejada
arreglaba las flores
de un vaso.

--Lucía, ¿qué tienes?

--¡Sol, Lucía, vengan!--dijo acercándose a ellas un

a de sus amigas que
salía del cuarto de Ana precipitadamente--. Ah, Juan,
que bueno que esté
aquí. Ve, Lucía, ve, yo creo que Ana se muere.

--¡Ana!

--Sí, mande enseguida por el médico.

Saltó Juan en la mula, y echó a escape. Sol ya estaba al lado de Ana,
Lucía miró muy despacio a la puerta de la calle, miró con ira a aquella
por donde había entrado Sol, y se quedó unos momentos de pie, sola en el
patio, los dos brazos caídos, y apretados a los costados, fijos los ojos
delante de sí tenazmente. Y echó a andar hacia el cuarto de Ana después
de haber mirado a su alrededor a todos los lados, como si temiese.

* * * * *

¡Al campo! ¡al campo! Todos van al campo. Todos, sí, todos. Adela y
Pedro Real, Lucía y Juan, y Ana y Sol. Y, por supuesto, las personas
mayores que por no influir directamente en los sucesos de esta narración
no figuran en ella. ¡Al campo todos!

El médico llegó aquel domingo en momentos en que Ana abría los ojos, que
a Sol arrodillada al borde de su cama fue lo primero que vieron.

--¡Ah, tú, Sol!--y Sol le pasaba la mano por la frente, y le apartaba de
ella los cabellos húmedos.

Lucía arreglaba las almohadas de manera que Ana pud

iera estar como
sentada. Sus amigas todas rodeaban la cama, y Ana,
sin fuerzas aun para
hablar, les pagaba sus miradas de angustia con otras
de reconocimiento.
Parecía que era dichosa. Sol quiso retirar la mano
con que tenía asida
la de Ana; pero Ana la retuvo.

--¿Qué ha sido, eh, qué ha sido? Sentí como si todo
un edificio se
hubiese derrumbado dentro de mí. Ya, ya pasó. Ya es
toy bien. Y se le
cayó la cabeza al otro lado de las almohadas.

El médico la halló de esta manera, le puso el oído
sobre el corazón,
abrió de par en par la ventana y las puertas, y aco
nsejó que solo
quedase junto a ella la persona que ella desease.

Ana, que parecía no oír, abrió los ojos, como si el
aire le hubiese
hecho bien, y dijo:

--Juan ha llegado, Lucía.

--¿Cómo sabes?

--Vete con Juan, Lucía. Sol, tú te quedas.

Miró Sol a Lucía, como preguntándole; a Lucía, que
estaba en pie al lado
de la cama, duros los labios y los brazos caídos.

Juan llamaba a la puerta en este instante, y el méd
ico lo entró en el
cuarto, de la mano.

--Venga a decirme si no es locura pensar que corre
riesgo esta linda
niña--y con los ojos, desdecía el médico sus palabr

as--. Pero es indispensable que la enfermita vea el campo. Es indispensable. No me pregunte usted qué remedio necesita--dijo el médico clavando los ojos en Juan--. Mucho reposo, mucho aire limpio, mucho olor de árboles. Llévenmela donde haya calor, estos tiempos húmedos pueden hacerle mucho daño. Si mañana mismo pueden ustedes disponer el viaje, sea mañana mismo. Pero, niña, no se me vaya a ir sola. Lleve gente que la quiera, y que la arrope bien por las mañanitas y por las tardes. ¿Y esta señorita?--añadió volviéndose a Sol--. Y creo que usted se me pone buena si lleva consigo a esta señorita.

--Oh, sí, Sol va conmigo; ¿no, Juan?

--Por supuesto--dijo Juan vivamente, pensando con placer en que así se regocijaría Ana, cuya afición a Sol le era ya conocida, y se daría una prueba de estimación a la pobre viuda--: por supuesto que la llevamos. Va a ser una gala de los ojos ver ir por un caminito de rosales que yo me sé, cogidas del brazo, a Sol, Ana y Lucía. Lucía, mañana nos vamos. Sol, voy ahora a su casa a pedirle permiso a doña Andrea. ¿Te parece, Lucía que invitemos a Adela y a Pedro Real? ¡Upa, Ana, upa! Allá tengo unos inditos en el pueblo que te van a dar asunto para un cuadro delicioso. ¿Vamos, doctor?--acarició Juan una mano de Ana, besó la de Lucía, con un beso que la regañaba dulcemente y salió al corredor, hablando como muy contento, con el médico.

Ana llamó a Lucía con una mirada, y así que la tuvo cerca de sí, sin decir palabra, y sonriendo felizmente, trajo sobre su seno con un esfuerzo las manos de Lucía y de Sol, que estaban cada una a un lado de ella, y paseando sus ojos por sobre sus cabezas, como conversándoles, retuvo largo tiempo unidas las manos de ambas niñas bajo las suyas.

Y Sol miró a Lucía de tan linda manera, que no bien Ana se quedó como dormida, se acercó Lucía a Sol, la tomó por el tallo cariñosamente, y una vez en su cuarto, empezó a vaciar con ademanes casi febriles sus cajas y gavetas.

--Todo, todo, todo es para ti--y Sol quería hablar, y ella no la dejaba--.
Mira, pruébate este sombrero. Yo nunca me lo he puesto. Pruébatelo, pruébatelo. Y este, y este otro. Esos tres son tuyos. Sí, sí, no me digas que no. Mira, trajes: uno, dos, tres. Este es el más bonito para ti. ¿Oyes? Yo quiero mucho a Pedro Real. Yo quiero que tú quieras a Pedro Real. Que te vea muy bonita. Que te vean siempre más bonita que yo. Pero óyeme, a Juan no me lo quieras. Tú déjame a Juan para mí sola. Enójalo. Trátalo mal. Yo no quiero que tú seas su amiga. ¡No, no me digas nada! sí, es chanza, sí, es chanza. ¿Ves? Este vestido malva sí te va a estar bien. A ver, qué bien hace con tu pelo castaño. ¿Ves? Es muy nuevo. Tiene el corpiño como un cáliz de flor, un poco recto; no como

esos de ahora, que parecen una copa de champaña: muy delgados en la cintura, y muy anchos en los hombros. La saya es lisa; no tiene tableados ni pliegues; cae con el peso de la seda hasta los pies. ¿Ves? a mí me está muy corta. A ti te estará bien. Es un poco ancha, a lo Watteau. ¡Mi pastorcita! ¡mi pastorcita! Yo nunca me la he puesto. ¿Tú sabes? A mí no me gustan los colores claros. ¡Ah! mira: aquí tienes--y escondía algo con las dos manos cerradas detrás de su espalda--, aquí tienes, y no te lo vas a quitar nunca, aunque se no s enoje doña Andrea. Cierra los ojos.

Los cerró Sol venturosa de verse tan querida por su amiga, y cuando los abrió, se vio en el brazo, e hizo por quitarse con un gesto que Lucía le detuvo, un brazalete de cuatro aros de perlas margaritas.

--Sí, sí, es muy rico; pero yo quiero que tú lo tengas. No: nada, nada que me digas: ¿ves? yo tengo aquí otro, de perlas negras. ¡Y nunca, nunca te lo quites! Yo quiero ser muy buena--y la tomó de las dos manos, y la besó en las dos mejillas apasionadamente--. ¡Ven, vamos a ver a Ana!

Y salieron del cuarto, cogidas del talle.

¡Al campo, al campo! Doña Andrea no sabe que va Pedro Real; que si lo supiese, no dejaría ir a Sol: aunque a Juan ¿qué le negaría ella? ¡A Juan! Ese, ese era el que ella hubiera querido para Sol. «Bueno, Juan:

que no salga al sol mucho». Juan preguntó en vano por la hermana mayor, por Hermanita. Ella estaba en la casa cuando entró él; pero ahora no: estará en casa de alguna vecina. ¡No, Hermanita estaba allí; estaba en el comedor, detrás de las persianas! Ella veía a quien no la veía. «¡Cierra los ojos, Hermanita, no veas a lo que no debes ver!». Y cuando Juan salió, las persianas se entornaron, como unos ojos que se cierran.

¡Al campo, al campo! Cuatro mulas tiran del carruaje, con collares de plata y cencerro, porque Ana vaya alegre: y las mulas llevan atadas en el anca izquierda unas grandes moñas rojas, que lucen bien sobre su piel negra. El cochero es Pedro Real, que lleva al lado a Adela, en la imperial, Juan y Lucía, adentro, con la gente mayor, que es muy respetable, pero no nos hace falta para el curso de la novela, Ana sentada entre almohadas, muy mejor con el gozo del viaje, con su cuaderno de apuntes en la falda, para copiar lo que le guste del camino, que ya le parece que está buena, y Sol a su lado, con un vestido de sedilla color de ópalo, tranquila y resplandeciente como una estrella.

Pedro Real se mordió el bigote rizado cuando vio que no iba a ser Sol su compañera en el pescante. Y con Adela iba muy cortés. Pero ¿Ana no necesitaría nada? Juan, ¿irá Ana bien? Deberíamos bajar. ¡Voy a bajar un momento, a ver si Ana va bien! Bajó muchos momentos. Y las mulas, aunque

diestras, más de una vez se iban un poco del camino
, como si no
estuviese bastante puesto en ellas el pensamiento d
el cochero.

Era como de seis leguas el camino, y todo él a un l
ado y otro de tan
frondosa vegetación que no había manera de tener lo
s ojos sino en
constante regalo y movimiento. Porque allá al fondo
era un bosque de
cocoteros, o una hilera de palmas lejanas que iba a
dar en la garganta
de dos montes; ya era, al borde mismo del camino, u
na pendiente llena de
flores azules y amarillas que remataba en un río de
espumas blancas,
nutrido con las aguas de la sierra, o eran ya a la
distancia, imponentes
como dos mensajes de la tierra al cielo, dos volcan
es dormidos, a cuya
falda serpeada por arroyuelos de agua blanca viva y
traviesa, se
recogían, como siervos azotados a los pies de sus d
ueños, las ciudades
antiguas, desdentadas y rotas, en cuyos balcones de
hierro labrado,
mantenidos como por milagro sin paredes que los sus
tentasen sobre las
puertas de piedra, crecían en hilos que llegaban ha
sta el suelo copiosas
enredaderas de ipomea. De una iglesia que tuvo los
techos pintados, y
dorados de oro fino de lo más viejo de América los
capiteles de los
pilares, quedaba en pie, como una concha clavada en
tierra por el borde,
el fondo del altar mayor, cobijado por una media bó
veda: un bosquecillo
había crecido al amor del altar; la pared interior,
cubierta de musgo,
le daba desde lejos apariencia de cueva formidable;

y era cosa común y
sumamente grata ver salir de entre los pedruscos fl
orecidos, al menor
ruido de gente o de carruajes, una bandada de palom
as. Otra iglesia, de
que no había quedado en pie más que el crucero, ten
ía el domo
completamente verde, y las paredes de un lado rosad
as y negras, como los
bordes de una herida. Y por el suelo no podía poner
se el pie sin que
saltase un arroyo.

Llegaron a los volcanes; pasaron por las ciudades a
ntiguas: más allá
iban; y no se detuvieron. Lucía, a la sombra de su
quitasol rojo, se
sentía como la señora de toda aquella natural grand
eza, y como si el
mundo entero, de que tenía a los ojos hermosa pintu
ra, no hubiera sido
fabricado más que para cantar con sus múltiples len
guas los amores de
Lucía Jerez y de su primo. Y se veía ella misma lo
interior del cráneo
como si estuviese lleno de todas aquellas flores: l
o que le sucedía
siempre que estaba sola, con Juan Jerez al lado. Ad
ela y Pedro hablaban
de formalísimos sucesos, que tenían la virtud de po
ner a Adela
contemplativa y silenciosa, dando a Pedro ocasión p
ara ir callado buena
parte del camino, lo cual aprovechaba él en celebra
r consigo mismo
animados coloquios: y a cada instante era aquello d
e: «Juan, ¿cómo
estará Ana? Bajaré un instante, a ver si se le ofre
ce algo a Ana». Y
Lucía reía, y daba por cosa cierta que, aunque Sol
era niña recatada, ya
le había dicho que Pedro Real le parecía muy bien,

y se la veía que le
llevaba en el alma: lo que a Juan no parecía un fel
iz suceso, aunque
prudentemente lo callaba. Adentro del carruaje, la
dichosa Sol era toda
exclamaciones: jamás, jamás, en su vida de huérfana
pobre, había visto
Sol correr los ríos, vestirse a los bosques fuertes
de campanillas
moradas y azules, y verdear y florecer los campos.
De un color de rosa
de coral se le teñían las mejillas, y el ónix de Mé
xico no tuvo nunca
mayor transparencia que la tez fina de Sol, en aque
lla mañana de ventura
en la naturaleza. ¡Ay! la buena Ana sonreía mucho,
pero había olvidado
levantar de su falda el cuaderno de notas.

* * * * *

Y de pronto sonaron unas músicas; se oscureció el c
amino como por una
sombra grata, y refrenaron las mulas el paso, con g
ran ruido de hebillas
y cencerros. De un salto estaba Pedro a la portezue
la del carruaje, al
lado de Sol, preguntándole a Ana qué se le ofrecía.
Pero aquí bajaron
todos, y Sol misma, que se volvió pronto al carruaj
e, para acompañar a
Ana, y animarla a tomar del breve almuerzo que los
demás, sentados en
torno de una mesa rústica, gustaban con vehemente a
petito, sazonado por
chistes que el piadoso Juan encabezaba y atraía, po
rque los oyese Ana
desde su asiento en el coche, traído a este propósi
to cerca de la mesa.

Allí, en las tazas de güiro posadas en trípodes de
bejuco recién cortado

de las cercanías, hervía la leche que, a juzgar por lo fragante y espumosa, acababa de salir de la vaca de Durham que asomó su cabeza pacífica por uno de los claros de la enredadera. Porque era aquel lugar un lindo parador, techado y emparrado de verdura, puesto allí por los dueños de la finca, para que los visitantes hiciesen de veras, al llegar de la ciudad, su almuerzo a la manera campesina. Allí el queso, que manaba la leche al ser cortado, y sabía ricamente con las tortas de maíz humeantes que servía la indita de saya azul, envueltas en paños blancos. Allí unos huevos duros, o blanquillos, que venían recostados, cada uno en su taza de güiro, sobre unas yerbas de grata fragancia, que olían como flores. Allí, en la cáscara misma del coco recién partido en dos, la leche de la fruta, con una cucharilla de coco labrado que la desprendía de sus tazas naturales. Y mientras duraba el almuerzo, unos indios, descalzos y en sus trajes de lona, puestos en tierra sus sombreros de palma, tocaban, bajo otro paradorcillo más lejano, dispuesto para ellos, unos aires muy suaves de música de cuerda, que blandamente templada por el aire matinal y la enredadera espesa, llegaba a nuestros alegres caminantes como una caricia. Adela solo reía forzosamente. Violencia tenía que hacerse Sol para no palmoear en el carruaje. Muy feamente arrugó el ceño Lucía una vez que se acercó Juan a la portezuela del lado de Ana, y habló con ella, haciéndola reír, unos

minutos: y en cuanto oyó reír a Sol, dejó Lucía su
asiento, y se fue
ella también a la portezuela. ¡Ea! ¡Ea! ya tocan di
ana, que es el toque
de bienvenida y adiós, los indios habilidosos. La i
ndita de saya azul da
a gustar a la vaca mirona una de las tazas de coco
abandonadas. Al
pescante van Pedro y Adela: Lucía, menos contenta,
a la imperial con
Juan. Ya la casa de la finca, toda blanca, de techo
encarnado, se ve a
poca distancia. Ana ya va muy pálida; y las mulas,
al olor del pesebre,
vuelan camino arriba, bajo la bóveda de espesos alm
endros que llenan la
avenida con sus hojas redondas y sus verdes frutas.

* * * * *

Mucha, mucha alegría. Lucía también estaba alegre,
aunque no estaba Juan
allí. Porque no estaba Juan: el pleito de los indio
s, aunque aquellos
eran días de receso en tribunales como en escuelas,
le había obligado a
volver al pueblecito, si no quería que un gamonal d
el lugar, que tenía
grandes amigos en el Gobierno, hurtase con una razó
n u otra a los indios
la tierra que la energía de Juan había logrado al f
in les fuese punto
menos que reconocida en el pleito. Los indios había
n salido de la
iglesia con su música, el domingo antes, apenas se
supo que Juan no
esperaría el tren del día siguiente: y cuando le tr
ajeron a Juan la
mula, vio que la habían adornado toda con estrellas
y flores de palma, y
que todo el pueblo se venía tras él, y muchos querí

an acompañarle hasta
la ciudad. Una viejita, que venía apoyada en su palo, le trajo un
escapulario de la Virgen, y una guapa muchacha, con
un hijo a la espalda
y otro en brazos, llegó con su marido, que era un bello mancebo, a la
cabeza de la mula, puso al indito en alto para que
le diese la mano al
«caballero bueno»; y muchos venían con jarras de miel cubiertas con
estera bien atada, u otras ofrendas, como si pudies
en dar para tanto las
ancas de la caballería, muy oronda de toda aquella
fiesta; y otro
viejito, el padre del lugar, mi señor don Mariano, que jamás había
bebido de licor alguno, aunque él mismo trabajaba en
l de sus plantíos
propios, llegó, apoyado en sus dos hijos, que eran
también como
senadores del pueblo, y con los brazos en alto desde que pudo divisar a
Juan, y como si hubiera al cabo visto la luz que había esperado en vano
toda su vida: «Abrazarlo--decía--. ¡Déjenme abrazarlo! ¡Señor, todito este
pueblo lo quiere como a su hijo!». De modo que Juan, a quien había
conmovido aquellos cariños, dejó la finca, dos días después de haber
llegado a ella, no bien supo que los indios, a pesar de su esfuerzo,
corrían peligro de que se les quitase de las manos la posesión temporal
que, en espera de la definitiva, había Juan obtenido que el juez les
acordase--el juez, que había recibido el día anterior de regalo del
gamonal un caballo muy fino.

*

*

*

*

*

Mucha, mucha alegría. Lucía misma, que en los dos días que estuvo allí Juan le dio ocasión de extrañeza con unos cambios bruscos de disposición que él no podía explicarse, por ser mayores y menos racionales que los que ya él le conocía, estaba ahora como quien vuelve de una enfermedad.

Era la casa toda de los visitantes, por no estar en ella entonces sus dueños, que eran como de la familia de Juan Pedro, al anochecer, salía de caza, porque era el tiempo de la de los conejos, por allí abundantísimos. De los que traía muertos en el zurrón no hablaba nunca, porque Ana no se lo había de perdonar, por haber todavía en este mundo almas sencillas que no hallan placer en que se mate, a la entrada misma de la cueva donde tiene a su compañera y a su prole, a los pobres animales que han salido a descubrir, para mudarse de casa, algún rincón del bosque rico en yerbas.

Pero los conejos, de puro astutos, suelen caer en las manos del cazador; porque no bien sienten ruido, se hacen los muertos, como para que no los delate el ruido de la fuga, y cierran los ojos, cual si con esto cerrase el cazador los suyos, quien hace por su parte como que no ve, y echada hacia la espalda la escopeta, por no alarmar al conejo que suele conocerla, se va, mirando a otro lado, sobre la cama del conejo, hasta que de un buen salto le pone el pie encima y así lo coge vivo: una vez

cogió tres, muy manso el uno, de un color de humo, que fue para Ana: otro era blanco, al cual halló manera de atarle una cinta azul al cuello, con que lo regaló a Sol; y a Lucía trajo otro, que parecía un rey cautivo, de un castaño muy duro, y de unos ojos fieros que nunca se cerraban, tanto que a los dos días, en que no quiso comer, bajó por primera vez las orejas que había tenido enhiestas, mordió la cadenilla que lo sujetaba, y con ella en los dientes quedó muerto.

* * * * *

Paseos, había pocos. Sin Ana, ¿quién había de hacerlos? Con ella no se podía. Ni Sol dejaba a Ana de buena voluntad; ni Lucía hubiera salido a goce alguno cuando no estaba Juan con ella. Adela, sí, había trabado amistades con una gruesa india que tenía ciertos privilegios en la casa de la finca, y vivía en otra cercana, donde pasaba Adela buena parte del día, platicando de las costumbres de aquella gente con la resuelta Petrona Revolorio: «y no crea la señorita que le conviene por servicio, sino porque le he cobrado afición». Era mujer robusta y de muy buen andar, aunque esto lo hacía sobre unos pies tan pequeños que no había modo de que Petrona llegara a ver a «sus niños» sin que le pidieran que los enseñase, lo cual ella hacía como quien no lo quiere hacer, sobre todo cuando estaba delante el niño Pedro. Las manos corrían parejas con los pies, tanto que algunas veces las niñas se las

pedían y acariciaban;
llevaba una simple saya de listado, y un camisolín
de muselina
transparente, que le ceñía los hombros y le dejaba
desnudos los hermosos
brazos y la alta garganta. Era el rostro de facción
es graciosas y
menudas, de tal modo que la boca, medio abierta en
el centro y recogida
en dos hoyuelos a los lados, no era en todo más gra
nde que sus ojos. La
naricilla, corta y un tanto redonda y vuelta en el
extremo, era una
picardía. Tenía la frente estrecha, y de ella hacia
atrás, en dos bandas
no muy lisas, el cabello negro, que en dos trenzas
copiosas, veteadas de
una cinta roja, llevaba recogida en cerquillo, como
una corona, sobre lo
alto de la cabeza. Un chal de listado tenía siempre
puesto y caído sobre
un hombro; y no había quien, cuando remataba una fr
ase que le parecía
intencionada, se echase por la espalda con más brío
el chal de listado.
Luego echaba a correr, riendo y hablando en una jer
ga que quería ser muy
culta y ciudadana; y se iba a preparar a la niña An
a, lo cual hacía muy
bien, unos tamales de dulce de coco y un chocolatil
lo claro, que era lo
que con más gusto tomaba, por lo limpio y lo nuevo,
nuestra linda
enferma. Y mientras Ana los gustaba, Petrona Revolo
rio, con el chal
cruzado, se sentaba a sus pies «no por servicio, si
no porque le había
cobrado afición» y le hacía cuentos.

¿El alba, sin que Petrona Revolorio estuviese a la
puerta del cuarto de
la niña Ana con su cesta de flores, que ella misma

quería ponerle en el
vaso y ver con sus propios ojos, cómo seguía la niña?
«¡Mi niñita:
mírenla que galana está hoy!; se lo voy a decir al
niño Pedro que nos dé
un baile de convite a las señoras, y vamos a sacarla
a bailar con el
niño Pedro. ¡Y él sí que es galán también, el niño
Pedro! Mire, mi
niñita: no le traigo de esos jazminotes blancos, porque
los de acá
huelen muy fuerte; pero aquí le pongo, en este vaso
azul, esos jazmines
de San Juan, que acá se dan todo el año y huelen muy
bien de noche. Con
que, mi niñita, prepárese para el baile, y que le voy
a prestar un chal
de seda encarnada que yo tengo, que me la va a poner
más linda que la
misma niña Sol. ¡Cómo está que se muere el niño Pedro
por la niña Sol!
Pero yo no sé qué tiene la niña Adela, que está como
aburrida. ¿Quiere
mi niñita los tamales hoy de coco, o de carnecita fresca?
Ayer maté un
cochito, que está de lo más blando: era el cochito
rosado, ¡y la carne
está como merengue! ¡Jesús, mi niñita, no me diga eso!
Si yo me muero
por servirla: mire que yo soy como las tacitas de coco,
que dicen en
letras muy guapas: 'yo sirvo a mi dueña'. Voy a poner
la puerta de mi
casa llena de tiestos de flores, y a alquilar a los
músicos, el día que
mi niñita vaya a verme. ¡Y, eso que yo no se lo hago
a nadie: porque no
lo hago por servicio, sino porque le he cobrado mucha
afición!».

*

*

*

*

*

Y Pedro, como que con la ausencia de Juan venía a ser el caballero servidor de las cuatro niñas, ¿qué había de hacer sino estarlas sirviendo, y mucho mejor cuando no estaba cerca Adela, y mejor aun cuando no estaba junto a Ana, que no ponía buenos ojos cuando miraba a la vez a Sol y a Pedro, y mejor que nunca cuando por algún acaso Lucía y Sol estaban solas? Y siempre entonces tenía Lucía algo que hacer, ir de puntillas a ver si seguía durmiendo Ana, ver si habían puesto de beber a los pajaritos azules, preguntar si habían traído la leche fresca que debía tomar Ana al despertarse: siempre tenía Lucía, cuando Pedro y Sol podían quedarse solos, alguna cosa que hacer.

Era el lugar de conversación un colgadizo espacioso, de tablilla bruñida el pavimento: la baranda--como toda la casa, de madera--abierta en tres lados para las tres escalerillas que llevaban al jardín que había al frente de la casa. Estaba el colgadizo siempre en sombra, porque lo vestía de verdor una enredadera copiosísima, esmaltada de trecho en trecho por unos ramos de florecitas rojas. Colgaban del techo pintado el fresco de unas caprichosas guirnaldas de hojas y flores como las de la enredadera, unos cestos de alambre cubiertos de cera roja, que les hacía parecer de coral, todos llenos de florecillas naturales, brillantes y pequeñas, y a menudo adornados con las hebras de una parásita que crecía sobre los árboles viejos de la finca, y era, por su verde blancuzco y

por crecer en hilos, como las canas de aquella arboleda. En los tramos de pared, entre las ventanas interiores, realizadas con unas líneas de vivo encarnado, había unos grandes estudios de flores en madera, pintada con los colores naturales por los artistas del país, con propiedad muy grande: dos de los cuadros eran de magnolia, la una casi abierta, y con cierta hermosura de emperatriz; la otra aun cerrada en su propia rama: y otros dos cuadros eran de las flores pomposas del marpacífico, con sus hojas de rojo encendido, agrupadas de modo que realzase su natural tamaño y hermosura.

Y allí, a la suave sombra, contaba Pedro maravillas y glorias europeas a Ana, que le oía con cariño--a Adela, que hacía como si no le interesasen--, a Lucía, que pensaba con amorosa cólera en Juan, en Juan, que no debía venir, porque estaba allí Sol, en Juan, que debía venir puesto que estaba Lucía--y a Sol contaba también aquellas historias, quien sin desagrado ni emoción las escuchaba y con sus hábitos de niña huérfana, azorada a veces de la súbita rudeza que templaba Lucía luego con arrebatos afectuosos, solo se sentía dueña de sí cerca de quien la necesitaba, y ni con Adela, que parecía esquivarla, ni con la misma Lucía, aunque esto le pesaba mucho, tenía ya la naturalidad y abandono que con Ana, con Ana a quien aquellos aires perfumados y calurosos habían vuelto, si no el color al rostro, cierta facilidad a los

movimientos y unos como asomos de vida.

Hallaba Pedro con asombro que el atrevimiento desvergonzado y celebración excesiva a que se reduce, casi siempre pagado de prisa y con usura por las mujeres, todo el arte misterioso de los enamoradores, no le eran posibles ante aquella niña recién salida del colegio, que con franca sencillez, y mirándole en los ojos sin temor, decía en alto como materia de general conversación lo que con más privado propósito dejaba Pedro llegar discretamente a su oído. Era la niña de tal hermosura que llevaba consigo, y de sí misma, la majestad que la defiende; y lo usual iba siendo que cuando Lucía encontraba modo de ir a ver si los pajaritos azules tenían agua, o si había llegado la leche fresca, no mudarse la conversación entre Sol y Pedro, abierta por lo demás y no muy amena, del asunto en que se estaba antes de que Lucía fuera a ver los pájaros. Ni había cosa que a Lucía pusiese en mayor enojo que hallarlos conversando, cuando volvía, de la caza de ayer, del jabalí en preparación, de las fiestas de cacería en los castillos señoriales de Europa, de la pobre Ana, de los tamales de Petrona Revolorio. Y Pedro, de otras mujeres tan temido, era con la mayor tranquilidad puesto por Sol, ya a que le leyese la Amalia de Mármol o la María de Jorge Isaacs, que de la ciudad les habían enviado, ya, para unos cobertores de mesa que estaba bordando a la directora, a que devanase el estambre.

* * * * *

--Sí, sí, hoy estaba muy hermosa. Dime, tú, espejo:
¿la querrá Juan? ¿la
querrá Juan? ¿Por qué no soy como ella? Me rasgaría
las carnes: me
abriría con las uñas las mejillas. Cara imbécil, ¿p
or qué no soy como
ella? Hoy estaba muy hermosa. Se le veía la sangre
y se le sentía el
perfume por debajo de la muselina blanca.

Y se sentaba Lucía, sola en su cuarto en una silla
sin espaldar, sin
quitarse los vestidos, ya a más de medianoche, y a
poco rato se
levantaba, se miraba otra vez al espejo, y se senta
ba nuevamente, la
cara entre las manos, los codos en las rodillas. Lu
ego rompía a
hablarse:

--Yo me veo, sí, yo me veo. ¿Qué es lo que tengo, q
ue me parezco fea a mí
misma? Y yo no lo soy, pero lo estoy siendo. Juan l
o ha de ver; Juan ha
de ver que estoy siendo fea. ¡Ay! ¡por qué tengo es
te miedo! ¿Quién es
mejor que Juan en todo el mundo? ¿Cómo no me ha de
querer él a mí, si él
quiere a todo el que lo quiere? ¿quién, quién lo qu
iere a él más que yo?
Yo me echaría a sus pies. Yo le besaría siempre las
manos. Yo le tendría
siempre la cabeza apretada sobre mi corazón. ¡Y est
o ni se puede decir,
esto que yo quisiera hacer! Si yo pudiera hacer est
o, él sentiría todo
lo que yo lo quiero, y no podría querer a más nadie
. ¡Sol! ¡Sol! ¿quién
es Sol para quererlo como yo lo quiero? ¡Juan!... ¡
Juan!...

Y conteniendo la voz se iba hacia la ventana abierta, y tendía las manos como sin querer, llamando a Juan a quien acababa de escribir sin decirle que viniese.

Empujó violentamente las dos hojas de la ventana, y arrodillándose de repente junto a ella, sacó afuera, como a que el aire se la humedeciese, la cabeza; y la tuvo apoyada algún tiempo sobre el marco, sin que le molestase aquella almohada de madera.

--¡No puede ser! ¡no puede ser!--dijo levantándose de pronto--: Juan va a quererla. Lo conozco cada vez que la mira. Se sonríe, con un cariño que me vuelve loca. Se le ve, se le ve que tiene placer en mirarla. Y luego ¡esa imbécil es tan buena! No es mentira, no: es buena. ¿Yo misma, yo misma no la quiero? ¡Sí, la quiero, y la odio! ¿Qué sé yo qué es lo que me pasa por la cabeza? ¡Juan, Juan, ven pronto; Juan, Juan, no vengas!

¿Cómo no ha de quererla Juan?--decía la infeliz, entre golpes de lágrimas, a los pocos momentos, siendo aquel llanto de Lucía extraño, porque no venía a raudal y de seguida, aliviando a la que lloraba, sino a borbotones e intervalos, sofocándola y exaltándola, parecido al agua que baja, tropezando entre peñas, por los torrentes --. ¿Cómo no ha de quererla Juan, si no hay quien ame lo hermoso más que él, y la Virgen de la Piedad no es tan hermosa como ella? Juan.... Juan...--decía en voz

baja, como para que Juan viniese sin que nadie lo viera--; ¡sin que Sol lo viera!

Y si viene... y si la mira... ¡yo, no puedo soportar que la mire!... ¡ni que la mire siquiera! Y si está aquí un mes, dos meses. Y si ella no quiere a Pedro Real, porque no lo quiere, y Ana le dice que no lo quiera. Y ella va a querer a Juan ¿cómo no va a quererlo? ¿Quién no lo quiere desde que lo ve? Ana lo hubiera querido, si no supiese que ya él me quería a mí; ¡porque Ana es buena! Adela lo quiso como una loca; yo bien lo vi, pero él no puede querer a Adela. Y Sol ¿por qué no lo ha de querer? Ella es pobre; él es muy rico. Ella verá que Juan la mira. ¿Qué marido mejor puede tener ella que Juan? Y me lo quitará, me lo quitará si quiere. Yo he visto que me lo quiere quitar. Yo veo como se queda oyéndole cuando habla; así me quedaba yo oyéndole cuando era niña. Yo veo que cuando él sale, ella alza la cabeza para seguirle viendo. ¡Y van a estar aquí un mes, dos meses! ella siempre con Ana, todos con Ana siempre. Él recreando los ojos en toda su hermosura. Yo, callada a su lado, con los labios llenos de horrores que no digo, odiosa y fiera. Esto no ha de ser, no ha de ser, no ha de ser. O Sol se va, o yo me iré. Pero ¿cómo me he de ir yo?; ¡que me lo robe alguien si puede!--y abrió los brazos en la mitad del cuarto, como desafiando, y le cayó por las espaldas desatada la cabellera negra.

¡Que no se sienten juntos: que yo no lo vea!

Y con los labios apoyados sobre el puño cerrado, quedó dormida en un sillón cerca de la ventana, sombreándole extrañamente el rostro, al agitarse movida por el aire, la cabellera negra.

¿A quién vio la mañana siguiente Lucía, sentado en el colgadizo, con Sol y con Ana? Venía con paso lento, y como si no hubiera querido venir.

--¡No le diga, no le diga!...--a Sol que se levantaba como para avisarle.

Venía Lucía con paso lento, y Ana y Sol, que conocían las habitaciones de la casa, sabían que era ella quien venía. Volvió Sol a su asiento.

Juan hizo como que hablaba muy animadamente con Ana y con ella. Lucía llegó a la puerta. Los vio sentados juntos, y como que no la veían.

Tembló toda. ¿Entra? ¿Sale? ¡Juan! ¡allí Juan! ¡Juan así! Se clavó los dientes en el labio, y los dejó clavados en él. Volvió la espalda, se entró por el corredor que iba a su habitación; a Sol que fue corriendo detrás de ella: «¡Vete! ¡vete!», y entró en su cuarto, cerrando tras de sí con llave la puerta.

¡A Juan que, suponiéndola apenada, no bien acabó con cuanto prisa pudo su empeño en el pueblo de los indios volvió a la ciudad, y de allí, aprovechando la noche por sorprender a Lucía con la luz de la mañana, emprendió sin descansar el camino de la finca a caballo y de prisa! ¡A

Juan, que con amores muy altos en el alma, consentí
a, por aquella piedad
suya que era la mayor parte de su amor, en atar sus
águilas al cabello
de aquella criatura, no tanto por lo que la amaba é
l, sin que por eso
dejase de amarla, sino por lo que lo amaba ella! ¡A
Juan que, puestos en
las nubes del cielo y en los sacrificios de la tier
ra sus mejores
cariños, no dejaba, sin embargo, por aquella excele
nte condición suya,
de hacer, pensar u omitir cosa con que él pudiera c
reer que sería
agradable a su prima Lucía, aunque no tuviese él pl
acer en ella! ¡A Juan
que, joven como era, sentía, por cierto anuncio del
dolor que más parece
recuerdo de él, como si fuera ya persona muy trabaj
ada y vivida, quienes
a las mujeres, sobre todo en la juventud, parecían
encantadores
enfermos! ¡A Juan, que se sentía crecer bajo del pe
cho, a pesar de lo
mozo de sus años, unas como barbas blancas muy crec
idas, y aquellos
cariños pacíficos y paternales que son los únicos q
ue a las barbas
blancas convienen! ¡A Juan, que tenía de su virtud
idea tan exaltada
como la mujer más pudorosa, y entendía que eran tan
graves como las
culpas groseras los adulterios del pensamiento!

¡A Juan, porque, ya después de aquellas cartas extr
ñas que Lucía le
había escrito a la finca sin hablarle de su vuelta,
recibirlo de aquel
modo, con aquella mirada, con aquella explosión de
cólera, con aquel
desdén! ¡Pues cuándo había cesado de pensar Juan, c
uándo, que aquel

cariño que con tanta ternura prodigaba, sin fatiga ni traición, sobre su prima, era como una concesión de él, como un agradecimiento de él, como una tentativa, a lo sumo, de asir en cuerpo y ver con los ojos de la carne las ideas de rostro confuso y vestidura de perlas, que cogidas del brazo y con las alas tendidas, le vagaban en giros majestuosos por los espacios de su mente? Pues sin el alma tierna y fina que de propia voluntad suya había supuesto, como natural esencia de un cuerpo de mujer, en su prima Lucía, ¿qué venía a ser Lucía? ¿Qué hombre, que lo sea, ama a una mujer más que por el espíritu puro que supone en ella, o por el que cree ver en sus acciones, y con el que le alivia y levanta el suyo de sus tropiezos y espantos en la vida? Pues una mujer sin ternura ¿qué es sino un vaso de carne, aunque lo hubiese moldeado Cellini, repleto de veneno? Así, en un día, dejan de amar los hombres a la mujer a quien quisieron entrañablemente, cuando un acto claro e inesperado les revela que en aquella alma no existen la dulzura y superioridad con que la invistió su fantasía.

--Estará enferma Lucía. Ana--dile que la saludaré luego--. Voy a ver a Pedro Real. Sol, gracias por lo buena que es usted con Ana. Usted tiene ya fama de hermosa, pero yo le voy a dar fama de buena.

Lucía oyó esto, que hizo que le zumbasen las sienes y le pareciese que caía por tierra: Lucía, que sin ruido había abierto

la puerta de su
cuarto, y había venido hasta la de la sala, para oír lo que hablaban, en
puntillas.

* * * * *

Violentos fueron, a partir de entonces, los días en la finca. Ni Ana misma sabía, puesto que tenía a Sol constantemente a su lado, qué causaba la ira de Lucía. Esta cesó cuando Juan, tomándola a la tarde de la mano, la llevó, mientras que Pedro y Adela buscaban flores de saúco para Ana, a la sombra de un camino de rosales que daba al saucal, y donde había de trecho en trecho unos bancos de piedra, y al lado unos atriles, de piedra también, como para poner un libro. En la mirada y en la voz se conocía a Juan que algo se le había roto en lo interior, y le causaba pena; pero con voz consoladora persuadía a Lucía quien, con pretextos fútiles, que no acertaba Juan a entender ni excusar, ocultaba la razón verdadera de su ira, que ella a la vez quería que Juan adivinase y no supiese: «¡porque si no lo es, y se lo digo, tal vez sea! Y no lo es, no, yo creo ahora que no lo es; pero si no sabe lo que es ¿cómo me va a perdonar?». Y airada ya contra Juan irrevocablemente, como si las nubes que pasan por el cielo del amor fueran sus lienzos funerarios, se levantaron como si hubieran hecho las paces, pero sin alegría.

Pusiéronse en esto los días tan lluviosos, que ni P

edro iba a casa, ni
Adela a la de la Revolorio, ni podía Ana salir al c
olgadizo, ni Sol y
Lucía, sino estar cerca de ella; ni Juan, fuera de
sus horas de leer,
que le fatigaban ahora que no estaba contento, tenía
a modo de estar
alejado de la casa. Ni había con justicia para Juan
placer más grato,
ahora que en Lucía había entrevisto aquel espíritu
seco y altanero, que
estar cerca de Ana, cuyo espíritu puro con la vecin
dad de la muerte se
esclarecía y afinaba. Y se asombraba Juan, con razón,
de haber pasado,
libre aun, cerca de aquella criatura que se desvane
cía, sin rendirle el
alma. Esta misma contemplación del espíritu de Ana,
cuya cabalidad y
belleza entonces más que nunca le absorbían, le apa
rtaron del riesgo, en
otra ocasión acaso inevitable, de observar en cuán
grata manera iban
unidas en Sol, sin extraordinario vuelo de intelect
o, la belleza y la
ternura.

Con Lucía, no había paces. Lo que no penetraba Ana,
¿cómo lo había de
entender Sol? En vano, Sol, aunque ya asustadiza, a
provechando los
momentos en que Ana estaba acompañada de Juan o de
Pedro y Adela, se iba
en busca de Lucía, que hallaba ahora siempre modo d
e tener largos
quehaceres en su cuarto, en el que un día entró Sol
casi a la fuerza, y
vio a Lucía tan descompuesta que no le pareció que
era ella, sino otra
en su lugar: en el talle un jirón, los ojos como qu
emados y encendidos,
el rostro todo como de quien hubiese llorado.

Y ese día Lucía y Juan estaban en paz: ni permitía Juan, por parecerle como indecoro suyo, aquel llevar y traer de cóleras, que le sacaban el alma de la fecunda paz a que por la excelencia de su virtud tenía derecho. Pero ese día, como que Ana se fatigase visiblemente de hablar, y Adela y Pedro estuviesen ensayando al piano una pieza nueva para Ana, Juan, un tanto airado con Lucía que se le mostraba dura, habló con Sol muy largamente, y se animó en ello, al ver el interés con que la enferma oía de labios de Juan la historia de Mignon, y a propósito de ella, la vida de Goethe. No era esta para muy aplaudida, del lado de que Juan la encaminaba entonces, y tan hermosas cosas fue diciendo, con aquel arrebatado lenguaje suyo, que se le encendía y le rebosaba en cuanto sentía cerca de sí almas puras, que Pedro y Adela, ya un tanto reconciliados, vinieron discretamente a oír aquel nuevo género de música, no señalada por el artificio de la composición ni pedantesca pompa, sino que con los ricos colores de la naturaleza salía a caudales de un espíritu ingenuo, a modo de confesiones oprimidas. Lucía se levantaba, se mostraba muy solícita para Ana, interrumpía a Juan melosamente. Salía como con despecho. Entraba como ya iracunda. Se sentaba, como si quisiera domarse. «Sol, ¿habrán puesto esto agua a los pájaros?». Y Sol fue, y habían puesto agua. «Sol, ¿habrán traído la leche fresca para Ana?». Y Sol fue, y habían traído

la leche fresca para
Ana. Hasta que, al fin, salió Lucía, y no volvió más:
Sol la halló
luego, con los ojos secos y el talle desgarrado.

Y aquello crecía. Hoy era una dureza para Sol. Otra
mañana. A la tarde
otra mayor. La niña, por Ana y por Juan, no las decía.
Juan, apenas
bajaba. Lucía, con grandes esfuerzos, lograba apenas,
convertido en odio
aparente todo el cariño que por Juan sentía, disimularlo
de modo que no
fuese apercebido. ¿Quién había de achacar a Sol tanta
mudanza, a Sol
cuya pacífica belleza en el campo se completaba y esparcía,
pues era
como si la vertiese en torno suyo, y por donde ella
anduviese fueran,
como sus sombras, la fuerza y la energía? ¿A Sol, que
sobre todos
levantaba sus ojos limpios, grandes y sencillos, sin que
en ninguno se
detuviesen más que en otro; con Lucía, siempre tierna;
para Ana, una
hermanita; con Pedro, jovial y buena; con Juan, como
agradecida y
respetuosa? Pero ese era su pecado: sus ojos grandes,
limpios y
sencillos, que cada vez que se levantaban, ya sobre Juan,
ya sobre otros
donde Juan pudiese verlos, se entraban como garfios
envenenados por el
corazón celoso de Lucía; y aquella hermosura suya,
serena y decorosa,
que sin encanto no se podía ver, como la de una noche
clara.

*

*

*

*

*

Hasta que una noche:

--No, Sol, no: quédate aquí.

--¿Ana, adónde vas? ¿Qué tienes, Ana? ¿Salir tú del cuarto a estas horas?

¡Ana! ¡Ana!

--Déjame, niña, déjame. Hoy, yo tengo fuerzas. Llévame hasta la mitad del corredor.

--¿Del corredor?

--Sí: voy al cuarto de Lucía.

--Pues bueno, yo te llevo.

--No, mi niña, no--se sentó un momento, con Sol a sus pies, le abrazó la cabeza, y la besó en la frente. Nada le dijo, porque nada debía decirle. Y se levantó, del brazo de ella.

--Es que sé lo que tiene triste a Lucía. Déjame ir. De ningún modo vayas. Es por el bien de todos.

Fue, tocó, entró.

--¡Ana!

Ana, casi lívida y tendiendo los brazos para no caer en tierra, estaba de pie, en la puerta del cuarto oscuro, vestida de blanco.

--Cierra, cierra.

Se habló mucho, se oyeron gemidos, como de un pecho que se vacía, se lloró mucho.

Allá a la madrugada, la puerta se abría, Lucía quer

ía ir con Ana.

--No, no, quiero llevarte; ¿cómo has de ir sola si no puedes tenerte en pie? Sol estará despierta todavía. Yo quiero ver a Sol ahora mismo.

--¡Loca! ¡Hasta cuándo eres buena, loca! A Juan, sí, en cuanto lo veas mañana, que será delante de mí, bésale la mano a Juan. A Sol, que no sepa nunca lo que te ha pasado por la mente. Vamos: acompáñame hasta la mitad del corredor.

--¡Mi Ana, madrequita mía, mi madrequita!

Y lloró Lucía aquella mañana, como se llora cuando se es dichoso.

* * * * *

¡Fiesta, fiesta! El médico lo ha dicho; el médico, que vino desde la ciudad a ver a la enferma, y halló que pensaba bien Petrona Revolorio.
¡Fiesta de flores para Ana!

¡Todos los músicos de las cercanías! ¡Telegramas a los sinsontes!
¡Recados a los amarillos! ¡Mensajeros por toda la comarca, a que venga toda la canora pajarería! Ana, ya se sabe de Ana: ¡Aquí no está bien, y debe ir adonde está bien! Pero es buena idea esa de Petrona Revolorio, y la enferma quiere que se dé un baile que haga famoso a la finca. Petrona, por supuesto, no estará en la sala, ni ese es el baile que debía dar el niño Pedro Real; pero ella estará donde la pueda ver su niñita Ana, y

mandarle todo lo que necesite, porque «ella baila con ver bailar, y lo que hace no lo hace por servicio, sino porque ha cobrado mucha afición».

Ya está tan contenta como si fuese la señora. Tiene un jarrón de China, que hubo quién sabe en qué lances, y ya lo trajo, para que adorne la fiesta; pero quiere que esté donde lo vea la niña Ana.

¡Ahora sí que ha empezado la temporada en la finca! Andar, bien, andar, Ana no puede; pero Petrona la acompaña mucho y Sol, siempre que van Juan y Lucía a pasear por la hacienda, porque entonces ; qué casualidad! entonces siempre necesita Ana de Sol.

El médico vino, después de aquella noche. El baile lo quiere Ana para sacudir los espíritus, para expulsar de las almas suspicaces la pena pasada, para que con el roce solitario no se encorren heridas aun abiertas, para que viendo a Lucía tierna y afable, torne de nuevo la seguridad en el alma de Juan alarmado, para que Lucía vea frente a frente a Sol en la hora de un triunfo, y como Ana le hablará antes a Juan, Lucía no tiemble. ¡Ana se va, y ya lo sabe!: ella no quiere el baile para sí, sino para otros.

* * * * *

¡Qué semana, la semana del baile! Pedro ha ido a la ciudad. Lucía quiso por un momento que fuera Juan, hasta que la miró Ana.

--¡Oh, no, Juan! tú no te vayas.

Una tristeza había en los ojos de Juan Jerez, que a caso ya nada haría desaparecer: la tristeza de cuando en lo interior hay algo roto, alguna creencia muerta, alguna visión ausente, algún ala caída. Mas se notó en los ojos de Juan una dulce mirada, y no como de que se alegraba él por sí, sino por placer de ver tierna a Lucía. ¡Son tan desventurados los que no son tiernos!

De la ciudad vendría lo mejor; para eso iba Pedro. ¿Quién no quería alegrar a Ana? Y ver a Sol del Valle, que estaba ahora más hermosa que nunca ¿quién no querría? Carruajes, los tenían casi todos los amigos de la casa. El camino, salvo el tramo de las ciudades antiguas, era llano. Allí habría caballerías para ayuda o repuesto. Cerca de la casa, como a dos cuadras de ella, aderezaron para caballerizas dos grandes caserones de madera, contruidos años atrás para experimentos de una industria que al fin no dio fruto. Pedro, antes de salir, había encargado que por todas las calles del jardín que había frente a la casa, pusieran unas columnas, como media vara más altas que un hombre, que habían de estar todas forradas de aquella parásita del bosque, sembrada acá y allá de flores azules; y sobre los capiteles, se pondrían unos elegantes cestos, vestidos de guías de enredadera y llenos de rosas. Las luces vendrían de donde no se viesen, ya en el jardín, ya en la casa; y estaba en camino

Mr. Sherman, el americano de la luz eléctrica, para que la hubiese bien viva y abundante: los globos se esconderían entre cestos de rosas. De jazmines, margaritas y lirios iban a vestirla a Ana, sin que ella lo supiese, el sillón en que debía sentarse en la fiesta. Con una hoja de palma, puesta a un lado de los marcos y encorvada en una ondulación graciosa por la punta en el otro, vistieron los indios todas las puertas y ventanas, y hubo modo de añadir a las enredaderas del colgadizo, otras parecidas por un buen trecho a ambos lados de las tres entradas, en cada uno de cuyos peldaños, como por toda esquina visible del colgadizo o de las salas, pusieron grandes vasos japoneses y chinos con plantas americanas. En las paredes del salón como desusada maravilla, colgó Juan cuatro platos castellanos, de los que los conquistadores españoles embutían en las torres. Era por dentro la casa blanca, como por fuera, y toda ella, salvo el colgadizo, tenía el piso cubierto por una alfombra espesa como de un negro dorado, que no llegaba nunca a un negro, con dibujos menudos y fantásticos, de los que el del ancho borde no era el menos rico, rescatando la gravedad y monotonía que le hubiera venido sin ellos de aquella masa de color oscuro.

* * * * *

¡Gentes, carruajes, caballos! Pedro y Juan jineteaban sin cesar toda la tarde, de la casa al parador, y de este a aquella. En las ciudades

antiguas donde aun hay alegres posadas, y cierto indio que sabe francés, han comido casi todos los invitados. A las ocho de la noche empieza el baile. Toda la noche ha de durar. Al alba, el desayuno va a ser en el parador. ¡Oh qué tamales, de las especies más diversas, tiene dispuestos Petrona Revolorio! esta tarde, cuando los hizo, se puso el chal de seda. Ana no ha visto su sillón de flores. ¿Adónde ha de estar Adela, sino por el jardín correteando, enseñando cuanto sabe, a la cabeza de un tropel de flores, de flores de ojos negros?

¿Y Lucía? Lucía está en el cuarto de Ana, vistiéndola ella misma a Sol. Ella, se vestirá luego. ¡A Sol, primero! Mírala, Ana, mírala. Yo me muero de celos. ¿Ves? el brazo en encajes. Tomo; ¡tome lo beso! ¡Qué bueno es querer! Dime, Ana, aquí está el brazo, y aquí está la pulsera de perlas: ¿cuáles son las perlas? Y ¿de qué iba vestida Sol? De muselina; de una muselina de un blanco un poco oscuro y transparente, el seno abierto apenas, dejando ver la garganta sin adorno; y la falda casi oculta por unos encajes muy finos de Malines que de su madre tenía Ana.

--Y la cabeza ¿cómo te vas a peinar por fin? Yo misma quiero peinarte.

--No, Lucía, yo no quiero. No vas a tener tiempo. Ahora voy a ayudarte yo. Yo no voy a peinarme. Mira; me recojo el cabello, así como lo tengo siempre, y me pongo ¿te acuerdas? como en el día de la procesión, me

pongo una camelia.

Y Lucía, como alocada, hacía que no la oía. Le deshacía el peinado, le recogía el cabello a la manera que decía. «¿Así? ¿No? Un poco más alto, que no te cubra el cuello. ¡Ah! ¿y las camelias?... ¿Esas son? ¡Qué lindas son! ¡qué lindas son!». Y la segunda vez dijo esto más despacio y lentamente como si las fuerzas le faltaran y se le fuera el alma en ello.

--¿De veras que te gustan tanto? ¿Qué flores te vas a poner tú?

Lucía, como confusa:

--Tú sabes: yo nunca me pongo flores.

--Bueno: pues si es verdad que ya no estás enojada conmigo, ¿qué te hice yo para que te pusieras enojada? si es verdad que ya no estas enojada, ponte hoy mis camelias.

--¡Yo, camelias!

--Sí, mis camelias. Mira, aquí están; yo misma te las llevo a tu cuarto. ¿Quieres?

¡Oh! si se pusiera toda aquella hermosura de Sol la que se pusiese tus camelias. ¿Quién, quién llegaría nunca a ser tan hermosa como Sol? ¡Qué lindas, qué lindas, son esas camelias! «Pero tú, ¿qué flores te vas a poner?».

--Yo, mira: Petrona me trajo unas margaritas esta m

añana, estas
margaritas.

* * * * *

¡Gentes, caballos, carruajes! Las cinco, las seis,
las siete. Ya está
lleno de gente el colgadizo.

Caballeros y niñas vienen ya del brazo, de las habi-
taciones interiores.

Carruajes y caballos se detienen a la puerta del fo-
ndo, de la que por un
corredor alfombrado, con grabados sencillos adornad-
as las paredes, se va
a la vez a los cuartos interiores que abren a un la-
do y a otro, y a la
sala. Ya desde él, al apearse del carruaje, se ve a
la entrada de la
sala, donde hay un doble recodo para poner dos otom-
anas, como si hubiese
allí ahora un bosquecillo de palmas y flores. En un
cuarto dejan las
señoras sus abrigo y enseres, y pasan a otro a rep-
arar del viaje sus
vestidos o a cambiarlos algunas por los que han env-
iado de antemano. A
otro cuarto entran a aliñarse y dejar sus armas los
que han venido a
caballo. Una panoplia de armas indias, clavada a un
lado de la puerta de
los caballeros, les indica su cuarto. Un gran lazo
de cintas de colores
y un abanico de plumas medio abierto sobre la pared
, revelan a las
señoras los suyos.

Ya suenan gratas músicas, que los indios de aquella
s cercanías,
colocados en los extremos del colgadizo, arrancan a
sus instrumentos de
cuerdas. Del jardín vienen los concurrentes; del cu

arto de las señoras
salen; Ana llega del brazo de Juan. «Juan, ¿quién ha
sido? ¿para mí ese
sillón de flores?». No la rodean mucho; se sabe que
no deben hablarle. Y
¿Lucía que no viene? Ella vendrá enseguida. ¿Y Sol?
¿Dónde está Sol?
Dicen que llega. Los jóvenes se precipitan a la pue
rta. No viene aun. Se
está inquieto. Se valsa. Sol viene al fin: viene, s
in haberla visto, de
llamar al cuarto de Lucía. «¡Voy! ¡Ya estoy!». Así
responde Lucía de
adentro con una voz ahogada. No oye Sol los cumplim
ientos que le dicen:
no ve la sala que se encorva a su paso; no sabe que
la escultura no dio
mejor modelo que su cabeza adornada de margaritas,
no nota que, sin ser
alta, todas parecen bajas cerca de ella. Camina com
o quien va lanzando
claridades, hacia Juan camina:

--Juan ¡Lucía no quiere abrirme! Yo creo que le pas
a algo. La criada me
dice que se ha vestido tres o cuatro veces, y ha vu
elto a desvestirse, y
a despeinarse, y se ha echado sobre la cama, desesp
erada, lastimándose
la cara y llorando. Después despidió a la criada, y
se quedó vistiéndose
sola. ¡Juan! ¡vaya a ver qué tiene!

En este instante, estaban Juan y Sol, de pie en med
io de la sala, y
otras parejas, pasando, en espera de que rompiese e
l baile, alrededor de
ellos.

--¡Allí viene! ¡allí viene!--dijo Juan, que tenía a
Sol del brazo,
señalando hacia el fondo del corredor, por donde a

lo lejos venía al fin
Lucía. Lucía, todo de negro. A punto que pasaba por
frente a la puerta
del cuarto de vestir, interrumpiendo el paso a un i
ndio, que sacaba en
las manos cuidadosamente, por orden que le había da
do Juan, una cesta
cargada de armas, vio, viniendo hacia ella del braz
o, solos, en pleno
luz de plata, en mitad del bosquecillo de flores qu
e había a la entrada
de la sala, a Juan y a Sol, a la hermosísima pareja
. Se afirmó sobre sus
pies como si se clavase en el piso. «¡Espera! ¡Espe
ra!», dijo al indio.
Dejó a Juan y a Sol adelantarse un poco por el corr
edor estrecho, y
cuando les tenía como a unos doce pasos de distanci
a, de una terrible
sacudida de la cabeza desató sobre su espalda la ca
bellera: «¡Cállate,
cállate!», le dijo al indio, mientras haciendo como
que miraba adentro,
ponía la mano tremenda en la cesta; y cuando Sol se
desprendía del brazo
de Juan y venía a ella con los brazos abiertos....

¡Fuego! Y con un tiro en la mitad del pecho, vaciló
Sol, palpando el
aire con las manos, como una paloma que aletea, y a
los pies de Juan
horrorizado, cayó muerta.

--¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!--y retorciéndose y desgarrándose los vestidos,
Lucía se echó en el suelo, y se arrastró hasta Sol
de rodillas, y se
mesaba los cabellos con las manos quemadas, y besaba a Juan los pies; a
Juan, a quien Pedro Real, para que no cayese, sostenía en su brazo.
¡Para Sol, para Sol, aun después de muerta, todos l

os cuidados! ¡Todos
sobre ella! ¡Todos queriendo darle su vida! ¡El cor
redor lleno de
mujeres que lloraban! ¡A ella, nadie se acercaba a
ella!

--¡Jesús, Jesús!--entró Lucía por la puerta del cua
rto de vestir de las
señoras, huyendo, hasta que dio en la sala, por don
de Ana cruzaba medio
muerta, de los brazos de Adela y de Petrona Revolor
io, y exhalando un
alarido, cayó, sintiendo un beso, entre los brazos
de Ana.

End of the Project Gutenberg EBook of Amistad funes
ta, by José Martí

*** END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK AMISTAD FUN
ESTA ***

***** This file should be named 18166-8.txt or 1816
6-8.zip *****

This and all associated files of various formats wi
ll be found in:

<http://www.gutenberg.org/1/8/1/6/18166/>

Produced by Chuck Greif and La Biblioteca Virtual M
iguel de Cervantes

Updated editions will replace the previous one--the
old editions
will be renamed.

Creating the works from public domain print edition
s means that no
one owns a United States copyright in these works,

so the Foundation
(and you!) can copy and distribute it in the United
States without
permission and without paying copyright royalties.
Special rules,
set forth in the General Terms of Use part of this
license, apply to
copying and distributing Project Gutenberg-tm elect
ronic works to
protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and tradem
ark. Project
Gutenberg is a registered trademark, and may not be
used if you
charge for the eBooks, unless you receive specific
permission. If you
do not charge anything for copies of this eBook, co
mplying with the
rules is very easy. You may use this eBook for nea
rly any purpose
such as creation of derivative works, reports, perf
ormances and
research. They may be modified and printed and giv
en away--you may do
practically ANYTHING with public domain eBooks. Re
distribution is
subject to the trademark license, especially commer
cial
redistribution.

*** START: FULL LICENSE ***

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS
WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of prom
oting the free
distribution of electronic works, by using or distr
ibuting this work
(or any other work associated in any way with the p

phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.org/license>).

Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this

agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern

what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.org

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice i

indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in pa

paragraph 1.E.1 with
active links or immediate access to the full terms
of the Project
Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work
in any binary,
compressed, marked up, nonproprietary or proprietar
y form, including any
word processing or hypertext form. However, if you
provide access to or
distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in
a format other than
"Plain Vanilla ASCII" or other format used in the o
fficial version
posted on the official Project Gutenberg-tm web sit
e (www.gutenberg.org),
you must, at no additional cost, fee or expense to
the user, provide a
copy, a means of exporting a copy, or a means of ob
taining a copy upon
request, of the work in its original "Plain Vanilla
ASCII" or other
form. Any alternate format must include the full P
roject Gutenberg-tm
License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing,
displaying,
performing, copying or distributing any Project Gut
enberg-tm works
unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies
of or providing
access to or distributing Project Gutenberg-tm elec
tronic works provided
that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits
you derive from
the use of Project Gutenberg-tm works calculat

ed using the method

you already use to calculate your applicable taxes. The fee is

owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he

has agreed to donate royalties under this paragraph to the

Project Gutenberg Literary Archive Foundation.

Royalty payments

must be paid within 60 days following each date on which you

prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax

returns. Royalty payments should be clearly marked as such and

sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the

address specified in Section 4, "Information about donations to

the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."

- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies

you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he

does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm

License. You must require such a user to return or

destroy all copies of the works possessed in a physical medium

and discontinue all use of and all access to other copies of

Project Gutenberg-tm works.

- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any

money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the

electronic work is discovered and reported to you within 90 days

of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement for free distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread public domain works in creating the Project Gutenberg-tm collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right

of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to

receive the work electronically in lieu of a refund . If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS', WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees,

that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation web page at <http://www.pglaaf.org>.

Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at <http://pglaf.org/fundraising>. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455 7 Melan Dr. S. Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered throughout numerous locations. Its business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887, email business@pglaf.org. Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's website and official page at <http://pglaf.org>

For additional contact information:
Dr. Gregory B. Newby
Chief Executive and Director
gbnewby@pglaf.org

Section 4. Information about Donations to the Proj

Project Gutenberg
Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but

t we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.org>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm,
including how to make donations to the Project Gutenberg Literary
Archive Foundation, how to help produce our new eBooks,
and how to
subscribe to our email newsletter to hear about new
eBooks.

*** END: FULL LICENSE ***